# Teología Familiar
Junto con otros diversos pequeños tratados de devoción

Jean Duvergier de Hauranne
Abad de Saint-Cyran

Decimotercera Edición
Revisada y aumentada de nuevo

En París

MDCXCIII

Con Privilegio y Aprobación

Traducido con Claude AI Sonnet 5

## *Advertencia sobre esta decimotercera edición*

La modestia del señor Abad de Saint-Cyran le impidió siempre consentir que se pusiera su nombre en estos pequeños escritos mientras vivía; ahora se ha juzgado necesario nombrarlo, para que su conducta sirviera de ejemplo de algo muy raro y difícil: unir una gran ciencia con una humildad todavía mayor. Pues aunque todos los que lo conocieron saben que hubiera podido escribir excelentemente, y con maravillosa facilidad, sobre toda clase de asuntos eclesiásticos, sintió siempre una gran repugnancia a escribir libros, y más aún a publicarlos. Consideraba el conocimiento de las verdades cristianas como algo santo y divino, que debe atraerse al alma por la pureza del corazón y por la oración, y que no puede dispensarse a los demás sino por orden y moción de Aquel de quien se ha recibido.

Es verdad que hubiera sido deseable, para satisfacción del público y bien de la Iglesia, que su nombre encabezara aquella gran obra de defensa de la Eucaristía contra los ministros protestantes, a la que se había comprometido y que había comenzado a trabajar desde hacía tantos años, y que quedó interrumpida por circunstancias conocidas de todos. Pero ya que Dios dispuso otra cosa, y quiso recompensarlo por tan santa empresa sin darnos el fruto que esperábamos de su trabajo, debemos recoger con tanto más cuidado, y recibir con más estima, estos pequeños escritos, en los que se ven suficientes muestras de su virtud y de su capacidad para reconocer cuánto debemos lamentar su pérdida, y con qué fuerza y dignidad hubiera sostenido el mayor de nuestros misterios defendiendo a toda la Iglesia contra los esfuerzos de sus enemigos, pues habló tan alta y santamente en una simple explicación de los primeros principios de nuestra fe, en avisos y ejercicios de piedad que compuso con ocasión de circunstancias particulares, sin ninguna intención de publicarlos.

Por eso no hace falta otra respuesta que estos pequeños tratados para rechazar las calumnias que personas muy sospechosas e interesadas —y que por tanto no merecen ningún crédito en lo que a él respecta— hicieron circular contra él en vida, y que han renovado todavía con más acritud y animosidad después de su muerte, sin que su pasión se haya visto detenida por el testimonio público ni por los honores que los señores prelados rindieron a su memoria. Porque basta con confrontar las falsedades que se le atribuyen con sus escritos, para comprobar que se disipan con solo leerlos, y que en muchos lugares dijo justamente lo contrario de lo que se le imputa. Y aunque se inventaran contra él cosas todavía más extrañas e increíbles que las ya inventadas, no dudo que todos los que lean estos pequeños escritos buscando en ellos a Dios y su verdad encontrarán en ellos tal bendición, que sentirán en sí mismos que fueron hechos más por el corazón que por el ingenio, más por la caridad que por la ciencia; y que esto solo les bastará para reconocer y defender, contra toda calumnia, la virtud eminente del autor, probada por tantas persecuciones que sufrió con constancia invencible, y coronada por una muerte perfectamente cristiana, digna de rematar una vida que sus propios enemigos se vieron obligados a reconocer como enteramente ejemplar e intachable.

**Approbatio**

**Nosotros, los abajo firmantes, Doctores en Teología de la Facultad de París, certificamos haber leído un libro titulado: *Teología familiar*, o breve explicación de los principales misterios de la fe, junto con otros dos pequeños tratados, uno sobre la Confirmación y otro sobre la Misa; y lejos de haber hallado en él nada contrario a la fe o a las buenas costumbres, lo hemos juzgado muy útil para toda clase de personas, y muy adecuado para alimentar las almas en el verdadero espíritu del cristianismo, y para imprimir en ellas la piedad en el corazón al mismo tiempo que les aporta luz e instrucción al entendimiento.**

**Hecho en París, el primero de octubre de 1642. — B. Feron, Bourgeois, A. Arnauld, M. Beauharnois, Guillebert.**

**Extracto del privilegio del Rey**

**Por gracia y privilegio del Rey, se permite a Jean Le Myre, mercader librero de nuestra buena villa de París, imprimir o hacer imprimir un pequeño libro que comprende estos seis tratados: *La Teología familiar*; *De la Confirmación*; *El Corazón nuevo*; *Explicación de las ceremonias de la Misa*; *Ejercicio para entenderla bien*; *Razones de la antigua ceremonia de suspender el Santísimo Sacramento*; todos ellos del mismo autor, aprobados por los doctores en teología de París, durante el tiempo y espacio de cinco años, contados desde el día en que se haya terminado de imprimir; haciendo muy expresas inhibiciones y prohibiciones a todos los impresores y libreros, u otras personas de este Reino, tierras y señoríos de nuestra obediencia, así como a personas de cualquier calidad y condición que sean, extranjeros u otros, de imprimir, vender o distribuir durante dicho tiempo otros ejemplares que los impresos por dicho Le Myre; bajo pena de mil quinientas libras de multa, confiscación de los ejemplares, y de todas las costas, daños e intereses, tal como se contiene más extensamente en dichas cartas de privilegio.**

**Dado en París, el diecinueve de junio de 1648, y de nuestro reinado el sexto. Por el Rey en su Consejo. Firmado: Le Conte.**

# Contenidos


Breve explicación de los principales misterios de la Fe
- Lección I — Sobre Dios....2
- Lección II — De la creación del mundo....3
- Lección III — De la caída del hombre....4
- Lección IV — De la Redención del mundo....5
- Lección V — De la Encarnación....6
- Lección VI — De la Fe....8
- Lección VIII —Explicación del Símbolo (El Credo)....9
- Lección IX — De la Caridad....12
- Lección X — Los Mandamientos de Dios....15
- Lección XI — Los Mandamientos de la Iglesia....17
- Lección XII — De la Gracia....18
- Lección XIII — De la Oración....19
- Lección XIV — De los Sacramentos: y primeramente, del Bautismo y de la Confirmación ....22
- Lección XV — De la Eucaristía....23
- Lección XVI — De la Penitencia y de la Extremaunción....25
- Lección XVII — Del Orden y del Matrimonio....27

Pequeña Instrucción Para Disponer a los Niños a Recibir el Sacramento de la Confirmación ....28
- Tratados
- Aviso a los lectores sobre los siguientes tratados....32
- Aprobación....33
- El Corazón Nuevo o Ejercicio para una persona comprometida en el mundo y en el matrimonio, recién convertida a Dios....34

Explicación de las Ceremonias de la Misa....39
- Advertencia sobre las Oraciones y Ejercicios de Devoción durante la Misa....51

Oraciones y Ejercicios de Devoción durante la Misa....54

Razones de la Ceremonia y de la Antigua Costumbre de Suspender el Santísimo Sacramento en las Iglesias, encima del Altar Mayor....71

Actos de Adoración para la Mañana....82
- Diez Reglas para Practicar Bien la Vida Religiosa....84
- Ejercicio Espiritual durante la Santa Misa....86

# Breve explicación de los principales misterios de la Fe

## Lección I — Sobre Dios

**1.** ¿A qué debe el hombre dedicar toda su vida? *A conocer y amar a Dios.*

**2.** ¿Qué es Dios? *Es una pregunta a la que no podremos responder bien sino en el Paraíso, donde lo veremos con claridad.*

**3.** ¿No se le puede, pues, conocer en esta vida? *Se le puede conocer, pero de manera imperfecta, con un conocimiento oscuro y tosco, como los niños de pecho conocen a su padre.* (Sal. 8)

**4.** ¿Por qué señales se le conoce? *Por tres principales: por la luz y el sentimiento impresos naturalmente en nuestras almas; por la belleza y el orden del mundo; y, mucho más, por la instrucción que el mismo Dios nos ha dado por su gracia.*

**5.** ¿Cómo se le conoce por la luz impresa naturalmente en nuestras almas? *Porque, por nosotros mismos y por nuestro primer conocimiento, todos vemos que hay un Dios, a quien recurrimos naturalmente en nuestros peligros y en nuestros males, sin poder evitarlo. Por eso todos los pueblos han coincidido en este punto: que hay un Dios.*

**6.** ¿Cómo se le conoce por la belleza y el orden del mundo? *Porque así como, al ver una casa hermosa y bien amueblada, juzgamos que debió ser construida y adornada por algún espíritu excelente, así también, viendo la belleza del mundo, el orden de las criaturas y la sucesión de los tiempos y las estaciones, reconocemos la grandeza y la sabiduría de quien lo creó y lo gobierna.*

**7.** ¿Cómo se le conoce por la instrucción que Dios nos ha dado? *Porque un gran número de Profetas vino de su parte, con milagros, desde el principio del mundo, para enseñarnos a conocerlo y a servirlo; y Jesucristo, que descendió del Cielo después de ellos como Rey de los Profetas, aclaró y aumentó mucho este conocimiento.*

**8.** ¿Cómo hay que concebir entonces a Dios? *Hay que concebirlo como un espíritu incomprensible, que no tiene principio ni fin, que no depende de nada, que no necesita de nada, que está en todo lugar, que contiene todas las cosas, que todo lo ve, que todo lo puede, y que juzga y gobierna soberanamente todas las criaturas.*

**9.** ¿Hay que creer que no hay más que un solo Dios? *Sí: así como no hay más que un sol en el mundo, un rey en el reino, y un alma en el cuerpo.*

**10.** ¿Estaba, pues, Dios solo antes de la creación del mundo? *No: pues vivía en la sagrada compañía de las tres Personas divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*

***11.*** *¿Estas tres Personas divinas son tres Dioses? No: porque no tienen sino una misma naturaleza divina, un mismo poder y una misma grandeza.*

***12.*** *¿Cómo puede ser que sean tres personas y, sin embargo, un solo Dios? Esto puede darse por razones que no podríamos comprender. Pues todo lo que hay en Dios es incomprensible como Él mismo, y particularmente el misterio de la Santísima Trinidad.*

**13.** ¿No hay nada en el mundo que pueda ayudar a nuestro espíritu a concebir este Misterio? *Se encuentran algunas pequeñas huellas de él en las criaturas, y entre otras, en el alma del hombre. Pues así como el entendimiento, la memoria y la voluntad son tres cosas diferentes, y no son, sin embargo, sino una misma alma, así las tres Personas divinas son verdaderamente distintas la una de la otra, y no son, sin embargo, sino un mismo Dios y una misma Divinidad.*

## *Lección II — De la creación del mundo*

**1.** ¿Quién hizo el mundo? Dios.

**2.** ¿De qué lo hizo? De la nada.

**3.** ¿Con qué lo hizo? Con su sola palabra.

**4.** ¿No necesitó, pues, de nada para hacerlo? No: pues su poder es tan grande y tan infinito, que no solo puede hacer todo lo que quiere, sino también de la manera que quiere.

**5.** ¿Por qué creó el mundo? Para hacer ver y adorar su grandeza y su bondad.

**6.** ¿A quiénes quería que se la hicieran adorar? A los hombres y a los Ángeles.

**7.** ¿De qué manera? Considerando sus obras admirables, el cielo y la tierra, todo lo que contienen, y particularmente los grandes bienes que les ha comunicado para hacerlos felices; queriendo que todas estas cosas les sirvieran para reconocer y alabar la bondad de quien se las ha dado.

**8.** ¿Qué bienes ha comunicado a los hombres? Son de dos clases: unos dentro de ellos mismos, y otros fuera de ellos.

**9.** ¿Qué bienes les dio fuera de ellos mismos? El cielo y la tierra, y todas las cosas que contienen, las cuales hizo para el sustento y el servicio del hombre.

**10.** ¿Qué bienes les dio dentro de ellos mismos? Primero, su vida y su naturaleza, con todas las partes de que está adornada, tanto en el alma como en el cuerpo. Segundo, una gracia y una inocencia maravillosa que les dio desde el primer momento de su creación, por la cual, así como ellos estaban perfectamente sometidos a Dios, así también todas las cosas les estaban perfectamente sometidas, tanto dentro de ellos mismos como fuera.

**11.** ¿Era, pues, el hombre Rey? Sí: y más grande que todos los Príncipes del mundo. Porque los más grandes Reyes son a menudo desobedecidos; pero el hombre, en el estado de la primera inocencia, era tan absoluto y tan poderoso, que ninguna criatura podía sublevarse contra él, y todos los movimientos de su cuerpo y de su alma dependían de su voluntad; de manera que no podía sentir ni gozo ni tristeza, ni tener pensamiento alguno, si no lo quería. Y, en fin, los Reyes no mandan sino sobre una parte de la tierra, mientras que toda la extensión del mundo estaba entonces sometida al hombre.

**12.** Esta Realeza tan excelente, ¿habría pertenecido solo a Adán, o también a los demás hombres? Puesto que era un privilegio y una consecuencia de la gracia de inocencia, habría pertenecido a quienes hubiesen tenido esa gracia; y, por consiguiente, a todos los hombres nacidos de Adán, quienes de ese modo habrían sido otros tantos Reyes, reverenciados y obedecidos por todas las criaturas.

**13.** ¿Cómo se habría comunicado esta gracia de inocencia a los hijos de Adán? Por su nacimiento: pues así como ahora todos nacemos con el pecado original derivado de Adán, así habríamos nacido con la gracia original que habría fluido sobre nosotros de ese mismo Adán.

**14.** ¿Cuánto habría durado este estado de inocencia? Tanto como le hubiera placido a Dios dejar al hombre en la tierra. Después de eso, habría sido trasladado del Paraíso terrenal al Paraíso del Cielo, sin morir.

## *Lección III — De la caída del hombre*

**1.** ¿Cómo usó Adán de una gracia tan grande? Muy mal. Pues la perdió en menos de un día.

**2.** ¿De dónde le vino esta desgracia? De no haber honrado y reconocido lo suficiente a Dios, que lo había creado tan feliz, y de haberse complacido demasiado en su excelencia y en su prosperidad.

**3.** ¿Su pecado fue, pues, el orgullo y la vanidad? Sí. Pues el Ángel que se había convertido en demonio por ese mismo pecado se lo comunicó para hacerlo compañero de su miseria, aconsejándole que se sublevara contra Dios comiendo del fruto que le había prohibido.

**4.** ¿Qué designio tenía el hombre al cometer este pecado? Quería elevarse por encima de su condición, y no reconocer la sumisión que debía a Dios, sino vivir independiente como Él.

**5.** ¿Qué efecto produjo este pecado? Hizo todo lo contrario de lo que pretendía: lo rebajó por debajo de todas las criaturas; las sublevó contra él; lo hizo esclavo de sus pasiones y del diablo, y sujeto a la muerte eterna del cuerpo y del alma.

**6.** ¿El hombre perdió, pues, su Realeza? Sí: porque todos sus súbditos se rebelaron contra él y lo abandonaron, porque él había abandonado a Dios. No solo dejó de ser dueño de sí mismo; todos sus sentidos y todos los movimientos, tanto del cuerpo como del alma, se sublevaron contra la razón.

**7.** ¿Qué consuelo le quedaba? Ninguno: pues no tenía ningún medio de defenderse de tantos enemigos, ni de librarse de su miseria. Ni siquiera podía merecer que Dios tuviera piedad de él, porque, habiendo perdido enteramente su gracia, ya no tenía fuerza para hacer ninguna buena obra, ni siquiera para rogar a Dios que lo socorriese.

**8.** ¿Fue esta desgracia solo para Adán y Eva? No, sino también para sus hijos y para toda su posteridad. Pues así como todos los frutos de una raíz mala son malos, y así como no pueden salir aguas limpias de una fuente infectada, del mismo modo de unos primeros padres manchados por el pecado no podían nacer sino hijos pecadores y semejantes a sus padres.

## *Lección IV — De la Redención del mundo*

**1.** ¿Abandonó Dios al hombre en ese estado? No. Pues apenas hubo pecado Adán, cuando Dios, movido a compasión por su sola bondad, prometió librarlo.

**2.** ¿Dónde está escrita esta promesa? En el libro del Génesis, donde Dios, maldiciendo al diablo en la serpiente por haber hecho pecar al hombre, le dice que la simiente de la mujer le quebrantaría la cabeza; significando con estas palabras a Jesucristo, quien, habiendo descendido de Adán y de Eva por la Santísima Virgen, libró a los hombres de la tiranía del diablo que los tenía cautivos.

**3.** ¿Cumplió Dios pronto esta promesa? No.

**4.** ¿Cuánto esperó? Cuatro mil años: pues tanto tiempo hay desde el pecado de Adán hasta el nacimiento de Jesucristo.

**5.** ¿En qué estado se hallaba el mundo en ese tiempo? En el estado en que lo había puesto el pecado del primer padre.

**6.** ¿Estaban, pues, todos los hombres en estado de pecado y de condenación? Sí, salvo un pequeño número de almas escogidas, en las cuales Dios conservaba su gracia y la fe viva de su promesa.

**7.** ¿Quiénes eran esas almas? Eran principalmente algunos de la estirpe de Set, primogénito de Adán después de la muerte de Abel, como Enoc, Noé, Abraham, los Patriarcas y los Profetas.

**8.** ¿No eran los judíos de ese número? No todos, sino solamente los que tenían la fe viva en Jesucristo, como los Patriarcas y los Profetas; pues la ley que Moisés les había dado no podía salvar a nadie, sino solamente la fe y la gracia de Jesucristo.

**9.** ¿Había muchos de estos justos entre los judíos? Había pocos, como dice a menudo San Agustín.

**10.** ¿Estaba condenado todo el resto del mundo? Sí: salvo algunos particulares a quienes Dios favorecía extraordinariamente entre los Paganos, como Melquisedec, Job y su familia. Todos

los demás estaban bajo el poder del diablo, que los trataba según su voluntad, y abusaba de ellos hasta hacerles adorar piedras y bestias como Dioses.

**11.** ¿Por qué esperó Dios cuatro mil años para librarlos? Para que los hombres reconocieran la grandeza del pecado que habían cometido contra él, viendo que era causa de la ruina de tantas almas; y la grandeza de su misericordia y de su gracia, viendo de qué miseria los sacó por Jesucristo. Por eso debemos tener un gozo y un agradecimiento perpetuos hacia Dios, por habernos hecho nacer después de la Encarnación de su Hijo.

## *Lección V — De la Encarnación*

**1.** ¿Qué es la Encarnación? Es una maravilla y un misterio, por el cual una de las tres Personas de la Santísima Trinidad se unió a nuestra naturaleza, hecha mortal y rebajada por el pecado.

**2.** ¿Cuál es esta Persona divina? La segunda, que es el Hijo.

**3.** ¿No tuvieron las demás Personas parte en la Encarnación? Sí tuvieron parte, en cuanto que el Hijo no se encarnó sino por la voluntad y la operación de ellas. Pero solo el Hijo quedó revestido de nuestra carne y de nuestra naturaleza, y hecho hombre como nosotros.

**4.** ¿Fue enteramente semejante a los demás hombres? Sí: salvo en el pecado, como dice el Apóstol. (Heb. 4)

**5.** ¿Tuvo padre y madre como nosotros? No: pues nació milagrosamente de la santa Virgen, sin tener padre en la tierra, así como no tenía madre en el Cielo.

**6.** ¿Cuánto tiempo vivió? Treinta y tres años cumplidos.

**7.** ¿Cómo pasó su vida? Vivió particularmente treinta años, llevando una vida común en la ciudad de Nazaret y en otros lugares, sin distinguirse por encima de los demás hombres, y ganándose la vida ejerciendo el oficio de Carpintero junto con san José, esposo de la santa Virgen, quien por esta razón era tenido por su padre, aunque no lo fuera.

**8.** ¿Por qué vivió así? Para prepararse a ejercer el cargo que había recibido de su Padre, rebajándose al estado común de los hombres; para humillarse largo tiempo, a fin de poder después ser elevado a la cátedra de Dios, y convertirse en maestro de los hombres.

**9.** ¿Qué hizo desde la edad de treinta años? Comenzó a ejercer su cargo, predicando la verdad del Evangelio con obras y con palabras, probándola por las Escrituras, confirmándola con milagros, y por último con su propia Sangre, la cual derramó para sostenerla contra quienes la combatían.

**10.** ¿Cuál fue el fruto de esta Predicación? No fue grande: pues todos los que lo habían seguido lo abandonaron en el tiempo de su pasión; y así todo lo que había hecho con tanto trabajo se perdió en un momento. (Mat. 26)

**11.** ¿De dónde viene que su palabra tuvo tan poca eficacia? Porque el Espíritu Santo aún no había sido dado. Ahora bien, la palabra del Predicador, por excelente y divina que sea, no tiene efecto si el Espíritu Santo no entra al mismo tiempo en quienes la escuchan, para hacérsela recibir y guardar. (Jn. 7)

**12.** ¿Fue, pues, inútil la Predicación del Hijo de Dios? No: porque, primero, enseñó a los hombres que la palabra del Predicador no basta, sino que hay que dirigirse a Dios para pedirle su espíritu y su gracia. Y, segundo, el Espíritu Santo devolvió después a los corazones de los Discípulos de Jesucristo todo lo que él les había dicho durante su vida.

**13.** ¿Cómo murió Jesucristo? Murió como quiso, y como lo había predicho por los Profetas, sin omitir ninguna de las circunstancias que ellos señalaron muy particularmente, como la Cruz, los clavos, los azotes, los dos ladrones, y las demás.

**14.** ¿Murió, pues, voluntariamente? Sí: y con una voluntad tan poderosa que, aunque los judíos intentaron muchas veces prenderlo, nunca lo pudieron hacer sino cuando él lo quiso, y se entregó él mismo en sus manos, para morir a la hora que le había sido ordenada por su Padre.

**15.** ¿Por qué era necesario que muriese? Para cumplir la última obra necesaria para el rescate de los hombres. Pues todo lo que había hecho y padecido durante su vida no habría sido suficiente si no hubiese también derramado su Sangre por nosotros en la Cruz, siguiendo el mandato de su Padre, que quería que destruyese nuestra muerte con la suya, para satisfacer a su justicia.

**16.** ¿Bastaba con que muriese? No. Pues así como había muerto para arruinar nuestra muerte, era necesario que resucitase para comunicarnos su vida.

**17.** ¿Quién lo resucitó? La Escritura dice que el Padre lo resucitó, y que él mismo resucitó.

**18.** ¿Cómo lo resucitó su Padre? Porque, siendo su Padre, es la fuente y el principio de toda su vida gloriosa y divina. Pues corresponde al Padre comunicar la vida a su Hijo.

**19.** ¿Cómo resucitó él mismo? Porque derramó sobre su humanidad la vida divina que había recibido del Padre.

**20.** ¿Cómo comunicó a los hombres la vida de su Resurrección? Dándoles su Espíritu divino el mismo día en que resucitó, y mucho más el día de Pentecostés, cuando su Resurrección quedó enteramente consumada por la sesión que tomó en el Cielo a la diestra del Padre.

## *Lección VI — De la Fe*

**1.** ¿Qué es la Fe? Es una luz divina que Dios nos da para hacernos conocer los Misterios y las verdades que quiso descubrir a la Iglesia para nuestra salvación.

**2.** ¿Por qué se dice que es una luz divina? Porque supera las fuerzas de nuestra naturaleza, de manera que ni siquiera podemos merecerla; pues es el primer don de Dios, por el cual merecemos poco a poco los demás. De tal modo que es necesario que el Espíritu Santo nos la inspire por su sola bondad.

**3.** ¿Por qué se dice que nos hace conocer las cosas que Dios quiso descubrir a la Iglesia para nuestra salvación? Porque no podemos tener la Fe sino por la instrucción de la Iglesia, que nos propone las verdades que Dios reveló a los Apóstoles, para comunicarlas a quienes les sucedieran en la Iglesia hasta el fin del mundo.

**4.** ¿Quiénes son los que suceden a los Apóstoles? Son los Obispos y los Prelados, a quienes los Apóstoles dejaron tras de sí, para enseñarnos la doctrina que ellos les habían enseñado.

## *Lección VIII —Explicación del Símbolo (El Credo)*

**1.** ¿Cuál es la doctrina que los Apóstoles enseñaron a la Iglesia? Es principalmente la que está comprendida en el Símbolo de los Apóstoles.

**2.** Diga el Símbolo.

1. Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.
2. Y en Jesucristo, su Hijo único, Señor nuestro.
3. Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María.
4. Que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado.
5. Que descendió a los infiernos y resucitó al tercer día.
6. Que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso.
7. Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.
8. Creo en el Espíritu Santo.
9. La santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos.
10. El perdón de los pecados.
11. La resurrección de la carne.
12. Y la vida eterna. Así sea.

**3.** ¿Por qué se le llama Símbolo? Porque esta palabra, Símbolo, significa señal o marca; y los Apóstoles lo compusieron para que fuese la marca por la cual se reconociera la fe de los verdaderos discípulos de Jesucristo.

**4.** ¿Qué significa el primer artículo? ("Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.") Nos enseña que Dios Padre es el primer principio de todas las cosas, pues produjo dentro de sí mismo a todas las Personas divinas, y fuera de sí a todas las criaturas, y puede producir una infinidad de otras cosas.

**5.** ¿No son también todopoderosos el Hijo y el Espíritu Santo? Sí: y ellos también crearon el mundo junto con el Padre. Pero la creación y la omnipotencia se le atribuyen particularmente a Él, porque le pertenecen de un modo propio, teniéndolas de sí mismo, mientras que las otras Personas las tienen de Él, como de su fuente.

**6.** Explique el segundo artículo: "Y en Jesucristo, su Hijo único, Señor nuestro." Creo que Jesucristo es el Hijo único de Dios Padre, quien lo engendró desde toda la eternidad de su propia sustancia, de manera inefable, y lo constituyó, tanto en su humanidad como en su divinidad, Señor y Rey de todas las criaturas, y en particular de los verdaderos Cristianos.

**7.** Explique el tercer artículo: "Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María." Creo que el Hijo de Dios, para redimir al mundo, descendió del Cielo y tomó nuestra naturaleza del cuerpo de la Santa Virgen, no por ningún poder humano, sino por la virtud divina del Espíritu Santo. Por eso nació enteramente puro y santo, y la Virgen, su madre, lo concibió y lo dio a luz sin lesión de su virginidad; y quedó incluso más virgen que

antes, porque su cuerpo y su alma recibieron una pureza y una santidad aún mayores por la operación del Espíritu Santo y por la unión con la carne sagrada de Jesucristo.

**8.** Explique el cuarto artículo: "Que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado." Creo que Jesucristo, tras haber cumplido el tiempo que el Padre le había ordenado permanecer en la tierra, fue clavado en la cruz por el odio de los judíos y por orden de Pilato, hombre pagano, Gobernador de Judea en nombre del Emperador de los paganos; y que, tras permanecer clavado allí unas tres horas, murió; y su cuerpo, que permanecía siempre unido a la divinidad al igual que su alma, fue puesto enseguida en el sepulcro.

**9.** Explique el quinto artículo: "Que descendió a los infiernos, resucitó al tercer día." Creo que el Alma de Jesucristo, tras separarse de su Cuerpo, descendió a lo más profundo de la tierra, a los infiernos, para triunfar sobre los demonios en su propia fortaleza, y librar las almas de todos los fieles que habían vivido desde el principio del mundo; pues estaban retenidas en ese lugar como en una prisión, de la cual no podían salir hasta que Jesucristo hubiese pagado el precio de su redención y viniese él mismo a librarlas. Así, habiendo resucitado al tercer día, las condujo en triunfo al Cielo, como recompensa de su muerte y despojo del infierno.

**10.** Explique el sexto artículo: "Que subió a los Cielos, que está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso." Creo que Jesucristo, después de su Resurrección, habiendo permanecido cuarenta días en la tierra para instruir a los Apóstoles, subió al Cielo ante su vista, donde está sentado a la diestra de su Padre, es decir, en una majestad igual a la suya, colmado de la gloria de la Divinidad tanto en su cuerpo como en su alma.

**11.** Explique el séptimo artículo: "Y desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos." Creo que, así como Jesucristo subió al Cielo visiblemente, así descenderá visiblemente al fin del mundo para juzgar a todos los hombres, muertos o vivos, y dar a cada uno la pena o la recompensa que haya merecido.

**12.** Explique el octavo artículo: "Creo en el Espíritu Santo." Creo en la tercera Persona de la Trinidad, que es el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, igual a ambos.

**13.** Explique el noveno artículo: "La santa Iglesia Católica; la Comunión de los Santos." Creo que todos los Fieles que hay en el mundo están unidos en una sociedad y en un cuerpo, al que se llama Iglesia Católica. Este cuerpo es santo, porque el Espíritu Santo nunca lo abandona, sino que siempre lo forma y lo anima. Es Católico, es decir, universal, porque todos los Fieles, en cualquier lugar que estén, deben estar unidos a él para salvarse. Y sus miembros están tan unidos entre sí por una misma fe y unión fraternal, que participan de los bienes y de los males los unos de los otros, según la caridad que tienen, y según place al Espíritu Santo distribuirlos, quien reparte los bienes espirituales de la Iglesia, así como sus gracias, según su voluntad.

**14.** Explique el décimo artículo: "El perdón de los pecados." Creo que Jesucristo dio a su Iglesia el poder de perdonar los pecados de los hombres, y que este perdón no puede obtenerse en ninguna otra sociedad que no sea la Iglesia Católica.

**15.** Explique el undécimo artículo: "La resurrección de la carne." Creo que todos los hombres que hayan muerto desde el principio del mundo hasta el Juicio final resucitarán con los mismos cuerpos que tuvieron durante su vida. Pero los buenos los tendrán resplandecientes y gloriosos, y se elevarán para ir al encuentro de Jesucristo en medio del aire; mientras que los malvados los tendrán pesados, atados a la tierra, y llenos de toda clase de deformidades y de dolores.

**16.** Explique el duodécimo artículo: "Y la vida eterna." Creo que quienes hayan servido bien a Dios hasta su muerte serán bienaventurados, y vivirán eternamente de la vida del mismo Dios, contemplando y gozando sin cesar de la bondad y de las excelencias de su Divinidad. Por el contrario, quienes hayan vivido mal serán desdichados para siempre, y compañeros de la muerte y de la miseria eterna de los demonios.

**17.** Este Símbolo que acabamos de explicar, ¿contiene todas las cosas que los Cristianos están obligados a creer? No las contiene expresamente, sino según el sentido y en sustancia, con tal de que se entienda como lo entendieron los Apóstoles y sus sucesores. Pero como los Herejes lo han corrompido a menudo con sus errores, la Iglesia se ha visto obligada a añadirle varias explicaciones contenidas en diversos Símbolos, como el que se canta en la Misa.

**18.** ¿Cuáles son las cosas que no están contenidas expresamente en el Símbolo? Hay un gran número de ellas, que se aprenden poco a poco, según el cuidado que se tenga de instruirse en las cosas de Dios, como la Eucaristía y los demás Sacramentos, los cuales la Iglesia no ha querido revelar sino a quienes hubiesen sido bien instruidos en la creencia del Símbolo.

**19.** ¿Se está igualmente obligado a creer todas estas cosas para salvarse? Se está absolutamente obligado a creer en las tres Personas de la Santísima Trinidad, y en la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana para redimir a los hombres con su Sangre; pues sin esta Fe no hay salvación, y nadie se ha salvado nunca de otro modo. También se está obligado a instruirse en lo demás, pero de tal manera que se queda excusado con tal de ignorarlo sin culpa propia.

**20.** ¿Basta tener la Fe para salvarse? No: pues también hace falta tener la Esperanza.

## *Lección IX — De la Caridad*

**1.** ¿Basta tener la Fe y la Esperanza? No: pues también hace falta tener la Caridad, porque estas tres Virtudes, Fe, Esperanza y Caridad, que se llaman Virtudes Teologales, componen el estado y la vida del Cristiano. Y la Caridad es la principal y la más perfecta.

**2.** ¿Qué es la Caridad? Es una virtud que nos hace amar a Dios sobre todas las cosas por amor a Él mismo, y al prójimo como a nosotros mismos.

**3.** ¿Qué es amar a Dios sobre todas las cosas? Es amarlo más que a ninguna criatura, y más que a nosotros mismos, y estar dispuestos a despojarnos de todo, y de nuestra propia vida, antes que separarnos de Él.

**4.** ¿Qué es amar a Dios por amor a Él mismo? Es no amarlo por otra razón, sino porque es infinitamente bueno, excelente y digno de ser amado.

**5.** ¿Qué es amar al prójimo como a uno mismo? Es desearle, por amor de Dios, los mismos bienes que deseamos para nosotros mismos, y tratarlo como quisiéramos que nos tratara.

**6.** ¿Se puede también amarse a uno mismo? Se puede de dos maneras: una mala y otra buena.

**7.** ¿Cuál es la mala? Es cuando no se refiere a Dios el afecto que uno se tiene, sino que uno se detiene en sí mismo y en su propia comodidad.

**8.** ¿Cuál es la buena? Es cuando no deseamos nada para nosotros, sino porque Dios quiere que lo deseemos, y para cumplir en nosotros su voluntad.

**9.** El amor que nos tenemos de esta manera, ¿viene del que tenemos a Dios? Sí: porque, amando verdaderamente a Dios, amamos todo lo que Él ama, y queremos todo lo que Él quiere, tanto en nosotros como en el prójimo.

**10.** ¿Cuáles son los bienes que Dios quiere que deseemos para nosotros? Los que nos hacen capaces de amarlo y servirlo eternamente.

**11.** ¿Cuáles son esos bienes? Los de su gracia, y todo lo que nos ayuda a adquirirla o a conservarla según las reglas del Evangelio.

**12.** ¿Hay que desear estos mismos bienes a todos los hombres? Sí, conformándonos a las órdenes eternas que Dios ha dispuesto de dárselos.

**13.** ¿Es de esta manera como se cumple la Caridad que se debe al prójimo? Sí, con tal de que este afecto esté verdaderamente impreso en nuestro corazón, y de que lo manifestemos con obras cuando se presente la ocasión.

**14.** ¿Son todos los hombres nuestro prójimo? Lo son todos, ciertamente, pero no en el mismo grado ni de la misma manera.

**15.** ¿Cómo lo son todos? Porque todos los hombres proceden de un mismo padre, están compuestos de una misma naturaleza, y son capaces de la misma felicidad eterna: lo cual hace

que todos sean no solo prójimos, sino también hermanos, y por esta razón obligados a amarse sinceramente.

**16.** ¿Por qué no lo son todos en el mismo grado? Porque así como entre los parientes unos lo son más que otros, así también entre los prójimos unos nos pertenecen más y otros están más alejados.

**17.** ¿Quiénes son los más alejados? Los que nos pertenecen por un nacimiento puramente humano, como todos los hombres en general, que son nuestros hermanos porque descienden de un mismo padre común; y nuestros parientes en particular, porque son de una misma raza y de una misma familia.

**18.** ¿Quiénes son los más cercanos? Los que nos pertenecen por el nacimiento divino que recibimos en la Iglesia, en el Sacramento del Bautismo, donde nos hacemos hijos de Jesucristo, es decir, todos los Cristianos.

**19.** ¿Nos son más cercanos que nuestros parientes? Sí, si nuestros parientes no son también Cristianos, pues nuestros parientes nos pertenecen solo porque hemos nacido de la sangre de un mismo hombre; pero los Cristianos han nacido de la sangre de un mismo Dios, que es Jesucristo.

**20.** ¿Nos son iguales todos los Cristianos? No. Pues quienes son nuestros Padres en la Iglesia, como los Prelados y los Pastores, nos son más cercanos que quienes son solo nuestros hermanos, como los demás Cristianos; y entre los Cristianos, los más santos y virtuosos nos pertenecen más, por ser los primeros y los mayores entre nuestros hermanos en la familia de Jesucristo.

**21.** ¿Cómo hay que ejercer, pues, la Caridad? Hay que ejercerla según los diversos grados de cercanía de los que acabamos de hablar, prefiriendo siempre a quienes nos son más cercanos, como a los parientes por encima de los hombres en general, y a los Cristianos por encima de los parientes.

**22.** ¿Debemos amar a los Cristianos solo porque son nuestros hermanos, nacidos de la misma Sangre de Jesucristo? Debemos amarlos no solo porque son nuestros hermanos e hijos de Jesucristo como nosotros, sino también porque son nuestros miembros, y forman con nosotros un mismo Cuerpo, que es Jesucristo.

**23.** ¿Todos los Cristianos son, pues, un mismo cuerpo? Sí: y un cuerpo tan verdadero y tan real como lo es el de cada uno de nosotros en particular.

**24.** ¿Cómo pueden tantas personas, y tan alejadas entre sí, estar verdaderamente unidas en un mismo cuerpo? Esto se hace por el Espíritu Santo, que está en todas partes, el cual es el vínculo y el alma de este cuerpo, uniendo a todos estos miembros más estrechamente de lo que nuestra alma une a los nuestros.

**25.** ¿Cómo llama usted a este cuerpo? La Iglesia, de la cual todos los Católicos son los miembros y Jesucristo es la Cabeza. De tal modo que de Jesucristo y de todos los Católicos no se hace sino un Cuerpo, una Iglesia y un mismo Jesucristo, como dice la Escritura.

**26.** ¿Hay que amar, pues, a los Católicos como miembros de Jesucristo? Sí: y también como al mismo Jesucristo, puesto que no forman sino un mismo cuerpo y una misma persona. Por eso dice en el Evangelio que todo lo que se haga al más pequeño de los fieles, lo tendrá como hecho a Él mismo.

**27.** ¿Es, pues, grande el pecado cometido contra la Caridad al prójimo? Sí: porque se comete no solo contra nuestros hermanos y nuestros propios miembros, sino también contra el mismo Jesucristo.

## *Lección X — Los Mandamientos de Dios*

**1.** ¿Cuál es la verdadera señal de la Caridad? Es la observancia de los Mandamientos de Dios; pues quien dice que ama a Dios y no hace lo que Él manda, es hipócrita y burlador.

**2.** Dé la razón de ello. Porque la caridad es una amistad divina del hombre con Dios. Ahora bien, la amistad une y hace conformes los corazones de quienes se aman mutuamente, de manera que tienen los mismos afectos y las mismas voluntades: así, quien ama verdaderamente a Dios, quiere todo lo que Dios quiere, y no contraviene en nada sus deseos.

**3.** Diga los Mandamientos de Dios.

1. Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros Dioses delante de mí. No harás ídolo, ni imagen tallada, ni figura alguna para adorarlos.
2. No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; pues el Señor tu Dios no tendrá por inocente al que tomare el nombre del Señor su Dios en vano.
3. Acuérdate de santificar el día del Sábado.
4. Honra a tu padre y a tu madre, para que seas feliz y vivas largo tiempo sobre la tierra.
5. No matarás.
6. No cometerás fornicación.
7. No robarás.
8. No dirás falso testimonio contra tu prójimo.
9. No desearás la mujer de tu prójimo.
10. No desearás su casa, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna otra cosa que le pertenezca.

**4.** Explique el primer Mandamiento. Nos manda reconocer a un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, y no atribuir el honor y la adoración que le debemos a ninguna criatura, ni a la imagen de ninguna criatura.

**5.** ¿No hay, pues, que honrar a los Santos, ni las imágenes de Dios o de los Santos? Hay que honrarlos ciertamente, pero no como a Dioses, como hacían los Paganos, que rendían honores divinos a las imágenes de sus Dioses, convirtiéndolas así en ídolos.

**6.** Explique el segundo Mandamiento. Nos prohíbe jurar en falso, o sin gran motivo, como cuando la Justicia nos obliga a ello; pues el respeto que debemos a la Majestad de Dios nos obliga a no emplear su nombre en nada, sin muy grande necesidad.

**7.** Explique el tercer Mandamiento. Nos manda honrar el día del descanso de Dios, el cual antes de la Encarnación era el séptimo de la semana, y después de la Encarnación es el octavo. Pues así como Dios, después de haber creado en seis días el primer mundo, descansó el séptimo, así Jesucristo, después de haber cumplido todos los trabajos y sufrimientos necesarios para hacer el segundo mundo, que es la Iglesia, descansó el octavo día, que es el de la Resurrección, en el seno de su Padre.

**8.** Explique el cuarto Mandamiento. Nos manda dar a nuestros padres y a nuestras madres el honor y la asistencia que podamos según Dios, y luego a nuestros parientes, prometiendo como recompensa una larga vida a quien honre a quienes le dieron la vida. Lo cual no se entiende solamente de los padres y madres del cuerpo, sino mucho más de los del alma, como son los Obispos, los Curas y quienes nos instruyen con su autoridad.

**9.** Explique el quinto Mandamiento. Prohíbe dañar al prójimo en lo que respecta a la vida, al alma y al cuerpo, a su salud o a sus miembros. Lo cual debe entenderse de quienes lo hacen sin autoridad, y no de aquellos a quienes Dios ha dado poder para hacerlo.

**10.** Explique el sexto Mandamiento. Nos prohíbe toda clase de acciones y de pensamientos contrarios a la castidad.

**11.** Explique el séptimo Mandamiento. Prohíbe ofender al prójimo en sus bienes.

**12.** Explique el octavo Mandamiento. Prohíbe decir algo falso en perjuicio del prójimo, ya sea en público o en privado.

**13.** Explique el noveno Mandamiento. Prohíbe desear a la mujer ajena, incluso con miras a desposarla; pues preveía que, teniendo los judíos permiso para repudiar a sus mujeres, otros podrían desearlas y persuadirlas de separarse de sus maridos.

**14.** Explique el décimo Mandamiento. Prohíbe desear el bien del prójimo de cualquier manera, no solo para robarlo, sino ni siquiera para poseerlo legítimamente. Pues no quiere que hagamos planes sobre los bienes ajenos, así como no querríamos que otros los hicieran sobre los nuestros.

**15.** ¿Es señal segura de que quien cumple estos Mandamientos tiene la Caridad? Sí: pues los tres primeros contienen el amor y el honor que debemos a Dios, y los siete restantes el que debemos al prójimo. Y la Caridad consiste en amar a Dios y al prójimo como es debido.

## *Lección XI — Los Mandamientos de la Iglesia*

**1.** Diga los Mandamientos de la Iglesia.

1. Celebrar los días de las Fiestas ordenadas por la Iglesia, absteniéndose de obras serviles.
2. Oír con reverencia el santo Oficio de la Misa los días de Fiesta.
3. Ayunar en Cuaresma, en las Cuatro Témporas del año y en las Vigilias según la costumbre de la Iglesia, y abstenerse de carne los viernes y sábados.
4. Confesar los pecados cada año al propio Cura o Pastor, o bien a otro que tenga permiso de él.
5. Recibir el santo Sacramento de la Eucaristía al menos una vez al año, en su Parroquia, y hacia la Fiesta de Pascua.

**2.** Explique el primero. Nos manda emplear los días de Fiesta en el servicio de Dios, así como empleamos los días laborables en el nuestro. Por eso, quienes pasan las fiestas en diversiones y recreos, en viajes y asuntos no del todo necesarios, van contra este Mandamiento.

**3.** Explique el segundo. Nos manda oír devotamente la santa Misa las Fiestas y los Domingos, para ofrecer a Dios el sacrificio de su Hijo en acción de gracias por los bienes y favores que nos ha hecho en esos días, y a su Iglesia. Así, no se cumple este Mandamiento si se está en la Iglesia sin atención ni reverencia.

**4.** Explique el tercero. Nos manda ayunar todos los días de Cuaresma, de las Cuatro Témporas y de las Vigilias que se ayunan; lo cual se entiende, en general, de todos los que pueden hacerlo (sin engañarse a sí mismos), con tal de que sea sin perjudicar notablemente su salud.

**5.** Explique el cuarto. Nos manda confesar nuestros pecados cada año, al menos una vez, a nuestro Cura o Pastor. Lo cual debe entenderse de quienes han ofendido a Dios mortalmente, pues los demás no están obligados a ello, aunque puedan hacerlo con mérito.

**6.** Explique el quinto. Nos manda recibir cada año, por Pascua, el santo Sacramento, en nuestra Parroquia, salvo que el Confesor juzgue oportuno posponerlo para otro tiempo.

**7.** ¿Son estos Mandamientos distintos de los Mandamientos de Dios? En realidad no: pues están comprendidos en el Mandamiento que Dios dio de honrar a padre y madre, por el cual nos obliga a obedecer a la Iglesia como a nuestra Madre principal. Pero son distintos en cuanto que son explicaciones de los Mandamientos de Dios, y reglas particulares para observarlos mejor.

## *Lección XII — De la Gracia*

**1.** ¿Basta con saber los Mandamientos de Dios para guardarlos? No: pues además de eso hace falta tener la gracia de Dios, sin la cual no podemos cumplir el menor de los Mandamientos, ni hacer nada bueno, por mucho conocimiento que tengamos.

**2.** ¿Qué es la Gracia? Es un don de Dios, que se nos comunica por el mérito de Jesucristo, para iluminar y fortalecer nuestra alma, y hacerle hacer todo lo que Dios desea de ella.

**3.** ¿Podemos merecer esta Gracia? No podemos hacer absolutamente nada para merecer la primera gracia, por la cual entramos al servicio de Dios, y es necesario que nos venga de su pura misericordia, con la que Él se anticipa y atrae a todos los que se acercan a Él.

**4.** ¿Basta con tener esta primera Gracia? No: pues después de que hemos entrado por ella al servicio de Dios, no podemos hacer nada, ni avanzar de ninguna manera, si Él no se nos anticipa en cada paso y nos envía un nuevo auxilio y una nueva gracia.

**5.** ¿Dependemos, pues, siempre de la misericordia de Dios? Sí: pues, a cualquier grado de justicia al que hayamos llegado, necesitamos una asistencia continua de Dios para mantenernos en él y hacer buenas obras.

**6.** ¿De dónde viene esta necesidad tan grande? Viene de que tenemos siempre en nosotros mismos, mientras estamos en esta vida, una corrupción natural que la Escritura llama concupiscencia, la cual nos inclina siempre contra la Ley de Dios, y nos suscita tentaciones y movimientos que no pueden ser vencidos sino por la gracia de Jesucristo: y toda la virtud y el ejercicio del Cristiano en este mundo consiste en combatir y disminuir poco a poco esta concupiscencia.

## *Lección XIII — De la Oración*

**1.** ¿Qué medio tenemos para obtener de Dios ese socorro, esa gracia continua que nos es tan necesaria? La Oración, por la cual le pedimos su asistencia y le exponemos nuestras necesidades.

**2.** ¿Debe la Oración ser continua? Sí: pues, así como nuestra indigencia es continua, hace falta rogar continuamente a Dios que nos socorra.

**3.** ¿Hay, pues, que estar siempre de rodillas para orar? No: pues hay varias maneras de orar. La primera, con palabras; la segunda, con pensamientos; la tercera, con obras; y la cuarta, con sufrimientos. Y basta con que el hombre ore siempre en una de estas cuatro maneras.

**4.** ¿Cómo hay que orar a Dios con palabras? Hablándole con afecto y reverencia, y diciéndole las mismas palabras que nos prescribió en la Oración del Señor, u otras que contengan el mismo sentido. Pues la Oración del Señor, es decir, la que nuestro Señor Jesucristo nos enseñó, es el modelo de todas las demás; y ninguna oración puede ser buena si no es conforme a ella.

**5.** Diga la Oración del Señor.

1. Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre.
2. Venga a nosotros tu Reino.
3. Hágase tu voluntad, en la Tierra como en el Cielo.
4. Danos hoy el pan que necesitamos cada día.
5. Y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido.
6. Y no nos dejes caer en la tentación.
7. Mas líbranos del mal. Así sea.

**6.** Explique las primeras palabras: "Padre nuestro, que estás en los Cielos." Nos enseñan tres cosas. La primera, que es la oración de los hijos de Dios, y que debemos pronunciarla con una sinceridad y un afecto semejantes a los que los verdaderos hijos tienen hacia su padre. La segunda, que hay que hacerla con una intención y una caridad generales, que abarquen a todos nuestros hermanos unidos con nosotros en el cuerpo de la Iglesia: pues no decimos "Padre mío", sino "Padre nuestro". La tercera, que debemos dirigirnos a Él como a nuestro padre, no terrenal, sino celestial, y tener el espíritu puesto solo en los bienes del Cielo.

**7.** Explique la primera petición: "Santificado sea tu nombre." Pedimos que, así como el nombre de Dios, es decir, la Majestad de Dios, es infinitamente santa en sí misma, así también sea santamente honrada entre los hombres.

**8.** Explique la segunda: "Venga a nosotros tu Reino." Pedimos que Dios haga manifestar y reinar su poder sobre los hombres del modo que le plazca.

**9.** Explique la tercera: "Hágase tu voluntad, en la Tierra como en el Cielo." Pedimos a Dios que cumpla, en general, sus voluntades tanto en el Cielo como en la Tierra.

**10.** Explique la cuarta: "Danos hoy el pan que necesitamos cada día." Pedimos a Dios, ante todo, que nos dé su gracia cotidiana, como la llama San Agustín, siguiendo al Papa Inocencio Primero; es decir, la gracia que necesitamos todos los días y en todo momento, como el pan necesario para nuestra alma. En segundo lugar, le pedimos el Cuerpo de su Hijo, que es el pan vivo en la santa Eucaristía, y la fuente de toda clase de gracias. En tercer lugar, le pedimos el sustento necesario cada día para nuestros cuerpos.

**11.** ¿Quiere entonces que se le pidan estas cosas temporales? Sí: pero es por condescendencia, y en contra de su primera intención; para que quienes no tengan la paciencia de dejar obrar a Dios, y esperar su socorro en silencio en sus necesidades, se dirijan al menos a Él antes que a las criaturas.

**12.** ¿Quiere que se le pidan de esta manera toda clase de comodidades temporales? No: pues esta condescendencia solo permite pedirle el pan cotidiano, es decir, lo que se necesita cada día. Y aun así, quiere que no se haga sino después de haber pedido primero el pan del alma.

**13.** Explique la quinta: "Y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido." Rogamos a Dios que nos perdone los pecados que cometemos cada día contra Él, declarando también que perdonamos todos los que se hayan cometido contra nosotros.

**14.** Explique la sexta y la séptima: "Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal." Rogamos a Dios que no permita que seamos vencidos por las tentaciones, sino que nos defienda de los pecados y de las asechanzas del diablo.

**15.** Diga el Ave María.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es Jesús, el fruto de tu vientre. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

**16.** ¿Quién compuso esta oración? La Iglesia, tomando las palabras del Ángel y de santa Isabel al saludar a la Virgen. El Ángel dijo las primeras; santa Isabel, las cuatro siguientes; y la Iglesia añadió las demás, que forman la segunda parte de esta Oración.

**17.** ¿Por qué se añade esta oración a la Oración del Señor? Porque, después de habernos dirigido al Padre, es razonable dirigirnos a la Madre, por ser quien tiene más poder ante el Padre que ninguna otra criatura.

**18.** ¿No hay otras maneras de orar a Dios con palabras? Hay varias, y particularmente las que la Iglesia practica en el Oficio divino y en el Sacrificio de la Misa, a las cuales hay que tener una devoción particular, por ser las más excelentes de todas, ya que son las palabras de la Iglesia universal, concebidas por el Espíritu Santo y pronunciadas por la boca de sus Ministros.

**19.** ¿Cómo hay que orar con el pensamiento? Poniéndose delante de Dios, para recibir, si a Él le place, la gracia de elevar nuestros corazones y nuestros espíritus hacia Él.

**20.** ¿Cómo hay que orar con obras? Haciendo buenas obras por el Espíritu de Dios, y llevando una buena vida a la luz de la Fe y de la Gracia. Pues si nuestras buenas obras tienen la fuerza de merecer la gloria eterna del Cielo, con mayor razón pueden obtener lo que nos es necesario durante el curso de esta vida.

**21.** ¿Cómo hay que orar con el sufrimiento? Sobrellevando con paciencia los males, las aflicciones y los sinsabores que a Dios le place enviarnos; siendo este un medio excelente para atraer sobre nosotros sus bendiciones y sus gracias, pues así como las obras son más poderosas ante Él que las palabras, los sufrimientos lo son mucho más que las obras.

**22.** Explique ahora cómo debemos orar siempre. Porque debemos estar siempre en el ejercicio de una de estas cuatro oraciones. Y estas nunca se practican bien, sino cuando nacen de un deseo sincero de pertenecer a Dios. Pues es en ese deseo donde consiste principalmente la oración.

**23.** ¿No se puede orar a Dios de alguna otra manera? Sí: pues cuando nos faltan todas las anteriores, todavía podemos orar presentándonos simplemente ante Dios como mendigos, sin decirle nada, y mostrándole solamente nuestros males y nuestra miseria, como los pobres se tienden en las calles sin hablar, exponiendo sus llagas y su pobreza a los ojos de los transeúntes, para moverlos a compasión y a socorrerlos.

## *Lección XIV — De los Sacramentos: y primeramente, del Bautismo y de la Confirmación*

***1.*** *¿No hay otros medios, además de la oración, para obtener la gracia de Dios? Hay varios, y principalmente los Sacramentos.*

***2.*** *¿Qué es un Sacramento? Es un signo sagrado instituido por Jesucristo, que tiene la virtud y la eficacia de santificar a los hombres y de conferirles la gracia.*

***3.*** *¿Cuántos Sacramentos hay? Hay siete: el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, la Penitencia, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio.*

***4.*** *Explique el Bautismo. Es un Sacramento que Jesucristo instituyó para librar a los hombres del pecado que recibieron de Adán por su primer nacimiento, y hacerlos renacer a una nueva vida de gracia y de inocencia; de manera que, de hijos de Adán, se conviertan en hijos de Jesucristo.*

***5.*** *¿Por qué se bautiza con agua? Para significar que, así como el agua limpia el cuerpo, así el Bautismo, por la virtud de la Sangre de Jesucristo, limpia las almas y las lava de todos sus pecados.*

***6.*** *¿Por qué se invoca a la Santísima Trinidad al bautizar? Porque la Santísima Trinidad es el principal objeto de la Fe, de la cual el hombre hace su primera profesión en este Sacramento, para ser recibido en el cuerpo de la Iglesia.*

***7.*** *Explique el Sacramento de la Confirmación. Es un Sacramento que, según la institución de Jesucristo, mediante la unción del Santo Crisma aplicada por las manos del Obispo, nos confiere el Espíritu Santo para fortalecernos contra nuestros enemigos.*

***8.*** *¿Cuáles son nuestros enemigos? Hay tres: el Diablo, el Mundo y la Carne. El Diablo, es decir, todos los poderes del Infierno. El Mundo, es decir, el contagio que hay en la compañía, el trato y el comercio de los hombres. La Carne, es decir, la inclinación natural al mal que sentimos en nosotros mismos.*

***9.*** *¿Cuál es el Espíritu Santo que nos es conferido por este Sacramento? Es la tercera persona de la Santísima Trinidad, con la plenitud de sus gracias y de sus dones, que hacen al alma fuerte y vigorosa, dándole la perfección de la caridad, en la cual solamente consiste nuestra fuerza para vencer toda clase de tentaciones visibles e invisibles.*

***10.*** *¿Cuántos son los dones del Espíritu Santo? Son siete: la Sabiduría, el Entendimiento, el Consejo, la Fortaleza, la Ciencia, la Piedad y el Temor de Dios; los cuales todos juntos no son sino la perfección y la culminación de la Caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos da.*

***11.*** *¿Está uno obligado a recibir el Sacramento de la Confirmación? Sí: pues de otro modo no somos Cristianos perfectos, ya que no tenemos la plenitud del Espíritu Santo ni la perfección de la caridad, que se otorga por este Sacramento.*

## *Lección XV — De la Eucaristía*

**1.** Explique el Sacramento de la Eucaristía. Es un Sacramento en el cual, bajo los signos del pan y del vino, están encerrados el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesucristo, para alimentar y santificar las almas y los cuerpos de quienes lo reciben dignamente.

**2.** ¿Hay pan en la Hostia y vino en el Cáliz? No: pues toda la sustancia del pan y la del vino son quitadas para dar lugar a la del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, la cual permanece allí sola, cubierta por las cualidades y las especies del pan y del vino.

**3.** ¿Cómo puede el Cuerpo de un hombre estar encerrado bajo una Hostia? Esto no puede darse por ningún poder natural, sino por la omnipotencia de Dios, para la cual nada es imposible; y que hace que, tanto bajo una de las especies como bajo las dos, tanto bajo la más pequeña como bajo la más grande, y bajo la porción más mínima de cada Hostia como bajo el todo, estén contenidos y encerrados toda la Carne y la Sangre, el Cuerpo y el Alma, la Humanidad y la Divinidad de Jesucristo.

**4.** ¿Cómo se realiza esta maravilla? Se realiza mediante las palabras instituidas por Jesucristo, y pronunciadas por el Sacerdote en su nombre, en las cuales está presente la virtud Divina para producir el efecto que ellas significan.

**5.** ¿Por qué encerró Jesucristo su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino? Para continuar en la tierra el sacrificio que ofreció por nosotros en la Cruz, a fin de rendir un honor perpetuo a su Padre sacrificándose siempre a Él, y para comunicar a los hombres el fruto de ese sacrificio, poniendo en sus manos la víctima que le ofrece, es decir, su Cuerpo y su Sangre.

**6.** ¿Es, pues, la Eucaristía a la vez Sacramento y Sacrificio? Sí: pues, después de haber sido ofrecida por el Sacerdote en honor de Dios, Dios la da a los hombres para santificarlos; y así Dios devuelve a los hombres el mismo don que los hombres le presentan.

**7.** ¿Por qué se hace este Sacrificio bajo las especies del pan y del vino? Para significar la separación del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, que tuvo lugar en su Pasión.

**8.** ¿Hay que recibirlo también bajo estas dos especies? Los Sacerdotes, al sacrificar, deben recibirlo bajo estas dos especies, así como deben ofrecerlo bajo esas mismas especies; pero a los demás les basta recibirlo bajo una de las dos, según la disposición de la Iglesia, puesto que una contiene tanto como las dos juntas.

**9.** ¿En qué estado hay que estar para recibir dignamente este Sacramento? Hay que estar en estado de gracia, haber hecho penitencia de sus pecados, y no estar apegado, ni por voluntad ni por negligencia, a nada que pueda desagradar a Dios.

**10.** ¿Por qué se desea esta disposición? Porque, siendo este Sacramento una prueba del gran amor de Dios hacia nosotros, y el medio que Él ha elegido para los hombres, es necesario que lo reciban también con un deseo sincero de amarlo perfectamente.

**11.** ¿Hay que tener la misma disposición al oír la Misa? Quienes oyen la Misa con devoción participan de este Sacramento y lo reciben por el espíritu, como quienes comulgan lo reciben por la boca: por eso deben procurar traer a ella la misma disposición.

## *Lección XVI — De la Penitencia y de la Extremaunción*

**1.** Explique el Sacramento de la Penitencia. Es un Sacramento que Dios instituyó para devolver a su gracia a quienes la perdieron por los pecados cometidos después del Bautismo.

**2.** ¿Quién tiene el poder de administrar este Sacramento? Los Sacerdotes que lo han recibido de la Iglesia.

**3.** ¿En qué estado hay que estar para recibir este Sacramento? Hay que estar en un movimiento sincero de penitencia, formado por el Espíritu Santo, que nos haga detestar de verdad nuestros pecados y convertir nuestro corazón a Dios.

**4.** ¿Basta después con confesar nuestros pecados al Sacerdote? No: pues también hace falta cumplir la penitencia de la manera que él nos ordene, para satisfacer a la justicia de Dios que hemos despreciado.

**5.** ¿Cómo se satisface por los pecados? Con toda clase de buenas obras, y principalmente con el ayuno, la oración, la limosna, y las que se llaman obras de misericordia. Pues no hay mejor medio de obtener misericordia de Dios que hacerla con los demás.

**6.** ¿Cuántas obras de misericordia hay? Hay de dos clases: unas espirituales y otras corporales.

**7.** Diga las obras de misericordia espirituales. Enseñar al que no sabe; corregir al que yerra; dar consejo al que lo necesita; consolar al triste; sufrir con paciencia las injurias; perdonar las ofensas; rogar a Dios por los vivos y por los difuntos, y por quienes nos persiguen.

**8.** Diga las corporales. Dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; dar posada al peregrino; vestir al desnudo; visitar a los enfermos; visitar a los presos; redimir a los cautivos; y enterrar a los muertos.

**9.** ¿Es necesario emplear todas estas obras para satisfacer a la justicia de Dios? Hay que emplearlas según lo disponga el Confesor.

**10.** ¿Por qué es esto necesario? Porque el pecado después del Bautismo es tan grande, que para satisfacer a la justicia de Dios es preciso aplacarla dando frutos dignos de penitencia, en la medida en que nos sea posible.

**11.** ¿Hay que hacer penitencia de todos los pecados? Sí: pero no es necesario confesar al Sacerdote los veniales, aunque sea útil hacerlo, sino solamente los mortales.

**12.** ¿Qué llama usted pecado mortal? Es una grave ofensa contra Dios, por la cual perdemos su gracia y el Reino del Cielo, y merecemos ser castigados eternamente en el Infierno.

**13.** ¿Cuántos son los pecados mortales? Son siete: la Soberbia, la Avaricia, la Impureza, la Envidia, la Gula, la Ira y la Pereza.

**14.** ¿Qué es el pecado venial? Es una ofensa contra Dios que, en verdad, no nos priva de su gracia ni del Reino del Cielo, pero que debilita el alma y la pone en peligro de caer en otros

pecados mayores, que le harían perder la gracia si no se corrige de él y no hace penitencia a tiempo; como una enfermedad leve que se agrava y se vuelve mortal si se la descuida.

**15.** Explique el Sacramento de la Extremaunción. Es un Sacramento que Jesucristo instituyó para los enfermos, a fin de librarlos de los restos de sus pecados, fortalecerlos contra el último asalto del enemigo y de la muerte, o devolverles la salud si esta es necesaria para su salvación.

**16.** ¿Cuáles son esos restos de los pecados? Es una debilidad y una languidez del alma que no ha tenido suficiente cuidado de sanar por completo mediante la penitencia, y de restablecerse plenamente en la gracia de Dios.

## *Lección XVII — Del Orden y del Matrimonio*

**1.** Explique el Sacramento del Orden. Es un Sacramento que Jesucristo instituyó para dar a los hombres el poder de ejercer las funciones Eclesiásticas, y la gracia del Espíritu Santo para ejercerlas santamente.

**2.** ¿Cuántos son los Órdenes? Son siete: el Orden de Portero, de Lector, de Exorcista, de Acólito, de Subdiácono, de Diácono y de Sacerdote.

**3.** ¿Es el Episcopado un Sacramento? Sí: pero no se le cuenta entre los demás Órdenes, porque es un grado eminente, que los supera a todos sin comparación.

**4.** ¿Es la Tonsura un Sacramento? No: pero es una preparación, y como el Noviciado para entrar en las Órdenes; pues al recibirla renunciamos a todas las pretensiones del mundo para tomar a Jesucristo como herencia, y consagrarle nuestra vida de un modo más particular que el resto de los Cristianos.

**5.** ¿Qué disposición hay que tener para recibir la Tonsura? Hay que ser llamado por Dios mediante una vocación de su gracia, la cual debe examinarse con cuidado, no sea que entremos en un estado santo por intereses temporales, o por razones humanas, o por propia voluntad. Pues si este fundamento no está bien establecido, tenemos gran motivo para temer que Dios no nos dé vocación para los demás grados del estado Eclesiástico.

**6.** Explique el Sacramento del Matrimonio. Es un Sacramento que Jesucristo instituyó para establecer una santa alianza entre el hombre y la mujer, a fin de que nazcan de ella hijos que, renaciendo por el Bautismo, sirvan y mantengan la sucesión de su Iglesia.

**7.** ¿Cuál es el fin del Matrimonio? Es la regeneración espiritual de los hijos después de la generación corporal, y luego el sustento y la educación conforme a estas dos generaciones.

**8.** ¿Están, pues, los padres y las madres obligados a instruir cuidadosamente a sus hijos? Sí: y a enseñarles con exactitud, no solo con palabras, sino también con el ejemplo, todo lo que concierne a la fe y a las costumbres cristianas, para vivir según Dios, cada uno en su condición. Pues el padre en la familia debe ser como el Obispo en la Iglesia, según San Juan Crisóstomo y San Agustín.

**9.** ¿De dónde viene esta excelencia del Matrimonio? Viene de que es la imagen de la unión sagrada de Jesucristo con la Iglesia. Pues así como Jesucristo es uno con la Iglesia, de modo que no pueden ser separados, así el marido es uno con la mujer, y de una unidad inseparable. Y así como Jesucristo amó a la Iglesia y a sus hijos hasta morir por ellos, así el marido debe amar a su mujer y a los hijos que Dios le ha dado, con una amistad tan perfecta que esté dispuesto a exponer su vida, si es necesario, para conservar la de sus cuerpos y sus almas.

## *Pequeña Instrucción Para Disponer a los Niños a Recibir el Sacramento de la Confirmación*

El Sacramento de la Confirmación ha sido llamado con este nombre porque confirma y refuerza la vida que se ha recibido por el Bautismo.

Pues antes del Bautismo estábamos muertos ante Dios y los Ángeles, aunque ante los hombres estuviéramos vivos de la vida del cuerpo, el cual está vivo por la unión que tiene con el alma, mientras que el alma solo está viva por la unión que tiene con Dios: por eso el Apóstol San Pablo decía de una mujer que, después de haberse entregado a Dios, lo había abandonado, que, estando viva, estaba muerta.

Por el Bautismo recibimos la verdadera vida de gracia, y renacemos de Jesucristo en su Iglesia, como hijos del nuevo mundo. Y mientras que los hijos de los hombres, al nacer, salen de sus madres para vivir aparte, de la vida natural y humana, los hijos de Jesucristo, cuando renacen de Él por su gracia, entran en Él y en la Iglesia, su esposa, para vivir y subsistir en ellos, no solo como sus hijos, sino también como partes y miembros de su propio cuerpo.

Pero la vida que recibimos al renacer por el Bautismo es tan débil y tan frágil que no puede durar mucho tiempo, ni conservarse por sí misma. Pues así como un niño recién nacido necesita que se le asista, y que se le conserve bien la vida que acaba de recibir, la cual perdería enseguida si se lo dejara solo sin socorrerlo, así también quienes han nacido por el Bautismo necesitan una asistencia y una nueva gracia de Dios para fortalecerlos y mantenerles la vida de la infancia que habían recibido antes, la cual, sin esto, no podrían conservar mucho tiempo. Ahora bien, esta gracia y este nuevo refuerzo, tan necesario para mantener la vida y la gracia del Bautismo, nos es dado por el Santo Sacramento de la Confirmación. Por consiguiente, es fácil juzgar cuál es su grandeza y su importancia.

Es tal que se está obligado a creer que la fuerza que se nos da por este divino Sacramento es esa misma fuerza que Jesucristo prometió a sus Apóstoles cuando, estando a punto de subir al Cielo, les dijo que pronto serían revestidos de una virtud y de una fuerza que descendería de lo alto para hacerlos poderosos contra sus enemigos visibles e invisibles.

Esta fuerza no es otra que el mismo Espíritu Santo, que Jesucristo les envió poco después, el día de Pentecostés, para cumplir su promesa. Pues así como Jesucristo, habiendo subido al Cielo y sentado a la diestra de Dios su Padre, envió al Espíritu Santo, que descendió en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles y sobre toda la Iglesia reunida, también quiso que descendiera sobre cada uno de nosotros hasta el fin del mundo, ya no en lenguas de fuego, ni con estruendo y tempestad como la primera vez, sino bajo otros signos visibles, y de una manera más secreta y oculta, para ejercitar la fidelidad de nuestra Fe.

Pues bien, esos signos visibles instituidos para hacer descender sobre cada uno de los bautizados el mismo Espíritu Santo que descendió el día de Pentecostés sobre toda la Iglesia, son el Sacramento de la Confirmación.

Por eso este Sacramento es conferido únicamente por el Obispo, porque, habiendo sido enviado el Espíritu Santo a la Iglesia por Jesucristo resucitado, ahora no puede ser enviado a cada uno de nosotros sino por los Obispos, que representan la majestad y el poder de Jesucristo resucitado, quien, por la resurrección, da el Espíritu Santo a los hombres.

El santo Crisma con el que el Obispo unge la frente de quien confirma está compuesto de aceite y de bálsamo: el uno representa la fuerza que recibimos por este Sacramento, como atletas de Jesucristo; y el otro, por la efusión de sus fragancias esparcidas en el aire, señala la plenitud de la efusión del Espíritu Santo en el alma, en la cual derrama, ante Dios y ante los Ángeles, la misma fragancia que el santo Crisma ante los hombres. Esto es lo que hizo decir a San Pablo que somos, ante Dios, el buen olor de Jesucristo.

Esta unción se hace en la frente, para dar testimonio de que el Espíritu Santo se nos da para fortalecernos contra los enemigos de Jesucristo. Pues la fuerza y el vigor de un hombre no se manifiestan en nada tanto como en la firmeza de su frente. Así pues, para mostrar que esta fuerza y esta firmeza nos son dadas por el Espíritu Santo, se nos unge la frente con el santo Crisma.

La fuerza que el Espíritu Santo nos comunica por este Sacramento nos provee y nos fortalece en todos los encuentros y todos los combates que nos suceden en esta vida, como son toda clase de tentaciones interiores y exteriores, las aflicciones, las persecuciones, y en general todas las ocasiones que nos ponen en peligro de perder la fe y la gracia de Dios.

Por eso fue enviado el Espíritu Santo a los Apóstoles, y se nos da a nosotros después de ellos por las mismas razones, porque Jesucristo quiso que fuésemos partícipes del mismo don que les hizo a ellos.

Los grandes efectos de este Sacramento se manifiestan claramente en los Apóstoles, quienes, habiendo sido siempre muy débiles y muy imperfectos, aparecieron enseguida, tras el descenso del Espíritu Santo, muy fuertes y muy perfectos. La misma gracia está preparada para quienes se disponen, como ellos, a recibir este Sacramento. Ellos permanecieron diez días antes en oración y en retiro continuo; y es preciso que uno se prepare a este Sacramento de la misma manera, con oraciones y con retiros destinados a este fin, con bastante antelación.

Por este medio, junto con los Apóstoles, se pasará de ser un Cristiano imperfecto, como se era antes, a ser un Cristiano perfecto.

Este Sacramento es llamado por los Padres el cumplimiento y la perfección del Bautismo, porque sin él la vida que hemos recibido por el Bautismo es demasiado débil para mantenerse contra los enemigos que nos rodean. En este Sacramento recibimos las armas y el valor para resistirlos, y nos convertimos en miembros perfectos de la Iglesia militante, pudiendo entrar

en adelante con confianza en los combates que hay que sostener en este mundo para recibir un día el premio de la corona eterna junto a Jesucristo. Esto nos es significado por el pequeño golpe que el Obispo da en la mejilla, el cual nos enseña, con este signo, a comenzar a sufrir con paciencia todos los esfuerzos que los enemigos de nuestra alma y de nuestra salvación puedan hacer contra nosotros.

Es necesario tener un padrino cuando se acude a este Sacramento, porque a él se llega como un niño débil e imperfecto, incapaz aún de sostenerse por sí mismo; lo cual hace que se necesite un guía que se comprometa a cuidar de nosotros y de nuestra conducta en las costumbres y en la vida cristiana, hasta que nos hayamos vuelto fuertes y capaces de conducirnos nosotros mismos. Por eso importa elegir a uno que sea capaz de cumplir con este deber, en lugar de hacer como suele hacer la mayoría de los Cristianos, que eligen a algún hombre del mundo que no querrá, o no podrá, cumplir lo que promete.

Después de haber recibido un Sacramento tan poderoso y tan divino, no queda más, para conservar en nosotros al Espíritu Santo durante el resto de esta vida, que alimentarnos de la santísima Eucaristía, la cual conserva y hace crecer día a día en nuestras almas este Espíritu divino, con tal de que a ello añadamos las obras y la vida que deben llevar los Cristianos perfectos, tales como nos hemos vuelto poco antes, y de que procuremos separar cada vez más nuestros afectos de las cosas de la tierra y de la corrupción que hoy ha ganado, en general, a la mayor parte del mundo. Así es como los Apóstoles conservaron en sí el Espíritu Santo, y lo renovaron y acrecentaron sin cesar, hasta que este los elevó a la gloria del Cielo.

# Tratados

## *El Corazón nuevo*
## *Explicación de las*
## *ceremonias de la Misa*
## *y*
## *Ejercicio para entenderla bien*
## *Razones de la antigua ceremonia de*
## *suspender el Santísimo Sacramento*
## *en medio*
## *del Altar Mayor*

## Aviso a los lectores sobre los siguientes tratados

Aunque estos cuatro pequeños tratados no fueron escritos para ser publicados, y aunque quien es su autor los compuso con ocasión de diversas circunstancias particulares, sin otra intención que seguir a Dios sirviendo a las personas que él le había encomendado por su camino; sin embargo, quienes los vieron juzgaron por sí mismos que podrían producir mucho fruto en el ánimo de otros. Esto es lo que los llevó a publicarlos, sin preocuparse por la intención ni la voluntad de aquel a quien pertenecen.

Saben que él tiene tanta pasión por el verdadero bien de las almas y por el honor de la Iglesia como la tuvo por su propia reputación, y que no podrá quejarse de que la caridad que en su día le hizo escribir estas obras las haga ahora salir a la luz, para provecho de todos aquellos a quienes plazca a Dios tocar con su gracia; y de que estas pequeñas semillas, después de haber estado tanto tiempo como escondidas bajo tierra, al recibir la bendición del Cielo, se eleven y se multipliquen a la vista de los hombres, y todavía más en el secreto de sus corazones, donde debe encerrarse todo el verdadero fruto de la palabra de Dios, para después derramarse hacia fuera en las ocasiones que él hace nacer para probar la fuerza interior y la solidez de nuestra virtud.

Si el público recibe este regalo como recibió el que el impresor le ofreció hace algunos meses, se le podrán dar de tanto en tanto otras piezas semejantes del mismo autor, de las que hay motivo para creer que le edificarán, al ver en ellas la piedad fundada no en meditaciones sin fundamento, ni en luces poco seguras, sino en la piedra sólida, y en el espíritu de verdad que reside en la Iglesia universal y en la sucesión de sus padres; pues el Evangelio nos enseña que solo se llega a la salvación y a la vida por la verdad, la cual debe ser, por tanto, la guía y la regla de todas nuestras obras, de todos nuestros propósitos y de todos nuestros pensamientos, y la cosa del mundo que debemos amar y buscar con más cuidado en toda clase de ocasiones; no sea que, sin ella, nuestras mayores acciones y nuestros mayores esfuerzos resulten tan inútiles ante Dios como brillantes habrán sido ante los hombres.

## Aprobación

**Este libro, titulado *El Corazón nuevo*, *Explicación de las ceremonias de la Misa*, *Ejercicio para entenderla bien*, y *Razones de la antigua ceremonia de suspender el Santísimo Sacramento en medio del Altar Mayor*, es tan conforme a la doctrina de nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana — de la cual el autor ha hecho siempre una singular y muy ejemplar profesión—, y tan adecuado para encaminar a los cristianos hacia las buenas costumbres, que nosotros, Doctores de la sagrada Facultad de Teología de París, dando testimonio de verdad, creemos estar obligados a asegurárselo así al público, como lo hacemos después de haberlo leído exactamente y examinado cuidadosamente, este tres de mayo de 1643.**

**F. C. de la Haye, benedictino, prior de la abadía de San Juan de Poitiers.**
**Bourgeois.**
**P. Sarrasin.**
**Manger.**

## *El Corazón Nuevo o Ejercicio para una persona comprometida en el mundo y en el matrimonio, recién convertida a Dios*

> *Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne — Ezequiel 36:26*

La Vida de la Gracia está fundada en el alma, como la vida de la naturaleza está fundada en el cuerpo; y comienza, como aquella, por el establecimiento del corazón, que es algo interior y el principio de todas las funciones de la vida.

Antes de que Jesucristo viniera al mundo, los hombres no vivían sino de la vida de la naturaleza, e ignoraban la vida de la Gracia; pues no tenían más que un corazón del que nacían todos los movimientos de la vida natural, que los arrastraban sin discernimiento hacia todos los objetos de los sentidos.

Hay que exceptuar a los Patriarcas, a los Profetas y a un pequeño número de hombres buenos que, viviendo en la misma fe en que vivimos hoy, pertenecían al Evangelio y a la nueva alianza por una anticipación de gracia, y constituían otras tantas excepciones a la regla general.

El Hijo de Dios es quien vino a la tierra para traer a ella un corazón nuevo, y ponerlo en el alma de los hombres, mientras que el primero está en el cuerpo.

Este corazón no es sino su Espíritu y su Gracia, por la cual nuestra alma se desprende de los objetos de los sentidos y se eleva a Dios mediante toda clase de buenos pensamientos y de santos afectos.

Este Espíritu y esta Gracia, que instaura este Corazón nuevo, es llamado en la Escritura con el nombre de caridad y de amor, que es el más excelente nombre que Jesús le da, y que nos enseña que toda la vida nueva consiste en amar a Dios y en referirle todas nuestras obras.

De modo que, así como en la vida de la naturaleza todo lo que hacemos, sea por los sentidos interiores y exteriores, sea por los afectos y los movimientos que nos llevan hacia los objetos sensibles, tiene su origen en el corazón natural, así también todo lo que hacemos en la vida de gracia debe proceder de ese otro corazón sobrenatural, que es la caridad y el amor de Dios grabado en lo más profundo de nuestra alma.

Esto es lo que Nuestro Señor dijo, hablando a una mujer que ponía la perfección de la devoción y de la piedad en algo exterior: que vendría un tiempo, y que ya había llegado desde su venida al mundo, en que toda la devoción consistiría en servir y adorar a Dios en espíritu y en verdad, es decir, con un amor interior, sincero y verdadero, que, desprendiéndonos del amor de las criaturas, no tendría nada que no fuera espiritual y divino para llevarnos a Dios solo.

Este corazón y este amor son, por lo común, semejantes a la ternura del corazón de un niño pequeño recién formado en el vientre de su madre, o nacido hace pocos días, el cual, a causa

de su debilidad, no es capaz de realizar grandes acciones ni ejercicios que sean en algo penosos. Por eso su madre y su nodriza no tienen otro cuidado que preservarlo de las inclemencias del tiempo y fortalecerlo poco a poco, para hacerlo capaz de caminar y de actuar por sí mismo.

Es preciso que esta comparación sirva de regla y de orientación general para un alma en la que Dios acaba de injertar este corazón nuevo, es decir, su amor y su gracia, como una rama en un árbol silvestre, por usar las mismas palabras del Apóstol San Pablo, y que tenga en cuenta a qué la obliga esta infancia del hombre nuevo y espiritual, en la que ha entrado por este primer espíritu y por este tierno amor que siente.

Esta alma debe hacer consigo misma el oficio de madre y de nodriza, guardándose con cuidado de las más pequeñas ocasiones que puedan inclinarla al mal, como las inclemencias del tiempo y la corrupción del siglo, y sin lanzarse a empresas de piedad ni a esfuerzos de devoción que superen el alcance de su espíritu y de su infancia en el amor de Dios.

Es necesario que se recoja enteramente dentro de sí misma, como si quisiera impedir que un buen aroma se disipara, conteniéndolo, y que trabaje en formar interiormente ese corazón y ese amor, afianzándose cada vez más ante la mirada de Dios, con el propósito de agradarle en adelante como antes agradó, o deseó agradar, a las personas del mundo; cosa que nunca hará bien sino cuando se sienta dispuesta a amar tanto a Dios en perjuicio de las criaturas, como amó a las criaturas en perjuicio de Dios.

El primer ejercicio y la primera ocupación de esta alma será trabajar en ir suprimiendo poco a poco todo lo que juzgue, dentro o fuera de sí misma, contrario y perjudicial a este nuevo amor que tiene a Dios. Y si hay algo en la tierra que esté obligada a amar, procurará purificar la intención que antes tenía, y comenzar a amarlo únicamente por Dios, con la firme resolución de hacer que todos los afectos vuelvan a Él, como a su fin y a su origen, y de no hacer nada que no le refiera, al menos al comienzo de cada nueva empresa.

El segundo ejercicio de esta alma será pasar por su espíritu, al menos una o dos veces al día, esta gran enseñanza y esta maravillosa verdad de la Religión Cristiana: que todos los Cristianos son miembros los unos de los otros, y que todos juntos no forman sino un cuerpo, que es la Iglesia; y practicar la Fe que tiene en este artículo de nuestra Religión, estimando y honrando en su corazón al más pequeño como al más grande, por un singular respeto hacia Jesucristo, que es su Cabeza; y luego, creyendo y adorando en espíritu el cuerpo que tomó en el vientre de la Virgen, se asombrará de que nos lo haya dado como alimento de nuestras almas en la Eucaristía, y se abstendrá por un tiempo de la santa Comunión, por una gran humildad y una reverencia interior, como de un alimento demasiado sólido y desproporcionado para su debilidad.

Pero debe cuidar que esta abstención vaya acompañada de un gemido secreto por verse privada de un bien tan grande, de una santa emulación hacia aquellos a quienes Dios hace dignos de alimentarse a menudo de este pan del Cielo, y de un ardiente deseo de llegar a esa

dicha, y de merecer, mediante su progreso en la piedad, acercarse con frecuencia a esa mesa divina.

El tercer ejercicio de esta alma será nutrir este corazón y este amor todavía tierno con leche y miel, es decir, con el conocimiento y la reverencia de las cosas más comunes, honrando sin afectación a los Sacerdotes, a los Religiosos, a las Iglesias, a las Reliquias, y todo lo que concierne al servicio de Dios, como las Cruces, las Imágenes, el Agua bendita, los Rosarios, las Medallas, etc.

Y al mismo tiempo se propondrá hacer cada día algo fácil para fortalecer su amor: una breve lectura, una Oración, un retiro, un silencio disimulado en medio de una reunión, con un santo artificio y disimulo; una visita abreviada a propósito; una desconfianza o suspensión del juicio cuando se nos cuente algo en perjuicio de otro; una atención afectuosa y un buen servicio prestado a quien nos haya ofendido; y una gran contención acompañada de una mirada hacia Dios, cada vez que se trate de quienes nos han disgustado; y, en general, aplicarse con afecto a los asuntos más pequeños en los que vea aparecer algún interés de Dios, hasta condenar, al menos en el lugar donde reside su amor, es decir, en el corazón, todo lo que vea que desagrada a Dios, en sí misma o en los demás — incluso las acciones que parezcan tener alguna bondad o excelencia, si reconoce que proceden de una mala intención o de alguna pasión — siendo este rechazo y esta condena interior una de las grandes señales del amor que se tiene a Dios.

Pero como es muy difícil para una persona que apenas nace al estado de la gracia, y que por la debilidad de sus fuerzas sabe que está solo en su primera edad, suprimir de golpe los malos afectos que tenía antes, enderezar los que son legítimos para referirlos a su verdadero fin, y realizar la menor buena obra para fortalecerse en el amor de Dios sin otra fuerza que la que le es propia y natural a esa edad, es necesario que dé por sentadas tres cosas muy verdaderas, sin cuyo conocimiento y práctica no podría dar un solo paso en la vida espiritual ni en ese amor que desea reforzar y hacer crecer.

La primera es que este amor y este corazón nuevo le han venido de la pura liberalidad de Dios, sin que ella haya contribuido de su parte con nada que pudiera merecerlo: lo cual la obliga a un maravilloso agradecimiento, al considerar a tantas almas comprometidas en las pasiones del mundo y alejadas del camino estrecho del Evangelio.

La segunda es que, por haber entrado en posesión de este corazón y de esta gracia, no queda por ello libre de sus primeras inclinaciones ni de sus malos hábitos, ya naturales, ya adquiridos, que son otras tantas heridas y flaquezas que la obligan a creer que es capaz de cometer las mismas faltas que cometía antes, y una infinidad de otras, a las que puede ser arrastrada por las astucias del demonio, del cual debe desconfiar más que antes, segura de que él la odia mucho más desde que ha entrado en este camino nuevo, y de que le tenderá trampas con más artificio para hacerla caer, deslumbrándola con el brillo de algún buen pretexto y con la apariencia de algún bien.

La tercera cosa que esta alma debe considerar bien es que solo Dios, mediante la continuación de sus gracias, puede defenderla y afianzarla en este nuevo amor, desprendiéndola poco a

poco de las cosas ilegítimas, y haciéndole practicar como es debido las legítimas, y todo el resto de las buenas acciones por las cuales puede llegar a ser fuerte y perfecta en la gracia.

Esto la obliga a tener una gran desconfianza de sí misma, y una gran confianza en Dios, y a creer que estos dos puntos son de los más necesarios para la perfección de su obra.

Manifestará ambas cosas a Dios, dirigiéndole durante el día oraciones y súplicas, para que la ayude y le conceda la gracia de volverse fuerte e invencible en su amor.

La forma de estas oraciones y súplicas la tomará de las que nos hacen los pobres, las cuales van acompañadas de una gran humildad, que procede del sentimiento interior que tienen de su pobreza y de su miseria, y de la protesta pública que hacen de ella.

Esta forma de oraciones y súplicas le enseñará que no siempre es necesario hablar para orar, y que Dios se contenta a veces con una simple presencia de nuestro corazón, con un silencio, o con un signo aún menor, cuando esto procede de la aplicación del espíritu interior, que es el único que ora y gime en nosotros.

Debemos hacerlo con tanta más humildad cuanto que somos los verdaderos pobres, no estando los demás en la tierra sino para representar nuestra verdadera pobreza mediante su condición miserable, y siendo tan numerosos para expresar el gran número de pobres espirituales en el que están comprendidos todos los hombres del mundo.

Que la persona que está en su primera edad de la gracia crea, pues, sinceramente que es más pobre en su alma, y está más desprovista de los medios para alimentarla y fortalecerla, de lo que el pobre lo está en su cuerpo.

Con tal de que se ofrezca todos los días a Dios en esta condición de pobre, mostrándole sus llagas, basta con eso, aunque no dijera nada; pues cuanto más ore de esta manera, más verá crecer su amor, no habiendo nada que obligue a Dios más poderosamente a aumentarnos sus gracias, que la protesta que le hacemos del estado miserable de nuestra alma en la Oración, que es un acto de pobre y de mendigo.

Y como este es el lugar de hablar de las inclinaciones, de las tentaciones y de las sugestiones que nacen de nuestra mala naturaleza, del demonio y del mundo, basta decir que, cuando empiecen a atacarnos, habrá que levantar los ojos del corazón al Cielo, y con una simple mirada, diversificada de mil maneras que el amor entiende, pedir socorro a Dios sin decir palabra, y no cesar jamás de implorarlo mientras esos enemigos nos acosen; a los cuales hay que vencer retirándose, si es posible, sobre todo cuando el lugar y la ocasión los favorecen.

Es bueno tener en el espíritu y en la memoria algunos versículos de la Sagrada Escritura, para decirlos en el corazón cuando nos acosen estos combates y tentaciones. Pues no hay nada que confunda tanto al demonio como la palabra de Dios, cosa que nuestro Señor nos enseñó con su ejemplo, al haber disipado tres grandes tentaciones con tres pasajes de la Escritura que les propuso.

Escogeréis algunos que os den más ardor y afecto, como:

*"Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi"*: He alzado mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro.

*"In te Domine speravi, non confundar in aeternum"*: En ti, Señor, he esperado, jamás seré defraudado.

*"Redde mihi laetitiam salutaris tui, et spiritu principali confirma me"*: Devuélveme el gozo de tu salvación, y confírmame con tu Espíritu soberano.

Así, el gran secreto y el resumen de la Religión Cristiana consiste en saber la diferencia que hay entre la Gracia de Adán y la de Jesucristo. La Gracia de Adán lo dejaba en su propia conducción, *"in manu consilii sui"*, como dice la Escritura; pero la Gracia de Jesucristo nos pone bajo la conducción de Dios, por lo cual el Profeta le dice, en nombre de todos: *"In manibus tuis sortes meae"*: los avatares y los acontecimientos de mi vida están en tu poder.

Así pues, ya sea que haya que evitar el más pequeño mal, o hacer el más pequeño bien, en la más mínima ocasión, siempre dependemos del gobierno y de la conducción secreta de Dios, al cual debemos invocar desde el fondo del corazón, creyendo que solo Él puede hacernos victoriosos contra nosotros mismos, contra los demonios y contra el mundo, sobre todo cuando unen sus fuerzas para arruinarnos, lo cual sucede casi siempre, principalmente en quienes comienzan. Pues el Diablo suele formar las tentaciones a partir de nuestras malas inclinaciones y de nuestros hábitos corrompidos, y hace intervenir al mismo tiempo alguna ocasión exterior de parte de las criaturas, para tentarnos junto con él.

Por eso, desde la caída de Adán, necesitamos una oración continua, como dice nuestro Salvador, para no interrumpirla jamás: hay que sustituir nuestros buenos pensamientos y nuestros santos afectos por buenas y santas palabras, y a ambas cosas, nuestras buenas obras, que son siempre oraciones cuando, al comenzarlas, las consagramos a Dios, el único capaz de convertir en bendición, mediante gracias continuas sobre nuestra alma, la desgracia que Él mismo dijo que va unida a las riquezas, al matrimonio y al trato con el mundo.

# Explicación de las Ceremonias de la Misa

Para comprender bien los misterios que encierra la Misa, hay que considerar que la sucesión de acciones y ceremonias que se realizan en ella no solo significa los sufrimientos de Jesucristo y los hechos de su vida humana en la tierra, sino también todo lo que Dios ha hecho desde el principio del mundo, y todo lo que ha de hacer hasta el día del Juicio para la salvación de los hombres.

Esto nos enseña que el sacrificio de la Cruz fue ofrecido, en general, por todos los Santos que ha habido y habrá desde el principio del mundo hasta el fin, según lo que se dice en el Apocalipsis, que el Cordero fue inmolado desde el origen del mundo.

Y así, el sacrificio de la Misa es una conmemoración del sacrificio perpetuo, que no ha dejado nunca de ofrecerse desde la caída de Adán, y que nunca dejará de ofrecerse: porque la virtud del sacrificio de la Cruz se ha derramado sobre todos los tiempos, tanto los que precedieron como los que siguieron a la Pasión de Jesucristo; y es por ella por lo que todos los Santos se han salvado, y se salvarán, desde el principio del mundo hasta el fin. En este sentido se le llama el sacrificio general y perpetuo de toda la Iglesia.

### *Entrada del Sacerdote al Altar*

Sentado este fundamento, hay que observar en primer lugar que el Sacerdote sube al Altar revestido de sus ornamentos, y poco después baja hasta el último escalón, para dar testimonio de que, habiendo estado unido a Dios en Adán en el estado de la primera creación, se vio alejado de Él por el pecado del mismo Adán, que contrajo en su nacimiento, por el cual fue expulsado del Paraíso y reducido al último grado de bajeza al que puede caer la criatura.

### *El Confiteor*

Allí reconoce y confiesa que es indigno de acercarse a Dios y a su Altar, y que esta indignidad le viene tanto del pecado de su nacimiento como de los que ha cometido por su propia voluntad durante toda su vida.

Hace esta confesión no solo por sí mismo, sino también por toda la asamblea y por toda la Iglesia, en cuyo nombre va a ofrecer el sacrificio. Por eso el ministro, que representa al pueblo, dice con él el Confiteor; y al decirlo, invita a toda la asamblea en cuyo nombre habla a entrar con él en el estado de penitente, y a reconocer ante Dios su propia indignidad.

### *Deus Tu Conversus, etc.*

Hecha esta confesión, así como el Sacerdote y el ministro han reconocido sus faltas y su indignidad mediante confesiones recíprocas, se animan también y se alientan mutuamente reconociendo la misericordia de Dios, con palabras de confianza tomadas de la Sagrada

Escritura, diciendo: *Deus tu conversus vivificabis nos. Ostende nobis Domine misericordiam tuam*, etc. Con las cuales declaran que, así como no pueden esperar nada de sí mismos, deben esperarlo todo de Dios, en virtud de lo que Él ha querido prometernos por su palabra.

Con esta santa confianza, el Sacerdote sube al Altar y lo besa, en señal de reconciliación con Jesucristo y con la Iglesia triunfante. Pues el Altar representa a Jesucristo crucificado, y las Reliquias que hay en el Altar representan a los Santos de la Iglesia triunfante, incorporados a Jesucristo y convertidos en una misma cosa con Él.

### *Sobre el Introito*

El Introito significa la declaración que Dios ha hecho a los hombres, desde el pecado de Adán, de querer librarlos de la miseria en que habían caído, y devolverlos a su gracia, dándoles un Salvador. Por eso cada Introito, en particular, pide o celebra la ejecución particular de esta voluntad de Dios, según la fiesta o el misterio del que se dice la Misa.

### *Kyrie Eleison*

El *Kyrie eleison* (es decir, Señor, ten piedad de nosotros) expresa los anhelos de los Santos, tras la promesa que el Padre les había hecho de enviar a su Hijo, a quien invocaban como su Salvador, pidiendo el cumplimiento de su Encarnación.

Se dice tres veces en honor de la Santísima Trinidad, a la cual pedían el cumplimiento de este misterio; y la segunda vez se dice *Christe eleison*, para mostrar que era a la segunda Persona a quien pedían, como a su Cristo y su Salvador.

Se nombra tres veces cada Persona para significar la multitud de anhelos y de oraciones que dirigían a toda la Santísima Trinidad para obtener este bien. Pues el número tres significa multitud en la Sagrada Escritura, como se ve por lo que dice San Pablo, que rogó a Dios tres veces, es decir, a menudo, que le quitara su tentación.

### *Gloria in Excelsis*

Tras estos anhelos y estas oraciones, Dios cumple lo que con tanto ardor se le pedía, lo cual está significado por el *Gloria in excelsis*, que representa el gozo de los hombres y de los Ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios.

Este canto de alegría se omite en ciertos días de tristeza o de penitencia, como son los días de difuntos y los días feriales, que marcan el tiempo de esta vida de penitencia y de tristeza, y preceden al Domingo, que es el día de la Resurrección y de la gloria, en el cual, por consiguiente, se canta este Himno de glorificación. Lo mismo ocurre en las Fiestas de la Virgen y de los Santos que reinan en la gloria de Jesucristo.

### *Domibus vobiscum*

A continuación, el Sacerdote comienza a bendecir al pueblo, volviéndose hacia él para comunicarle las bendiciones de Jesucristo, nacido en el mundo para bendecir a los hombres. Por eso desea que Jesucristo permanezca con ellos, diciendo *Dominus vobiscum*, palabras con

las que se explica el nombre que la Escritura da a Jesucristo, a saber, Emmanuel, que significa un Dios que permanece con nosotros.

Ahora bien, antes de dar esta bendición, besa el Altar, para mostrar que, para dársela, necesita él mismo tomarla de Jesucristo, representado por el Altar, y que es de Él de donde todas las gracias fluyen sobre nosotros, como de la fuente infinita que Dios ha establecido para derramar sus dones sobre nosotros.

### *Oración*

Después de haber deseado al pueblo esta bendición, se vuelve hacia el Altar para decir una o varias Oraciones, según la ocasión de las Fiestas, a fin de obtenérsela, y reconocer así que no es sino ministro de Jesucristo, y que no puede comunicar nada a los demás sino después de haberlo obtenido de Él por medio de las oraciones.

### *La Epístola*

Después de esto se dice la Epístola, que se toma a veces del Nuevo Testamento y a veces del Antiguo, para señalar la Predicación que se hizo al pueblo judío por los Profetas y por los Apóstoles. Por eso la Epístola se dice a la mano derecha del Sacerdote, porque el pueblo judío era el pueblo amado de Dios, y aquel que Él tenía por su pueblo particular.

### *Por qué se cambia el libro de derecha a izquierda*

Pero, habiéndose negado los judíos a escuchar a los Profetas y a los Apóstoles, fueron abandonados, y los Apóstoles se dirigieron a los Gentiles, a quienes transfirieron el Evangelio; lo cual se representa cuando se cambia de lugar el libro del Evangelio, para mostrar que Jesucristo dejó a los judíos, que antes eran el pueblo de la derecha, y que los Paganos, que estaban a la izquierda, es decir, en el abandono y en la maldición de Dios, se han convertido en su pueblo y en sus amados; y que Jesucristo establece su residencia entre ellos, y funda allí su Iglesia.

No se declara que el Evangelio haya sido predicado a los judíos, a quienes sin embargo les fue predicado, y se declara que Jesucristo lo predicó a los Paganos, a quienes sin embargo no se lo predicó Él mismo, porque la predicación hecha a los judíos no fue sino una predicación de palabra, con poco efecto y poca gracia, y por tanto de poca consideración, al no estar en la excelencia de la palabra de la Ley nueva, tal como apareció después; mientras que predicó a los Paganos por medio de sus ministros, con un maravilloso efecto de gracia y de bendición, ejerciendo así perfectamente hacia ellos el oficio de Predicador del Evangelio, y predicándoles verdaderamente la ley de gracia, opuesta a la ley judía.

### *El Gradual*

Entretanto se dice el Gradual, en el cual el Sacerdote, junto con el pueblo, da alabanza a Dios cantando el Alleluia, y se eleva hacia Él por ciertos grados de bendiciones que le rinde, como para reparar la ingratitud y la infidelidad de los judíos, que despreciaron el Evangelio, disponiéndose con tanto mayor cuidado y celo a escucharlo.

En lugar de esta alabanza y de este canto de gozo, se canta en los días de tristeza y de penitencia lo que se llama el Tracto, es decir, un canto lúgubre, que se dice más lenta y más tristemente que el alegre canto del Alleluia, a fin de pedir perdón a Dios por los pecados que hemos cometido contra su Evangelio, tanto como los judíos, y ponernos en su mismo rango, como pecadores, para hacer penitencia.

### *El Evangelio*

Después se canta el Evangelio, a la mano izquierda del Sacerdote, para significar la publicación del Evangelio que se hizo a los Paganos, antes enemigos de Dios, como acabamos de decir.

Durante esta lectura se permanece de pie, para testimoniar a Dios que se está dispuesto a ejecutar prontamente lo que su Evangelio nos manda.

Dicho el Evangelio, se deja el libro en el mismo lugar durante casi toda la Misa, para mostrar que el Evangelio, y la palabra de Dios, permanecerá durante todo el siglo presente en la Iglesia de los Gentiles.

### *El Credo*

A continuación se canta el Símbolo, que expresa la confesión de fe y la obediencia que rendimos a la predicación del Evangelio que nos ha sido anunciada de parte de Dios.

### *Dominus vobiscum*

Después de esta profesión de fe, cuando no se dice el Credo, inmediatamente después del Evangelio, el Sacerdote, besando el Altar, se vuelve hacia el pueblo para bendecirlo en nombre de Jesucristo, a causa de la acogida que ha dado a su Evangelio, y de la profesión pública de querer serle fiel.

### *La Ofrenda*

Tras esta bendición viene la ofrenda del pueblo, como un efecto de esa bendición; ante la cual el Sacerdote, junto con el pueblo, canta las alabanzas de Dios en el ofertorio, para dar testimonio de que es con sinceridad y alegría de corazón que va a hacerle su ofrenda.

Esta ofrenda ha sido siempre de gran importancia en la Iglesia; pues cada fiel presentaba pan al Sacerdote para la consagración del sacrificio, y como muestra de su comunión con el cuerpo de Jesucristo y de la Iglesia, uniéndose así todo el pueblo en manos del Sacerdote, para ser por él inmolado e incorporado al cuerpo de Jesucristo, que se consagraba a partir de los panes que había ofrecido.

Pero el Sacerdote, no pudiendo consagrar todos esos panes, tomaba uno o dos, según el número de los asistentes, para que hicieran las veces de todos los demás; y así, como la multitud de panes ofrecidos por cada fiel representaba la diversidad de los miembros de la Iglesia, el pequeño número al que se los reducía para la consagración representaba la unidad de esos mismos miembros entre sí, y con el cuerpo de Jesucristo, que los ligaba y los unía.

### *La Oblación*

El Sacerdote, habiendo recibido las ofrendas, las presenta a Dios y se las ofrece elevándolas hacia el Cielo sobre la patena. Pues el pan que ofrece sobre la patena hace las veces de todo lo que le ha sido ofrecido, en obra o en espíritu, por el pueblo, y representa a todo el pueblo para ser inmolado e incorporado al cuerpo de Jesucristo por el santo sacrificio.

Por eso el Sacerdote declara que hace esta oblación por todos los fieles, muertos y vivos, y en particular por los que asisten a la Misa. Pues los asistentes no hacían ofrendas solo por sí mismos, sino también por los difuntos, para dar testimonio de su comunión con el cuerpo de Jesucristo y de la Iglesia; y esta sigue siendo la intención y el impulso de la caridad de los verdaderos fieles, aunque su mente no piense expresamente en ello.

En lo cual hay que observar que el Sacerdote dice que hace esta oblación por los pecados innumerables, no solo de todos los fieles, sino también de sí mismo: porque los pecados que cada fiel comete cada día son verdaderamente innumerables, y es imposible conocer su variedad y su multitud, mezclando casi siempre nuestra flaqueza y nuestra concupiscencia algo de lo suyo, incluso en las acciones que parecen más santas, por no hablar de las que no lo son.

### *El vino y el agua*

La mezcla del agua con el vino que se hace después significa la unión de la Divinidad con la Humanidad en la persona de Jesucristo, y la unión de los fieles, débiles y necesitados, representados por el agua, con Jesucristo, representado por el vino. Y así como antes ofreció el pan, ofrece el vino y el agua, y por estos signos vuelve a presentar al pueblo ante Dios. Después de lo cual ofrece ambos juntos, y santifica con esta oblación toda la materia del sacrificio.

### *El lavatorio de manos*

El lavatorio de las manos del Sacerdote significa la penitencia de las faltas cotidianas de nuestra flaqueza; pues no conviene acercarse a este sacrificio sin renunciar a ellas y sin destruirlas, en la medida de lo posible, mediante un sincero dolor de penitencia.

Por eso el Sacerdote, al lavarse solo la punta de los dedos, señala que no es necesario haber purgado ya, mediante una buena penitencia, todos los pecados —pues entonces sería preciso lavarse por completo—, sino que basta con lavar, mediante un dolor y una compunción verdaderos, las faltas leves que no podemos evitar en esta vida, y que se nos pegan, como en las extremidades de nuestras almas y en las obras de nuestras manos, en el trato impuro de este mundo. Pues quienes permanecen voluntariamente en las faltas e imperfecciones más pequeñas son indignos de este Sacramento, según San Dionisio; mientras que, al contrario, las imperfecciones mayores no impiden acercarse a él a quienes tienen la voluntad alejada de ellas, y las detestan en el fondo de su corazón.

### *Orate fratres*

El Sacerdote se prepara en secreto para esta santa oblación del sacrificio que va a presentar a la Santísima Trinidad, en memoria de los principales misterios de Jesucristo, y en honor de los Santos principales; y para obtener más fácilmente la gracia de hacerlo, se vuelve hacia el pueblo, invitándolo a unir sus oraciones a las suyas, para hacer agradable a Dios la ofrenda que va a hacerle, por él y por ellos, de su sacrificio común. Para este efecto, volviéndose hacia el Altar, hace esta oración en secreto, la cual el pueblo debe hacer también, cada uno en particular.

### *El Prefacio*

Sigue después el Prefacio, que se llama así porque es la entrada del Canon de la Misa, y la preparación general para el sacrificio; pues en él el Sacerdote invita al pueblo a elevar su corazón hacia Dios, y a separarlo de todo pensamiento de las criaturas, para comenzar este sacrificio con un sacrificio de sus propios corazones, que es el que siempre debe preceder a los demás, ya que sin él son inútiles: respondiendo el pueblo que tienen el corazón en la disposición y elevación que Él ha deseado.

El Sacerdote no se contenta con eso, sino que además les advierte que consideren que es Dios quien ha puesto sus corazones en ese estado, y que hay que hacerle por ello una acción de gracias pública antes de continuar. A lo cual ellos responden que eso es muy justo y muy razonable; y así le rinden gracias públicamente por medio del Sacerdote, y en privado mediante los sentimientos interiores que conciben, siguiendo con el corazón las palabras que el Sacerdote pronuncia.

Pues a continuación comienza a reconocer, alabando, los beneficios que Dios hace siempre y en todo lugar a los hombres, deteniéndose más particularmente en aquel cuya memoria celebra entonces la Iglesia; pero, como si reconociera que sus alabanzas son poca cosa para realzar la grandeza de Dios, que se manifiesta en tantas obras admirables de su gracia, se une a Jesucristo, por quien alaba a Dios, y le ofrece las bendiciones eternas que Él recibe de Él. Y para no omitir ninguna clase de alabanza, se une también a la de los Ángeles, de los Querubines y de los Serafines, que alaban, adoran y reverencian con temblor la majestad de Dios por Jesucristo. Por eso se une a ellos en Él, como en la Cabeza común de los hombres y de los Ángeles, para bendecir y glorificar todos juntos a la Divinidad por medio de su Cabeza.

Por eso canta el Himno que esos Ángeles dicen en el Cielo en honor de Dios: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*, como atestigua la Escritura, y le añade el que los hombres dijeron a Jesucristo: *Benedictus qui venit*, etc., en testimonio de la unión del espíritu de los Ángeles y de los hombres en la alabanza de la Majestad divina.

### *El Canon*

Sigue después el Canon de la Misa, que se llama así porque es la regla y el orden que la Iglesia observa en la celebración del sacrificio, y que nunca se cambia, a diferencia de todas las demás

partes de la Misa, las cuales varían según la diversidad de las fiestas y de los misterios; pues, siendo esta la principal, es también inmutable como el sacrificio mismo.

### *Te igitur, etc.*

Hay que observar que comienza dirigiéndose al Padre, y presentándole el sacrificio como al primer principio, no solo de las criaturas, sino también de las Personas divinas y de la Santísima Trinidad. Se lo presenta por Jesucristo, su Hijo, Señor nuestro, es decir, por Jesucristo como Mediador nuestro, semejante a Él por la condición de Hijo en la eternidad, y semejante a nosotros por su Humanidad, en la cual ha recibido el poder y el dominio sobre el cielo y sobre la tierra, y ofrece siempre el sacrificio a su Padre, como Sacerdote principal, del cual los Sacerdotes de la Iglesia no son sino los ministros.

Se ofrece también principalmente este sacrificio por toda la Iglesia universal, en cuyo nombre el Sacerdote se presenta ante Dios para rendirle homenaje. Y aunque este sacrificio sea una conmemoración del de la Cruz, hay sin embargo esta diferencia: que este no se ofrece sino por la Iglesia sola, y por los fieles que están en su comunión, mientras que el de la Cruz fue ofrecido por todo el mundo, como dice la Escritura.

### *El primer Memento*

Después, en el Memento, se hace conmemoración de los vivos, por quienes se quiere ofrecer el santo sacrificio. Y, habiéndose unido así a los vivos por la caridad, se une, por honor y por reverencia nacida de esa misma caridad, con los principales Santos del Paraíso, la santa Virgen, los Apóstoles, los primeros Prelados de la Santa Sede Apostólica, y otros grandes Santos de toda condición, pidiendo a Dios protección por sus oraciones, para dar testimonio, en este Sacramento de caridad, de la comunión y de la unión inseparable de la Iglesia militante con la triunfante.

### *Hanc igitur oblationem*

A continuación, el Sacerdote hace una nueva oblación de toda la materia del sacrificio, extendiendo sus manos sobre la hostia y sobre el cáliz. Con esta imposición de manos se une a la hostia, para testimoniar a Dios que se ofrece y se sacrifica a Él juntamente con ella, y que la sustituye en su lugar para ser inmolado por medio de ella, ya que no le está permitido inmolarse y destruirse a sí mismo. Lo cual Dios mismo había ordenado en el Antiguo Testamento, donde mandaba a los judíos imponer las manos sobre las cabezas de las víctimas que le ofrecían, para declarar que se unían a ellas y las sacrificaban en su lugar.

### *La Consagración y la Elevación*

Después de esta protesta, el Sacerdote llega a la acción principal del sacrificio, y hace conmemoración de todo lo que Jesucristo hizo y dijo cuando instituyó este santo misterio; y, siguiendo su ejemplo, bendice y consagra el pan y el vino de la misma manera que Él, y los eleva después de la consagración, para mostrar que eleva y ofrece esta hostia a Dios Padre, que reina en el Cielo; y, al mismo tiempo, para mostrar a Jesucristo al pueblo, para que lo

adore, y representar la elevación de su cuerpo en la Cruz. En lo cual hay que observar que, antes de mostrar el sacrificio al pueblo para que lo adore, él mismo lo adora primero de rodillas, para significar que el Sacerdote debe ser el ejemplo del pueblo en todo, y ser siempre el primero en hacer lo que él le ordena, y en rendir a Dios el honor y el servicio que le corresponden.

### *Unde et memores, etc.*

Terminada la consagración, el Sacerdote hace una nueva oblación a Dios Padre, para cumplir con palabras lo que acaba de hacer con obras, y mostrar más abiertamente que ofrece este sacrificio en nombre de la Iglesia, tal como acaba de ofrecerlo en la persona de Jesucristo, en cuyo lugar ha celebrado el Misterio de la consagración.

Dice que lo hace en honor de los tres misterios del Hijo de Dios, a saber, de la Pasión, de la Resurrección y de la Ascensión; encerrando en la palabra Pasión todo lo que el Hijo de Dios padeció por nosotros desde el momento de su concepción hasta el de su muerte, no habiendo sido todo ese espacio sino un continuo ejercicio de sufrimiento para la redención del mundo.

En lo cual parece que la Iglesia, en este Sacramento, al que llama el misterio de la fe, ha querido representarnos los principales objetos de nuestra fe, sin los cuales no se puede ser salvo, que son, según San Agustín, la Pasión de Jesucristo y su Resurrección, de la cual la Ascensión es el cumplimiento y la culminación.

Por la misma razón se observa tan a menudo el número tres en las bendiciones, en las señales de la Cruz y en las oraciones, para señalar a la Santísima Trinidad, objeto principal de nuestra fe y de este santo sacrificio que se le ofrece conjuntamente, aunque se atribuya más particularmente al Padre. Aquí hay que notar que las cruces que el Sacerdote hace sobre la hostia después de la consagración no son bendiciones de la hostia, sino solamente señales de la crucifixión de esta hostia, para indicar la manera particular en que fue inmolada.

### *Supra quae*

Poco después, pide a Dios que tenga por agradable este sacrificio, en memoria de que tuvo por tan agradable el sacrificio de Abel, el de Abraham y el de Melquisedec, para que, habiendo recibido tan bien de estos santos personajes, y de los más célebres sacrificadores de toda la antigüedad, las mayores figuras de este sacrificio, no reciba de nosotros menos favorablemente la cosa misma, y nos dé parte de la disposición y de la pureza con que ellos le ofrecieron lo que no era sino su imagen.

### *Supplices te rogamus*

Pide que este santo sacrificio sea llevado al gran Altar de Dios por las manos de su santo Ángel. Pues, reconociéndose indigno de ofrecer un sacrificio tan santo, pone a Jesucristo en su lugar, y pide que sea Él mismo, el Ángel del gran Consejo, quien lo ofrezca a la majestad divina, dando así testimonio de que, así como es Él quien es el Sacerdote principal en este

sacrificio, así también es Él solo digno de presentarlo al Padre, y de llevar el nombre de Ángel que se comunica a los Sacerdotes, sin que ningún hombre merezca ser siquiera su ministro.

### *El segundo Memento*

Concluido el sacrificio, se hace la conmemoración, primero, de los difuntos, mediante un Memento particular, según la costumbre que siempre se ha practicado en la Iglesia; y, en segundo lugar, de los vivos, añadiendo la intercesión de los Santos, como antes de la consagración, y pidiendo a Dios que nos reciba en su compañía por los méritos de Jesucristo, ya que no tenemos méritos propios, sino solo los que Él nos da.

### *Per quem haec omnia*

Tras este reconocimiento, el Sacerdote pasa a otro mayor, por el cual declara ante Dios Padre que el Sacramento que está sobre el Altar, y todo lo que contiene, viene de Él por medio de Jesucristo, por quien lo crea y lo produce, lo santifica y lo hace fuente de santidad; no porque Jesucristo no lo tuviera ya antes, sino porque, por la misma acción con que lo produce en este Sacramento, le da todas las gracias y toda la santidad que Él tiene: así como en la generación eterna le da todas sus excelencias y todas sus perfecciones por la misma acción que lo engendra; en lo cual la producción del Santísimo Sacramento es una imagen de la generación eterna.

El Sacerdote no se contenta con reconocer que el Sacramento, y todo lo que tiene de grandeza y de excelencia, viene ordinariamente del Padre por el Hijo, sino que reconoce además que es el mismo Padre quien nos lo da, y quien por medio de Él nos comunica las excelencias que contiene; y por tanto, que este Sacramento no es solo imagen de la generación eterna, sino también de la de la Encarnación, en la cual el Padre nos da a su Hijo, y con Él todas sus perfecciones, mediante una nueva producción, como la Escritura atestigua en varios lugares.

### *Per ipsum et cum ipso, etc.*

Después de esta comunicación que el Padre nos hace de este Sacramento y de todo lo que contiene, el Sacerdote reconoce que el Padre no recibe sino por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo toda la gloria que le corresponde por esta comunicación. Por Jesucristo, como por el Mediador, no recibiendo Dios nada inmediatamente de los hombres, sino siendo Jesucristo el medio por el cual Dios nos da, y por el cual nosotros damos a Dios; con Jesucristo, porque el Hijo, siendo igual al Padre, recibe con Él, igualmente, la gloria que los hombres le rinden; en Jesucristo, porque es Él la Cabeza de la Iglesia, y solo en unión con Él es glorificado Dios.

### *El Padre Nuestro*

Después de haber declarado que tanto los bienes que recibimos como la gloria que por ellos rendimos a Dios vienen del Padre por medio de Jesucristo, el Sacerdote comienza a pedir esos mismos bienes y esa misma gloria, no solo por medio de Jesucristo, sino también con las mismas oraciones y las mismas palabras que Jesucristo nos enseñó, dando testimonio de que,

así como la oración exterior que pronuncia es de Él, también la oración interior es de Él mismo, y de que es Él, y su Espíritu, quien ora en nosotros y nos hace orar.

La comienza deseando que lo que está contenido en esta oración se cumpla y subsista eternamente; a lo cual el pueblo une su asentimiento diciendo *Amén*. Y así el Canon de la Misa termina con el mismo deseo del Sacerdote y del pueblo, y con la misma elevación hacia Dios con que comenzó.

Pero, porque la primera palabra de la Oración del Señor dice que Dios es nuestro Padre, el Sacerdote, considerando la grandeza del honor que recibimos con este título, y la eminencia infinita de Dios por encima de nosotros, que somos infinitamente indignos de pronunciar esta palabra, se disculpa en cierto modo, declarando que si se atreve a llamar a Dios su Padre, no es solo por el mandato de Jesucristo, sino también por la forma misma de las palabras que Él mismo prescribió para hacerlo.

### *Libera nos*

Terminado el Canon, el Sacerdote comienza a prepararse para la comunión del sacrificio; lo cual hace pidiendo la paz a Dios, y deseándosela al pueblo, para mostrar que no puede darles nada de sí mismo, si no lo ha recibido antes de Dios.

Ahora bien, la paz es la disposición principal de este Sacramento, que es Sacramento de unión y de caridad, la cual, así como la confiere a quienes lo reciben, también la desea en ellos para recibirlo dignamente, según los preceptos tantas veces reiterados por el Hijo de Dios, y sobre todo según aquella célebre palabra que manda reconciliarse con el hermano antes de ofrecer el propio don en el Altar.

### *Fracción de la Hostia*

Hay que observar que el Sacerdote, después de haber pedido la paz a Dios, antes de comunicarla a la Iglesia, divide la Hostia en tres partes, para señalar los tres estados de la Iglesia por los cuales pide la paz: uno es el de esta vida, la cual pone sobre el Altar; otro, el del purgatorio, que es el que tiene en la mano, del cual rompe una pequeña parte que pone en el cáliz, para significar la Iglesia bienaventurada, absorta en la Divinidad, y para señalar también a Jesucristo resucitado, reuniendo su Cuerpo con su Sangre, y entrando así en la gloria de la Divinidad, como Cabeza y primogénito de los Bienaventurados.

### *El Agnus Dei*

Al mezclar una de las partes de la Hostia en el cáliz, da la paz al pueblo, para dar testimonio de que Jesucristo, al resucitar y subir al Cielo, dio la paz a la Iglesia, y que esta paz no es otra cosa que un desbordamiento de la que Él posee infinitamente en la gloria, y que comunica plenamente a los Bienaventurados. Por eso se dirige a Él, pidiéndole tres veces que dé ahora la paz a su Iglesia, tal como se la dio al subir al cielo, y tal como la posee y la comunica divinamente en ese mismo cielo, diciendo por eso tres veces el *Agnus Dei*.

### *La Paz*

A continuación da la paz, la cual da solamente después de habérsela pedido a Jesucristo mediante una oración particular, y también después de haberla tomado de Él mediante el beso al Altar.

Esto se omite en la Misa de difuntos, para orar a Dios por ellos, porque la comunicación de la paz entre los fieles, que antiguamente se daba mediante un beso, siendo un signo de gozo y de la tranquilidad del Paraíso, se omite en los días de difuntos, que son días de tristeza y de lágrimas por los pecados que impiden la entrada al Paraíso.

### *La Comunión*

El Sacerdote, así dispuesto, toma la santa Comunión, declarando antes su propia indignidad con estas palabras: *Domine, non sum dignus*, etc. Después de esto, habiendo tomado el cáliz, distribuye la Comunión a los asistentes, para mostrar que el Sacerdote y el pueblo participan del mismo sacrificio, toman un mismo alimento espiritual, y están sentados a la misma mesa, y se nutren igualmente del mismo Cordero de Dios, en calidad de ovejas suyas. Da testimonio así de su humildad, y reconoce que no es diferente del pueblo en su condición de oveja de Jesucristo.

En segundo lugar, muestra que las comunicaciones de las cosas de Dios que hace al pueblo deben proceder de la plenitud que él mismo ha recibido de Dios, y que debe alimentar a los fieles de su abundancia, y de lo que le sobra.

### *Por qué se lleva el libro de nuevo al lado derecho*

Hecha la Comunión, se lleva de nuevo el libro del Evangelio a donde estaba al principio, para mostrar que el pueblo judío, del cual el Evangelio se había alejado al principio, volverá a Dios al fin del mundo. Entonces, toda la Iglesia, tanto de judíos como de Paganos, estando reunida, el Sacerdote comienza a dar gracias a Dios por ella, por los bienes que le ha hecho, y en particular por la comunión presente, por la cual ha reunido a todos sus miembros, pidiéndole que esta recepción temporal sirva para su honor eterno.

### *La bendición y el Evangelio de San Juan*

Después de esta acción de gracias, y esta conclusión de todos los misterios del Hijo de Dios, el Sacerdote se vuelve hacia los fieles para bendecirlos. Lo cual señala la bendición general que Jesucristo dará a sus elegidos al fin del mundo. Por eso dice a continuación el Evangelio de San Juan, que celebra el nacimiento eterno del Verbo, y los más altos secretos de la Divinidad; para mostrar que, tras esta bendición, iremos al cielo a reconocer y alabar eternamente estos misterios, y que el Hijo de Dios, habiendo reunido en sí a todos sus elegidos, los hará entrar en el seno del Padre, donde Él está desde toda la eternidad como su Hijo único, y donde nos establecerá como sus hermanos, sin perjuicio de que Él sea único, porque seremos una misma cosa con Él.

De todo este discurso se puede inferir que la Misa es una conmemoración de la salida del Paraíso por el pecado de Adán, y del retorno al Paraíso por la sangre y por la gracia de Jesucristo.

## Advertencia sobre las Oraciones y Ejercicios de Devoción durante la Misa

Quien compuso estos Ejercicios de devoción para la santa Misa habría tenido dificultad en decidirse a ello, si no hubiera creído estar obligado a hacerlo para satisfacción de algunas personas que lo desearon. Hace ya tiempo que Tertuliano, hablando en nombre de toda la Iglesia, nos enseñó que había esta diferencia entre los Cristianos y los Paganos: que los Paganos no podían orar a sus Dioses si no se les prescribían las palabras que debían emplear; pero que los Cristianos no necesitaban que se les advirtiera lo que había que decir en la oración, porque oraban desde el fondo del corazón *(nadie nos dicta las palabras, porque oramos desde el pecho — Apol., c. 30)*.

Por eso tampoco será fácil hallar, sobre todo en los primeros siglos de la Iglesia, cuando las cosas estaban más reguladas y eran más conformes a las instrucciones de Jesucristo y de los Apóstoles, que se acostumbrara señalar así a los particulares los pensamientos, los movimientos y las palabras precisas de sus oraciones secretas. Quienes han sabido la verdadera manera de conducir las almas según el Evangelio, y según las máximas de la Religión Cristiana, siempre han creído que les correspondía instruirlas en la verdad, lo mejor que les fuera posible, según su condición y su necesidad, y enseñarles los medios generales para disponerse a recibir la influencia invisible de la gracia de Dios, de la cual dependen las buenas obras y la buena vida, que son todo el fruto de las instrucciones y de los discursos espirituales.

Pero después de eso han juzgado que correspondía al Espíritu Santo bendecir y aplicar las enseñanzas según los designios de su Providencia, y hacer nacer en las conciencias los efectos que a Él le placiera, siendo Él el Dios de los espíritus y el dueño de los corazones, donde ningún otro que Él puede penetrar, no ya con su eficacia, sino ni siquiera con su conocimiento. Él mismo se ha apropiado de un modo singular la oración en la Escritura, cuando se llamó a sí mismo Espíritu de oración, *Spiritum precum*; y cuando dijo que nosotros no sabemos ni qué debemos pedir a Dios, ni la manera de pedírselo, sino que es Él propiamente quien ora en nosotros con gemidos inefables. Y si no sabemos qué debemos pedir nosotros mismos, ¿cómo podríamos saber qué deben pedir los demás, cuyo estado nos es mucho más desconocido que el nuestro?

Estas razones siempre han hecho que quienes se han ocupado de conducir a los hombres por el verdadero camino de la salvación fuesen muy comedidos en este punto, y les han hecho temer perturbar e impedir la operación secreta del Espíritu Santo con sus métodos y sus prácticas, que pueden ser diferentes y alejadas de las que Él quisiera imprimir en los corazones. Han temido prescribirle reglas, imponerle leyes, y someterlo a sus pensamientos, en lugar de someterse a los de Él, creyendo que solo corresponde a la Iglesia —gobernada por su luz en todo lo que hace— y a los grandes Santos, que son sus órganos excelentes y como sus oráculos, conocer sus huellas en las almas, y hallar hacia fuera los sentimientos y las palabras que Él les inspira por dentro.

De modo que el autor de estos pequeños Ejercicios nunca se habría atrevido a comunicarlos a nadie, y mucho menos a hacerlos públicos, si no hubiera considerado que los Ministros de la Iglesia, siendo deudores tanto de los imperfectos y los débiles como de los fuertes y los perfectos, se ven a menudo obligados a cambiar de conducta, y a pasar por encima de sus propias reglas, para seguir a la caridad, que es el principio y el fin de todas las leyes. Pues, mientras que antes se ocupaban solamente de mostrar a los Cristianos los deberes de su condición, y la manera de pedir a Dios, con palabras y con obras, la fuerza de cumplirlos, dejándolos después a su misericordia y a su gracia, y procurando solamente obtenérsela con sus oraciones y sus lágrimas; hoy se ven forzados a rebajarse más, y el poco conocimiento y experiencia que los hombres tienen de las cosas de Dios y de su salvación los obliga a veces a imitar a las nodrizas y a los maestros de los niños más pequeños, y a formarles sus palabras y sus pensamientos, porque ellos no tienen ninguno propio, y se hallan reducidos a tal estado que necesitan que se excite y se anime de algún modo, no solo su lengua, sino también su espíritu y su alma.

Este es el propósito que se tuvo al proponer estos Ejercicios de devoción durante la Misa, esperando que la caridad con que se hicieron sirva para excusar ante Dios esta empresa, y para hacerla útil, evitando el mal que podría resultar si no se comprendiera bien la intención de quien los escribió, y si antes no se tuvieran en cuenta los avisos necesarios para usarlos con discreción y con prudencia.

Pues, en primer lugar, no hay que creer que se prescriben estos Ejercicios para hacerlos todos seguidos, tantas veces como se oiga Misa, ya que, además de los malos efectos que de ello podrían nacer, sería imposible para muchas personas; bastará con elegir uno o dos puntos sobre cada Misterio, según se hallen conformes al gusto y a la disposición de cada uno.

En segundo lugar, ni siquiera será necesario detenerse en ningún punto en particular: se podrán formar otros por imitación, o por consecuencia, según la gracia que se reciba de Dios, quien nos da en la Oración no solo los movimientos, sino también las luces que a Él le place, ya que no podemos tener por nosotros mismos ni un solo buen pensamiento.

En tercer lugar, será mejor no aplicarse a leer estos Ejercicios durante la Misa, sino leerlos antes, hacérselos familiares, y alimentarse de ellos, para ofrecerlos a Dios cuando la Misa va a comenzar, a fin de que, de la impresión que hayan dejado en nuestra alma, Él extraiga los frutos que quiera para su honor y para nuestra salvación, ya sea devolviéndonoslos al corazón, como el Espíritu Santo devolvió a los Apóstoles las palabras de Jesucristo, ya sea haciendo nacer otros pensamientos más excelentes, conforme a lo que la Escritura nos enseña: que toda la vida y las acciones del justo son una sucesión continua de luces, que crecen cada vez más y proceden unas de otras, hasta el día perfecto de la eternidad.

Así, estas prácticas serán como semillas echadas en las almas, de las cuales el Espíritu Santo hará salir lo que le plazca, para alimentarlas y fortalecerlas en el camino del Cielo; y tendrán más bien el lugar de una instrucción que de una oración; y de este modo volverán al propósito primero del autor, y al verdadero orden de los Sacerdotes y de los conductores de almas,

quienes propiamente no deben ocuparse sino de sembrar con la palabra y con el ejemplo, dejando a Dios y a su Espíritu producir los frutos, de los cuales la oración es el primero y la fuente de todos los demás, ya que de ella nacen todas las buenas obras y toda la buena vida.

# Oraciones y Ejercicios de Devoción durante la Misa

### *Cuando el Sacerdote está al pie del Altar*

Reconozco, Dios mío, que en esta vida estoy desterrado del Paraíso, a causa del pecado que heredé del primer hombre, y que por ese pecado, y por los míos propios, he caído en el más bajo estado al que puede ser reducida una criatura.

Reconozco que, por la gracia que os ha placido hacerme en este estado miserable, soy penitente, y que debo mantenerme en el último grado de vuestros servidores, que es el de los penitentes.

Es por esa misma gracia que me habéis hecho peregrino y viajero en este mundo, haciéndome regresar poco a poco, por la conducción y los movimientos de vuestro espíritu, al Paraíso de donde fui expulsado por mis crímenes.

No permitáis que olvide jamás esta doble bajeza que me es propia, tanto en el estado del pecado como en el de la gracia misma, ni que me eleve por el orgullo por el cual caí en esa bajeza.

Quitadme la inclinación hacia las grandes cosas, y las que tienen brillo; dadme una santa afición por las bajas y humillantes, como conformes a mi verdadera condición, a ejemplo de Jesucristo, y de su estado rebajado en el santo Sacramento.

### *El Confiteor*

Hacedme sentir seriamente mi indignidad y mi miseria, de modo que, sin demorarme más, os confiese ahora mismo mis faltas junto con el Sacerdote, con un verdadero movimiento de penitencia, que se manifieste de aquí en adelante en todas las acciones de mi vida.

Imprimid en mi alma un deseo verdadero de volver a Vos para siempre, y de serviros eternamente, comenzando desde este mundo y continuando en el otro sin interrupción alguna, al menos desde mi última penitencia, para compensar así las interrupciones y los incumplimientos de palabra que he cometido desde la primera, que nunca debí violar.

### *El Sacerdote subiendo al Altar*

Adoro, Señor, vuestra bondad, que me es representada por el Sacerdote al subir al Altar y besarlo, en señal de que estamos reconciliados con Vos.

Vuestra bondad ha sido tan extrema que, apenas os hubimos ofendido, concebisteis el designio de perdonarnos, como lo testimoniasteis buscando a nuestro primer padre en el Paraíso terrenal en el mismo instante en que se había alejado de Vos.

En ese designio eterno ya nos habíais perdonado cuando aún no habíamos nacido, y nos habíais dado vuestra gracia en Jesucristo antes de todos los siglos, como dice uno de vuestros Apóstoles.

Y queriendo vuestra misericordia manifestarse en el tiempo tan grande y tan pronta como lo ha sido en la eternidad, nos recibís en vuestra amistad tan pronto como os confesamos nuestras faltas, como dice vuestro Profeta, y como lo declaráis públicamente a toda la Iglesia, queriendo que el Sacerdote bese el Altar, que es vuestra imagen, poco después de haber reconocido sus faltas y las nuestras, para mostrar que os reconciliáis con nosotros tan pronto como hemos hecho con él la confesión de nuestros pecados.

Os suplico que me deis, por vuestra gracia, el respeto que debo a esa bondad infinita, y el poder de imitarla; de modo que, no cometiendo jamás faltas voluntarias contra ella, procure borrar las involuntarias que no puedo evitar en esta vida, tan pronto como las haya advertido, así como ella me las perdona tan pronto como se las confieso con un verdadero movimiento de penitencia.

### *El Introito*

Os doy gracias, Dios mío, porque desde esa primera voluntad que tuvisteis de reconciliaros con nosotros, siempre habéis mostrado a los hombres algunos efectos y algunas gracias particulares en cada siglo, adelantando y cumpliendo poco a poco el designio de la Redención del mundo, hasta que llegó el tiempo de consumarlo enteramente.

Que las resoluciones que he formado, y que formaré en adelante para vuestro servicio, participen de la firmeza y de la inmovilidad de ese designio eterno, y que, aun cuando no pueda ejecutarlas plenamente, produzca siempre algún efecto de ellas, para daros testimonio de que las recuerdo y de que os soy fiel, esperando con afecto el tiempo de cumplirlas por completo.

### Kyrie Eleison

*Aumentadme, Señor, el deseo de la Encarnación por la cual habéis salvado al mundo entero, y dadme un deseo continuo de vuestra segunda venida, tan ardiente como el que los santos Padres tuvieron de la primera.*

*Así como su piedad consistía principalmente en esperar el día de vuestra Encarnación y de vuestra Resurrección, que yo establezca la mía, por vuestra gracia, en esperar el día de vuestro triunfo y de vuestra gloria visible ante todos los hombres y todos los Ángeles, y que viva en una mirada perpetua hacia vuestra persona, así como Vos vivís por una mirada perpetua hacia la de vuestro Padre, teniendo siempre grabadas en mi corazón estas palabras: Veni, veni, Domine, et noli tardare — Venid, venid, Señor, y no tardéis.*

### Gloria in Excelsis

*Os doy gracias por haberos placido hacerme nacer, después de vuestra Encarnación, en la Ley nueva y en vuestra santa Iglesia, alejándome de tantos Infieles, Herejes y Cismáticos*

*que están separados de ella, y de tantos falsos Cristianos que viven en medio de ella como si no tuvieran fe.*

*Os suplico que, así como el gozo de este bien es común a todos los Ángeles y a todos los verdaderos fieles, esté siempre en mi corazón, y supere el sentimiento de todos los bienes y de todos los males de este mundo.*

*Haced que ponga toda mi dicha en pertenecer al número de aquellos hombres de paz y de buena voluntad, a quienes los Ángeles saludaron después de vuestro nacimiento.*

*Dadme la paz que el mundo no puede dar, y la buena voluntad sin la cual no puedo entregarme a Vos; dadme vuestra caridad y vuestro amor, que no es sino esa misma buena voluntad.*

### *Dominus vobiscum*

Hacedme la gracia de vivir de tal manera en este tiempo dichoso de la Ley nueva, y en vuestra santa Iglesia, que reciba sin cesar vuestras bendiciones, que volváis siempre vuestro rostro hacia mí para socorrerme, y para comunicarme cada vez más los efectos de la dicha que me habéis preparado.

### *Oración del Sacerdote*

Dadme la fuerza de orar sin cesar, según el mandamiento de la Escritura, ya que Vos no dais nada en esta vida sino a consecuencia de las oraciones que se hacen. Que yo las multiplique y las renueve siempre, y principalmente en las ocasiones importantes, así como el Sacerdote las multiplica ante el Altar.

### *La Epístola*

Admiro la gracia que hicisteis a los judíos, los únicos a quienes los Profetas predicaron la salvación, los únicos a quienes Jesucristo predicó el Evangelio, y los primeros a quienes los Apóstoles predicaron la Resurrección, la cual el Sacerdote representa durante toda la Misa, sacrificando de pie, como quien ocupa el lugar de Jesucristo resucitado.

No permitáis, Dios mío, que abuse de vuestra santa palabra, y que desprecie a vuestros Predicadores, y a quienes me hablan de vuestra parte, como hizo aquel pueblo endurecido y rebelde, que rechazó la palabra de Jesucristo, de los Apóstoles y de los Profetas.

Que vuestra Ley no me sea una nueva ocasión de pecar, como lo fue para los judíos, sino que me sea un verdadero Evangelio, y una palabra dichosa y saludable, inspirándome lo que me manda, y no permitiendo que mis pecados me quiten esta gracia.

### *El Gradual*

Impedid, por vuestra bondad, que sea jamás ingrato como los judíos, después de haber recibido de Vos tantos favores, y en particular la luz del Evangelio, y la gracia del Bautismo, y luego vuestro Espíritu Santo para fortalecerme, y vuestro sagrado Cuerpo para alimentarme.

Que emplee todos mis pensamientos y toda mi vida en reconocer la grandeza y la multitud de vuestras misericordias, y que no haya nada en la tierra capaz de hacérmelas olvidar.

***El Tracto***

*Me humillo ante Vos con vergüenza, reconociendo los pecados que he cometido contra las enseñanzas de vuestro Evangelio, el cual, no habiéndolo rechazado como los judíos, sino habiéndolo recibido con la protesta de vivir y morir por él, no he dejado de violarlo a menudo con mis crímenes, haciéndome aún más inexcusable que ellos, ya que ellos nunca se sometieron a él como yo.*

*Tengo motivo para temer, Dios mío, que al final me abandonéis, como los abandonasteis a ellos, porque, siendo más culpable que ellos, he merecido ser castigado más severamente.*

*Para evitar esta desgracia, os pido el espíritu de penitencia, el cual os ruego que conservéis en mí hasta la muerte, para expiar faltas tan grandes, y hacerme verdaderamente Cristiano.*

*Pues el espíritu de penitencia es el comienzo del Cristianismo, y es propio de la Ley nueva, ya que nos libra de los pecados y de los efectos de la Ley antigua, que es la Ley de muerte y de ira, según el Apóstol, y nos va quitando cada vez más lo que aún hay en nosotros de carnal, de judaico y de terrenal.*

***Cuando se cambia el libro de derecha a izquierda***

*No transfiráis jamás, Dios mío, la gracia que me habéis hecho, para dársela a otro, como en el rigor de vuestra justicia transferisteis el Evangelio del pueblo judío al pueblo pagano.*

*Que vuestros dones estén en mí sin arrepentimiento, según la Escritura.*

*Grabad en mi corazón estas palabras del Apóstol San Juan, figura de vuestros Elegidos: cuidad de que nadie tome vuestra corona.*

*No permitáis que me eleve por encima de los pecadores a quienes no habéis hecho la misma misericordia que a mí, no sea que caiga en el orgullo y en la maldición con que el Apóstol amenaza a los Gentiles si se elevan por encima de los judíos, a quienes habéis abandonado.*

*Transportadme fuera de los lugares del mundo donde no se os sirve, a algún lugar santo y libre de su malignidad y de su corrupción, donde pueda serviros con más libertad y fidelidad.*

*Hacedme comprender la fuerza de las palabras del Apóstol, que nos exhorta a seguiros a derecha y a izquierda, para que en todo tiempo de adversidad y de prosperidad, de salud y de enfermedad, de vida y de muerte, sea vuestro de manera inmutable.*

***El Evangelio***

Dadme la gracia de escuchar la palabra de vuestro Evangelio como verdadero fiel, es decir, como hombre dispuesto a hacer lo que él dice, y lo que profesa creer.

Que esté siempre de pie, y elevado por encima de todo lo que pueda impedirme obedeceros, escuchando vuestra voz como el amigo del Esposo, y sin desear otro gozo que el de escucharla y cumplirla perfectamente.

Que os bese en espíritu, como el Sacerdote besa el Evangelio después de haberlo terminado, para adoraros y honraros santamente, después de haberos conocido por la luz que os plugo darme.

Que de esta manera me ligue y me una a Vos, y que permanezca en la unión entera que os debo, como a la palabra viva y al alma del Evangelio; y que jamás me aleje de ella en los avatares de la vida, ni en los peligros en que pueda verme envuelto por mis enemigos.

Es en esta preparación interior a todo mandamiento y a todo acontecimiento donde deseo establecer el fundamento de mi piedad.

### *El Credo*

Que no me contente con creeros y serviros interiormente, sino que declare ante todo el mundo la sinceridad de mi fe, y del afecto que tengo por honraros en todas las cosas, sin avergonzarme jamás de las verdades y de las máximas de vuestro Evangelio, estimando igualmente las más pequeñas y las más grandes, y estando dispuesto a sostenerlas por igual a costa de todo lo que me pertenezca, y de mi propia vida, en las ocasiones que se presenten por la conducción de vuestra providencia.

Creo en particular, Salvador mío, que sois el Hijo del Padre Eterno, que ambos producís al Espíritu Santo, y que los tres habitáis en la Iglesia, que es la casa de la fe, fuera de la cual no la hay, o si la hay, no sirve de nada para la salvación.

Quiero creer todo lo que se me dice de vuestra parte, y confirmar mi creencia con mis palabras, y mis palabras con toda clase de buenas obras, y mis obras con todos los sufrimientos que os plazca enviarme.

### *Dominus vobiscum*

Hacedme recibir santamente la bendición que el Sacerdote, volviéndose hacia los fieles, les da en vuestro nombre, después de que han recibido vuestra palabra, y de que han hecho de ella profesión pública.

Bendecidme Vos mismo interiormente, para que esta gracia permanezca siempre en mí, dándome fuerza para perseverar siempre, y para crecer con ella en la buena vida, y en la obediencia debida a vuestros mandamientos.

### *El Ofertorio*

*Os ofrezco todo lo que tengo y todo lo que soy, en reconocimiento de la luz de la verdad que me habéis dado por vuestro Evangelio, reconociendo que no hay nada comparable a esta dicha, y que vuestra misericordia vale más que todas las vidas de la tierra.*

*Me despojo de todas las cosas en vuestras manos, para que nada me impida entrar en la unidad perfecta que debo tener con Vos, y con todos los miembros que componen el cuerpo de vuestra Iglesia, ya que nada causa más división entre los fieles y Vos, y entre ellos mismos, ni debilita más la caridad, que la codicia y el apego a las criaturas y a las cosas del mundo.*

### *La Oblación*

*Os suplico que, así como el Sacerdote os presenta sobre la patena la ofrenda que ha de consagrar por todo el pueblo, así también la oblación que os he hecho de todo lo que tengo y de todo lo que soy sea recibida y aceptada por nuestro Señor Jesucristo, representado por el Sacerdote, para que os la ofrezca, y la consagre por mí, y la haga agradable a vuestra Majestad, que no quiere recibir nada de nosotros sino por Él.*

*Que esta oblación me disponga poco a poco a sacrificarme, y a inmolarme enteramente por vuestra gloria, de la manera que os plazca.*

*Que sirva para expiar los pecados que conozco, y los que no conozco, y que cometo a toda hora por mi flaqueza natural.*

*Como de ellos no puedo ser liberado sino por la muerte, que es la única que pone fin a nuestros pecados, haced que, para borrarlos, os ofrezca y os consagre sinceramente lo que me queda de esta vida, a fin de poder pasar a la otra con gozo, ya que allí no os ofenderé más.*

### *El vino y el agua*

Fortificad mis flaquezas por la virtud de vuestro espíritu, que es el vino nuevo de la Ley de gracia; y haced que nunca me apoye sino en Vos, y que no me apegue sino a Vos solo, ya que Vos sois la única fuerza del alma, y la virtud de Dios, fuera de la cual la mayor fuerza que pueda parecer en los hombres no es sino debilidad.

Así como el Sacerdote os ofrece el cáliz para santificarlo antes de consagrarlo, que yo también me ofrezca a Vos, Señor, y que me fortalezca con vuestra bendición y con vuestra gracia, para que ella me anime, y me haga cada vez más capaz de sacrificarme y de morir por Vos, lo cual es la mayor de las gracias que podéis comunicar a los hombres en este mundo.

### *El lavatorio de manos*

No permitáis, Dios mío, que mis manos, es decir, todas mis obras, estén jamás sumergidas en la corrupción del mundo; pero, como es imposible evitarla del todo en la miseria de esta vida, haced que, al menos, no queden manchadas sino en las partes más pequeñas, marcadas por las puntas de los dedos que el Sacerdote lava.

Que el fondo de mi corazón esté siempre en Vos, y que mis acciones os miren a Vos como su objeto principal, de manera que no toquen la tierra sino por sus últimas extremidades, y que procure purificarlas sin cesar por la penitencia, y por el agua y la gracia de vuestro Espíritu

Santo, y particularmente cuando me presente a recibir la Comunión de vuestro cuerpo, y a asistir a vuestro santo sacrificio, al cual hay que aportar la mayor pureza de que se es capaz en esta vida, porque es la imagen de la visión de Dios, y de la dicha del Paraíso, donde nada impuro puede entrar.

### *Orate Fratres*

Comunicadme la gracia que el Sacerdote recibe al besar el Altar, que es vuestra figura, para que por ella pueda participar en la oración común que él exhorta a hacer con él a todos los fieles, para suplicaros que tengáis por agradable el sacrificio que os va a presentar por toda la Iglesia.

Concededme esta gracia en honor de vuestros principales Misterios, y de vuestros más grandes Santos, de quienes él hace memoria, para señalar la grandeza de este favor por la grandeza de los medios que emplea para obtenerlo.

Obrad en el secreto de mi alma, por esta oración que la Iglesia llama Secreta, los efectos de todos los buenos pensamientos que os ha placido darme para prepararme a este sacrificio.

### *El Prefacio*

Elevad mi espíritu por encima de todas las cosas de la tierra, para hacerle concebir la variedad y el exceso de vuestros beneficios, particularmente los que nos habéis comunicado por la Encarnación de vuestro Hijo Jesucristo.

Confieso que mis fuerzas son demasiado pequeñas para cumplir con esto como debo, y os suplico que me permitáis uniros a vuestros santos Ángeles, para tomar prestadas las excelentes alabanzas que os rinden en la eternidad, comenzando a honraros en la tierra como ellos lo hacen en el Cielo, y supliendo mi flaqueza con su fuerza.

Dadme también parte en la inocencia y en la pureza angélica de quienes os alababan y bendecían cuando entrasteis triunfante en Jerusalén, para que la alabanza que quiero rendiros sea perfecta, abarcando la de los Ángeles y la de los hombres, y para que me prepare de esta manera a la más grande de las acciones, que es la del sacrificio de vuestro Hijo, con la mayor bendición, con la más excelente alabanza que sea capaz de ofreceros.

En esta elevación de mi espíritu, os adoro, Jesucristo, Salvador mío, sentado a la diestra de vuestro Padre, y me uno a Vos como al primer Sacerdote y Sacrificador; aunque sea indigno de entrar en compañía, no solo con Vos, sino también con los Ángeles y los Bienaventurados, que están presentes en este divino sacrificio.

Dadme la confusión que debo sentir por no ser lo que debería ser, para asistir a él dignamente.

### *El Canon*

Os adoro, Dios Padre, y os rindo homenaje como al principio de todas las cosas, tanto terrestres como celestiales, de toda la santidad de los hombres y de los Ángeles, de todas las Personas divinas, de toda la Trinidad, y de toda la Divinidad, según el lenguaje de la Iglesia.

Es en esta calidad de primer principio que el sacrificio os pertenece, y os es especialmente ofrecido por la Iglesia, y por vuestro Hijo, que es el Sacerdote principal, así como Vos sois el primer principio.

Os adoro también como el fin último de todas las criaturas, que se refieren a Vos, así como proceden de Vos.

Hacedme la gracia de miraros siempre así, tanto por mi voluntad como por mi propia naturaleza, que tiende continuamente hacia Vos, como a su autor y a su sostén.

Que me tenga por dichoso de poder morir por Vos, así como he recibido de Vos todo lo que soy, y que en esta disposición me presente ante Vos, en el sacrificio de vuestro Hijo, para seros inmolado junto con Él, y morir cada día por anticipado, preparándome para seros sacrificado realmente, y para devolveros la vida que me habéis dado, en las ocasiones que os plazca hacérmelas surgir.

Os adoro pensando en ese primer sacrificio que vuestro Hijo, al fin del mundo, os hará de todas las criaturas, antes de ofreceros a todos sus elegidos mediante un sacrificio más admirable. Pues consumirá primero por el fuego todas las cosas visibles, para mostrar a los hombres que solo Vos merecéis ser amado, así como solo Vos poseéis un ser sólido e inmutable.

### *El primer Memento*

Os ofrezco, Dios mío, toda la Iglesia, todos los Elegidos, y especialmente a quienes os ha placido darme y unir conmigo de un modo particular, para que en este pequeño número me represente a todos los que el Padre os ha dado desde toda la eternidad, y los ame y los sirva, como Vos amáis y asistís continuamente a todos los vuestros.

Acordaos de ellos y de mí por la intercesión de todos los Santos, y particularmente de la santa Virgen, de los Apóstoles, y de los Prelados de la Santa Sede Apostólica, que son de los primeros en el Cielo, después de haber sido los primeros en vuestra Iglesia sobre la tierra.

Que me una perfectamente a ellos, para ofrecerme con ellos en este sacrificio.

### *Hanc Igitur oblationem*

Extended sobre mí vuestra virtud divina, como el Sacerdote extiende sus manos sobre el pan y sobre el vino que ha de consagrar, para que pueda ser convertido con ellos en el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo, y seros ofrecido a continuación en Él, como una hostia agradable y un holocausto que no podáis rechazar.

### *La Consagración y la Elevación*

Renovad en mí la memoria de todo lo que hicisteis por nosotros la víspera de vuestra muerte, al instituir el Santísimo Sacramento de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, como una prenda sin igual de vuestro amor por nosotros, y una muestra admirable de lo que os debemos.

Hacedme la gracia de imitaros, y de entregarme a Vos, como Vos os habéis entregado a mí sin reserva.

Cambiad mi corazón, como cambiáis este pan.

Cread en mí un corazón nuevo por este cuerpo nuevo.

Cambiad lo que hay de fuerza aparente en mí, que en realidad no soy sino debilidad, en una virtud verdadera y divina, así como cambiáis el vino, que no tiene sino un vigor terrenal, en la fuerza admirable de vuestra Sangre divina.

Haced que la elevación de este Cuerpo y de esta Sangre produzca a la vez una en mi cuerpo y en mi alma, tanto para crucificar mi carne, es decir, mis pasiones, y librarme de los afectos del mundo, como para llenarme de la vida divina de vuestra gloria, y mantenerme siempre en la compañía del Cielo, con los Santos, con los Ángeles, y con Vos mismo.

Os adoro, Salvador mío, elevado en la Cruz el día de vuestra pasión, elevado en el aire el día del último juicio, y elevado a la diestra del Padre en la eternidad.

### *Cuando el Sacerdote ha vuelto a poner el Cuerpo y la Sangre sobre el Altar*

Santificadme con vuestra presencia; renovadme con vuestro nacimiento; purificadme con la memoria de vuestra Pasión, por la cual borrasteis en Vos mismo todas las marcas del pecado que llevasteis durante vuestra vida mortal.

### *Unde et memores, etc.*

Hablad, Dios mío, a través de impresiones frecuentes de vuestra muerte y de vuestra Pasión en mi alma, así como el Sacerdote reitera tan a menudo las señales de la Cruz sobre vuestro Cuerpo y sobre vuestra Sangre, después de haberlos inmolado a vuestro Padre.

Derramad a menudo sobre mí la abundancia de vuestras gracias, en virtud de haberos placido consagrarme, y hacerme hijo vuestro por el bautismo, y alimentarme en la Eucaristía con vuestra propia sustancia, que es la del Hijo único de Dios, para que toda mi vida sea conforme a un nacimiento y a un alimento tan divinos.

Os ruego que me hagáis la gracia de apoyarme siempre, en toda clase de circunstancias, buenas o malas, en vuestra Cruz, y de renovar continuamente su memoria para suavizar mis adversidades, moderar mis prosperidades, y sacar de esta fuente todas las gracias que me serán necesarias en el curso de esta vida.

### *Supra quae*

Os suplico, Dios mío, que, así como este Sacrificio es todo espiritual y todo divino, y no tiene nada de terrestre y de sensible sino la apariencia, así también os lo ofrezca junto con el

Sacerdote con un movimiento todo divino y todo espiritual, de manera que las acciones exteriores que de él procedan no sean carnales y corporales sino en apariencia, y que todas las obras y los servicios que os rinda durante mi vida sean un continuo sacrificio de alabanza y de bendición interior y verdadera, ya que es el único sacrificio que deseáis, según vuestras Escrituras.

Que así imite la virtud de aquellos santos Patriarcas, Abel, Melquisedec y Abraham, que os sacrificaron de esta manera admirable mucho antes de la Ley de gracia, por afecto y no por mandato, por el espíritu y no por la letra; y que fueron por esta razón las figuras más excelentes del sacrificio que ofrecisteis a vuestro Padre, y que todos vuestros fieles deben ofreceros con Vos todos los días de su vida.

Que no me detenga solo en las acciones exteriores, por grandes que parezcan, sino que os sirva siempre con vuestro movimiento, y con ese espíritu y esa verdad que es lo único que os hace agradable todo lo que se os ofrece, incluso la oblación y vuestro propio sacrificio.

### *Supplices te rogamus*

No tengáis en cuenta a mí, ni a quienes os ofrecen este sacrificio, sino mirad a Jesucristo, que es el Ángel y el Mediador entre Dios y los hombres, y el Sacrificador de toda la Iglesia.

Que sea Él quien os presente esta santa hostia, y que nosotros no seamos más que los instrumentos de su Espíritu.

Que no hagamos nada en esta acción divina sino por su movimiento, y que todo lo que tenemos de impuro en nosotros mismos sea apartado por la fuerza de su gracia; de manera que, así como no somos nosotros quienes vivimos, sino que es Él quien vive en nosotros, así también pueda decirse que no somos nosotros quienes os ofrecemos este sacrificio, sino que es Él quien lo ofrece en nosotros, teniendo Él solo la virtud y el poder de hacerlo.

Que estemos siempre temblando cuando os lo ofrecemos, mirándolo como ese sacrificio que la Iglesia llama terrible, y que toda nuestra confianza en una empresa tan alta, que está infinitamente por encima de nuestra condición miserable, esté apoyada en Jesucristo, y que no seamos más que las manos visibles de la mano invisible con la cual Él os lo presenta sobre vuestro Trono celestial.

### *El segundo Memento*

Acordaos de las almas que salieron de este mundo en vuestra gracia, por estar más dispuestas para recibir los efectos de vuestra misericordia que las que aún están unidas a sus cuerpos en la tierra.

Apresuraos tanto más a socorrerlas cuanto que esperan vuestro socorro con humildad y con paciencia, no deseando otra dicha que la de obedeceros, y hallando ya de esta manera su paraíso en el purgatorio y en las extremas penas que allí padecen.

Quisiera tener parte en su pureza, para merecer interceder por ellas; pero, como estoy tan lejos de ella, os presento la de los Santos que reinan con Vos, que es la más grande que se halla en las criaturas; y aún más, la del Santo de los Santos, que es vuestro Hijo, del cual, como de la fuente, proceden todos los méritos y todas las gracias que habéis comunicado a vuestros siervos, y al cual no podéis negar la perfección y el cumplimiento de vuestros Elegidos, después de haberle concedido el comienzo de su santidad y de su justicia.

Terminad lo que falta por hacer en ellos, y unid a todos los vivos y a todos los muertos con vuestro Hijo, como a la Cabeza de su cuerpo, y al principio de su virtud y de su victoria, para que os alaben eternamente con Él, después de haber trabajado y padecido en Él por vuestra gloria en este mundo.

***Nobis quoque peccatoribus***

Que estas palabras del Sacerdote me lleven a humillarme, para pediros misericordia por mí y por todos los fieles que están en la tierra, que forman conmigo, ante Vos, un mismo pecador y un mismo penitente.

Dadme la humildad y la mansedumbre de aquel Publicano, a quien justificasteis en el Templo, para que, golpeándome el pecho como él, merezca obtener la misma gracia que le hicisteis a él, rechazando el orgullo del Fariseo.

***Per quem haec omnia***

Os adoro, Dios Padre, como la primera fuente de este Sacrificio y de este Misterio admirable. El Espíritu Santo lo produce por medio del Sacerdote; Jesucristo lo produce por medio del Espíritu Santo; pero Vos lo producís por medio de Jesucristo; y es de Vos, como de su origen, de donde fluyen todas las gracias, todas las perfecciones y todas las grandezas encerradas en este Sacramento, que después las derraman en nosotros como una nueva fuente.

Admiro y alabo desde el fondo de mi corazón esta maravilla, y más aún la bondad con que os ha placido darla a los hombres después de producirla, empleándola para alimentarlos y para salvarlos, así como les disteis a vuestro Hijo único por la Encarnación, después de haberlo producido en vuestro propio seno por la generación eterna.

Rebajadme por vuestra misericordia, tanto como lo soy por mi flaqueza, ya que en medio de tantas fuentes de gracia encerradas en este Misterio, permanezco siempre pobre y estéril, si no me dais continuamente una nueva para recoger el fruto que me es necesario.

***Per ipsum et cum ipso***

Alejadme, Dios mío, de toda clase de vías humanas de serviros, por hermosas apariencias que puedan tener.

Que jamás actúe por mi propio impulso, por mi propio espíritu, ni por mi propia satisfacción, en lo que concierne a vuestro servicio.

Que jamás haga nada sino por la vocación, por la conducción y por el espíritu de vuestro Hijo, ya que no recibís nada de nosotros sino lo que os ofrecemos por medio de Él, como Mediador y principio de nuestras buenas obras, y no recibís nada sino con Él, puesto que Vos y Él no tenéis sino una misma Divinidad y una misma naturaleza, y así sois igualmente honrado por los homenajes que os rendimos. Y, en fin, no recibís nada sino en Él, y de aquellos que no son sino una misma cosa con Él, viviendo en la unidad de su cuerpo y de sus miembros, y formando con Él una misma persona.

Que no reconozca otra manera de honraros, de serviros, y de practicar los ejercicios de vuestra santa Religión, que esta, en la cual están comprendidas todas las verdaderas; y que así la Eucaristía y el sacrificio del cuerpo y de la sangre de vuestro Hijo no me sean solamente una representación y un signo continuo de su Pasión, sino también un modelo de las acciones de la vida cristiana y de toda clase de buenas obras.

Bendecidme, sagrado Cuerpo de mi Salvador, cuando el Sacerdote os eleva un poco junto con el Cáliz, y os vuelve a poner enseguida sobre el Altar. Así es como os mostráis en nosotros en esta vida, con luces que no duran como las del Cielo, que serán permanentes y eternas; me basta, para ser enteramente vuestro, que paséis una vez como un relámpago ante los ojos de mi alma, así como pasasteis en otro tiempo ante Elías.

Humilladme junto con el Sacerdote, cuando se inclina tan a menudo ante Vos en el Altar, y os adora en silencio. Haced que la mirada de mi alma se incline, cerrando los ojos a todos los objetos del mundo, y os encontraré enseguida sobre el altar de mi corazón, si soy así vuestro verdadero templo.

### *El Padre Nuestro*

Es propiamente en la santa Misa donde nos obligáis a creer que sois nuestro Padre, ya que allí nos dais el pan de los hijos, alimentándonos con el cuerpo y la sangre de vuestro Hijo único, y de su propia sustancia humana y divina, para hacernos dioses y verdaderos hijos de Dios. Esta bondad es tan grande que, aunque la Fe nos impide dudar de ella, sin embargo la humildad y el reconocimiento de nuestra indignidad y de nuestra bajeza nos la hacen como increíble, y no nos permiten asegurarnos de ella sino en la sola visión de vuestra misericordia.

Grabad este sentimiento en el fondo de nuestras almas, para que, rebajándonos tanto como Vos nos elevéis, nos afirmemos más en la posesión de esta gracia y de esta dignidad incomprensible, y nos preparemos así para recibir su precioso anticipo en la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, que nos figura una más alta y más divina que nos reserváis en el Cielo.

No permitáis que jamás degeneremos de esta calidad divina de hijos de Dios, ni que nos hagamos indignos de teneros por Padre por algún crimen que nos convierta en vuestros enemigos.

Y si la flaqueza de la vida presente no nos permite evitar todos los pecados, como los evitaremos en la otra, haced al menos que solo caigamos en los que son inseparables de esta

flaqueza, y que no destruyen la dignidad de hijos de Dios que nos habéis dado; haced que nos ocupemos de borrarlos al instante mismo, y de obtener de Vos el perdón, perdonando de todo corazón a quienes nos han ofendido, ya que esa es la condición que nos habéis prescrito en esta admirable oración, y no queréis perdonar las faltas cometidas contra Vos, que sois nuestro Padre, si antes no perdonamos las que nuestros hermanos han cometido contra nosotros.

No deseo esta pureza y este borrado de mis pecados sino para poder serviros y glorificaros más santamente, no deseando otra cosa en este mundo que ver reverenciado vuestro nombre, establecido vuestro Reino por la entera ruina de vuestros enemigos, y ejecutada vuestra voluntad en toda su extensión, tanto por los buenos como por los malos que la cumplen a su pesar, así como los buenos la cumplen por amor y por una verdadera obediencia.

### *Pax Domini*

Os pido la paz como una disposición necesaria para recibir la que queréis darnos por este santo Sacramento y Sacrificio, ya que, según el Evangelio, vuestra paz no puede reposar sino sobre los hijos de paz.

Y como esta paz no puede establecerse aquí en mí mediante la destrucción de todas las pasiones, como lo será en el Cielo, que se establezca al menos mediante la destrucción de mis pecados pasados; y que los odie y los aborrezca enteramente, con una verdadera y continua penitencia, para comenzar a recibir en la comunión de este Sacramento la paz que consiste en la ruina de las pasiones, que la Eucaristía calma y cura más poderosamente que ningún otro remedio.

### *Fracción de la Hostia*

Aumentadme la fe, para que crea que, así como el Sacramento que está sobre el Altar no es sino un solo pan, así también toda la Iglesia con Jesucristo no es sino un solo cuerpo; y que la diferencia y la separación de las personas según los lugares no impide más esta verdad, que si estuvieran siempre exteriormente unidas, así como la hostia que está sobre el Altar es igualmente una sola desde la fracción —que señala la distinción de los miembros de la Iglesia — como lo era antes.

Os suplico que me deis fuerza para amar y abrazar a Jesucristo en el Cielo, y a sus miembros esparcidos por toda la tierra, con un afecto y una caridad tan verdaderos y tan firmes como si estuvieran continuamente conmigo, y como si gozara de su presencia corporal; de manera que vuestra gracia me una con aquellos de quienes estoy separado, y me separe y me desprenda santamente de mí mismo y de aquellos con quienes me habéis unido en este mundo.

### *Agnus Dei*

Me atrevo, Dios mío, a pediros vuestra paz, que es el mayor de vuestros dones, ya que os plugo, la víspera de vuestra muerte, dejárnosla en la persona de los Apóstoles, como el último y el cumplimiento de todos los demás, y nos llamasteis hijos de paz.

Que esta paz sea la vuestra, y no la del mundo; que sea esa paz interior de vuestro Espíritu Santo, que subsiste en medio de las penas y de los combates exteriores que tendremos que sostener por vuestro servicio.

Que sea una paz que proceda enteramente de vuestra misericordia, que sea consecuencia de la pureza de conciencia y de la remisión de los pecados, y una culminación y una coronación de una justicia verdadera, la cual no puede venir sino de Vos, que sois el Cordero divino, que quisisteis ser inmolado para reconciliarnos con vuestro Padre, y establecer la paz entre el Cielo y la tierra, que el pecado y la rebelión de los hombres y de los Ángeles habían dividido.

Os pido, pues, una paz fundada en el borrado del pecado que introdujo la división entre vuestro Padre y nosotros, para que la paz que debo tener con los hombres nazca de la que tendré con Dios, y no sea una paz humana, sino divina: pues, así como la sabiduría humana es necedad ante Vos, así también la paz humana es una guerra que no podéis soportar, habiendo declarado que perseguiréis a quienes la busquen, y que quebrantaréis y dispersaréis sus huesos.

Recibo un consuelo particular cuando oigo, tres veces, de la boca del Sacerdote, que sois Vos quien lleva nuestros pecados. Me sentiría abrumado sin esta misericordia, y sin la seguridad que la fe me da, de que, al llevarlos, los borráis y los destruís en Vos mismo, como quien lleva sobre sus hombros a la oveja descarriada, la sana.

### *Cuando se da la paz*

Es en esta disposición como quiero recibir y besar la paz que se me da de parte del Sacerdote, o más bien de la vuestra, ya que, antes de darla al pueblo, él la toma de Vos besando el Altar, que es vuestra imagen.

Que conserve siempre, pues, esta santa paz, y que nunca desee otra, así como no deseo más bienes que los que vienen de Vos; y que me prepare de este modo para la comunión de vuestro santo Cuerpo, que es la prenda y el comienzo de esa paz perfecta de la que esperamos gozar en el Cielo, y que nos es señalada por el Profeta cuando nos promete, de vuestra parte, una paz que sobrepasa toda otra paz.

### *La Comunión*

No soy digno, Señor, de la menor de vuestras gracias, y mucho menos de la más grande, que es la comunión de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, por la cual os unís a mí, y os mezcláis con mi propia sustancia de manera inefable, dándome vuestra humanidad, vuestra divinidad, vuestra persona, y con ella toda la Santísima Trinidad, de modo que ya no soy solamente su templo, como antes, sino una misma cosa con Vos y con ella.

Este favor es tan grande y tan incomprensible que confieso ser indigno de él, tanto porque no puedo merecerlo, como porque ni siquiera puedo comprenderlo, y porque sobrepasa el pensamiento de todos los hombres y de todos los Ángeles.

Haced que, a consecuencia de una comunicación y de una unión tan admirables, no sea ya sino vuestro, y no sea ya sino Vos mismo, y que nada pueda separarme de vuestra unidad; sino que mire a todas las criaturas como alejadas de mí, e infinitamente rebajadas por debajo de mí, que ya no soy diferente de Vos; y que, así como no debo vivir sino en Vos, ya no tenga ningún afecto ni ningún sentimiento sino por Vos, y no me conmueva ya por nada, sino en la medida en que Vos lo queráis, y en que ello os conmueva a Vos mismo.

Que este alimento sea mi sustento perpetuo, que lo guste siempre, y que me haga perder el gusto por las criaturas, y sobre todo por mí mismo. Que, permaneciendo inmutable e incorruptible en mi corazón, consuma la corrupción de mi cuerpo y de mi alma, comenzando a darles el ser incorruptible y espiritual que acabará de darles el día de la Resurrección.

Que sea en mí una fuente continua de vida, produciendo sin cesar los efectos de la vida divina y de la inmortalidad, y deteniendo los de la muerte que llevo siempre en mí mismo, así como el alimento corporal detiene la mortalidad de nuestra naturaleza, y sirve para extender y prolongar la vida mortal de nuestros cuerpos.

Que me sea siempre presente, ya que debe permanecer siempre en mi corazón; y que el recuerdo y la mirada continua con que lo honraré y lo adoraré dentro de mí me hagan comprender la excelencia que tiene por encima del maná y de los alimentos corporales, que no pueden impedirnos perecer, y que perecen ellos mismos, mientras que este está siempre vivo, y nos hace vivir eternamente.

Que me sirva en lugar de todos los alimentos, dándome todos los placeres y los sentimientos espirituales, así como el maná daba a los judíos el gusto y el sentimiento de todos los alimentos corporales.

Que me sacie enteramente, que me haga tenerme por dichoso de poseer en esta vida el pan que colma de dicha a los hombres y a los Ángeles, y que no desee nada más.

Que este Cuerpo sea el alma de mi alma, como mi alma es el alma de mi cuerpo; y que todos mis pensamientos, todos mis afectos, todos mis movimientos y todas mis obras procedan de Él, así como los movimientos y las acciones naturales proceden del alma.

Que sea en mí una fuente de gracias continuas, que me son necesarias a cada momento, y esa fuente que brota hasta la vida eterna, que a Dios le plugo establecer no solo en medio de toda la Iglesia, como en medio de un Paraíso, sino también en medio de cada fiel, que no es menos su Paraíso y su Templo que toda la Iglesia universal.

Que esta fuente divina calme la sed de mi alma; que temple sus ardores y sus deseos desordenados, aumentándole el calor sobrenatural de la gracia y de la caridad, que consume los calores extraños y terrenales de la concupiscencia, y que destruya en ella la semilla de los pecados, así como establece en ella la semilla de la vida y de la inmortalidad.

Que esta fuente admirable eleve cada vez más mi alma por encima de todas las criaturas visibles e invisibles, y la haga reposar en Dios solo, de donde procede, ya que es propio de las fuentes elevarse tan alto como sus manantiales, y elevar con ellas lo que arrastran.

Que me dé testimonio de su eficacia después de haberla recibido, haciéndome más fuerte y más firme contra las ocasiones de pecado que antes me arrastraban.

Que aumente en mí su luz para hacerme descubrir y destruir las marcas y los restos del pecado, dondequiera que puedan estar, y bajo cualquier velo que puedan ocultarse, siendo verdaderamente esos ídolos que Dios ha mandado destruir para atraer y conservar su gracia.

Que me haga amar, con su ejemplo, el retiro y la separación de las criaturas, así como Él permanece siempre separado de ellas, tanto en mí como en la Iglesia, guardando allí un silencio y una humildad maravillosos, y llevando una vida totalmente interior, en una contemplación y una adoración continuas de la grandeza y de la majestad incomprensible de Dios su Padre.

### *Cuando el Sacerdote recoge las migajas de la Hostia, y toma los restos del Cáliz*

La más pequeña migaja de vuestro pan, la más pequeña gota de vuestro vino, y el menor resto de vuestra miel me bastan, como a la Cananea, como a los Apóstoles en el festín del desierto, y en el de la Resurrección.

Todas las gracias que recibimos en esta vida no son sino como migajas que caen de vuestra mesa celestial, y gotas de esa fuente inagotable donde los Bienaventurados beben en abundancia, las cuales no hacen sino regarnos un poco, y sostener un poco nuestra indigencia y nuestra flaqueza en el paso por el desierto de este mundo.

Como también sois entero en la más pequeña parte de las especies que en las más grandes, confieso que la más pequeña parte de vuestra gracia basta para alimentarme y fortalecerme contra mis enemigos, porque en ella estáis siempre Vos, y siempre derramáis vuestro Espíritu en nuestros corazones con ella y por ella.

Lo cual nos obliga a todos a vivir contentos en esta vida, como lo estaremos en la otra, cualesquiera que sean los dones, grandes o pequeños, que recibamos de vuestra misericordia.

### *Cuando se lleva de nuevo el libro al lado derecho*

Adoro, Dios mío, vuestra bondad y vuestra paciencia infinita, que, habiendo sido tan largo tiempo combatida y despreciada por los judíos, no dejará, al fin del mundo, de recibirlos, y de devolverles la luz del Evangelio, que les fue quitada, como se señala cuando se lleva de nuevo el libro, al final de la Misa, al lugar donde estaba al principio.

Impedidme desesperar de ningún pecador, por grande y endurecido que pueda ser, mientras viva en este mundo; y haced que espere humildemente vuestra misericordia o vuestra justicia para él, en el tiempo que se la hayáis ordenado, orando por él, y deseándole vuestra gracia con la misma caridad con que la Iglesia la desea, y os la pide todos los días, para los judíos, sus

enemigos y sus primeros perseguidores, aunque no la hayan de recibir sino después de tantos siglos, y estén ahora endurecidos y abandonados por Vos de una manera espantosa.

Que así desee vuestra misericordia, y una verdadera penitencia, para mis enemigos; y que los lleve siempre en mi corazón, aunque no lo merezcan, y me hayan desterrado del suyo; así como Vos me lleváis en el vuestro, sin miraros en mi indignidad, y quisisteis recibirme aun cuando os odiaba, y me alejaba de Vos con todas mis fuerzas.

Haced que, así como recibí vuestra gracia sin mérito, la posea sin envidia, y que desee verdaderamente que la repartáis con quienes no son más indignos de ella que yo, y que me alegre incluso cuando se la comuniquéis más abundantemente de lo que me la habéis dado a mí, para que de esta manera su abundancia se convierta en la mía, y su riqueza supla mi pobreza, como dice el Apóstol.

### *La bendición*

Os suplico, Dios mío, que me hagáis participar de tal modo de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, y que conduzcáis de tal manera el curso de toda mi vida, que pueda recibir la bendición que daréis a vuestros elegidos en el último juicio, la cual nos es representada por la que el Sacerdote da al pueblo al final de la Misa.

Que esta esperanza me sostenga, y me haga invencible ante los más poderosos ataques del enemigo.

Que nada tema en medio de un consuelo tan grande, y que todo lo que hay de hermoso y de agradable en este mundo no me parezca nada, ante la visión de esta última dicha, y de esta bendición gloriosa que recibimos en presencia de todos los Ángeles y de todos los hombres que han sido, y que serán en el futuro.

### *El Evangelio de San Juan*

Os suplico, Dios mío, que después de esta última bendición pueda ir a gozar con Vos en el Cielo de vuestra felicidad y de vuestra vida, que nos es representada por el Evangelio de San Juan, que se dice después de la Misa, donde la Trinidad y la Encarnación están señaladas como los principales objetos de la Fe, para declararnos que seremos bienaventurados al ver claramente lo que aquí hemos conocido humildemente por la luz de la fe, oscura e imperfecta, y que viviremos eternamente contemplando la esencia y la Trinidad de las Personas divinas, así como Vos vivís con ella de ese mismo conocimiento.

Quitad de mi espíritu todo otro pensamiento, y de mi corazón toda otra clase de dulzuras y de delicias; y hacedme feliz, desde ahora, con el mismo objeto que ha de hacerme dichoso en la eternidad.

# Razones de la Ceremonia y de la Antigua Costumbre de Suspender el Santísimo Sacramento en las Iglesias, encima del Altar Mayor

### *Prefacio*

El Autor de este escrito, habiendo tenido siempre un extremo afecto a la Iglesia, y a todo lo que le concierne, particularmente a las ceremonias y a las tradiciones que ella siempre ha observado —y que hoy, siendo combatidas con tanta pasión por los Herejes, deben ser mantenidas con tanto mayor celo por los Católicos—, se sintió conmovido al ver que se comenzaba, desde hace poco, a abolir en algún lugar la antigua costumbre de suspender el Santísimo Sacramento en medio del Altar mayor de cada Iglesia, sin tener en cuenta el consentimiento de los siglos que la han autorizado, ni las maravillas que encierra.

Esto fue causa de que se decidiera a poner por escrito algunas razones para mostrar la conducción de Dios, y la luz de su Iglesia en esta santa institución, a quienes no la consideran, creyendo que si hubieran percibido las verdades y las excelentes enseñanzas que contiene, su piedad les habría hecho juzgar que no corresponde a quienes la creen y la reverencian como ellos abolir su memoria, sino más bien a quienes la niegan y la combaten. Pues la verdadera virtud cristiana aumenta más fácilmente, e inventa antes nuevas maneras de testimoniar a Dios y a su verdad el honor y el respeto que le rinde, de lo que rechaza y derriba las que ya están establecidas, y que le han sido prescritas desde hace tantos siglos por quienes Dios le ha dado para enseñarla y para conducirla, cuyas disposiciones no puede despreciar sin despreciar las del mismo Jesucristo.

Esto es tanto más cierto en esta circunstancia, cuanto que se ve que, por una particular providencia de Dios, las Iglesias principales de las Provincias y de las Diócesis de Francia, donde esta santa ceremonia ha sido recibida, la conservan todavía hoy religiosamente, y dan a las demás Iglesias —que deben mirarlas como su regla y su modelo— el ejemplo de la sumisión y de la constancia con que deben honrarse las Tradiciones de la Antigüedad, por temor de que, dispensándose de guardar las que parecen menos considerables y menos necesarias, se acostumbren poco a poco a descuidar las más importantes. Pues quien no es fiel en las cosas pequeñas no lo será en las grandes, según el Evangelio; y se cae más fácilmente, desde el relajamiento, en los últimos extremos, que en la observación exacta del orden dentro del relajamiento, así como es más fácil que una amistad ya debilitada se arruine del todo, que no que se enfríe cuando está en su fuerza y en su vigor. (Lo mínimo es mínimo, pero ser fiel en lo mínimo es grande — San Agustín, De doctrina christiana, lib. 18.) Es verdad que las cosas pequeñas son pequeñas, pero hace falta una gran fidelidad para ser fiel en las cosas más pequeñas.

Este fue el motivo que hizo en su día concebir estas razones y ponerlas por escrito; y es con el mismo propósito con que se ha creído que debían presentarse junto con estas otras pequeñas piezas que se han reunido para honor de la Iglesia y para el bien público, hasta que el Autor pueda dar una explicación más amplia sobre toda la materia de la Eucaristía, que los ministros [protestantes] han emprendido hace poco combatir con un ardor y una invención enteramente nuevos, contra los cuales la Iglesia no puede permanecer muda, como tampoco contra los demás esfuerzos que han hecho contra la verdad de su doctrina.

***I***

Jesucristo está expuesto en un lugar eminente, para que los fieles que entran en la Iglesia lo miren de inmediato como el primer objeto de su fe, como el fin de sus acciones y de sus pensamientos, y como la guía y el modelo de toda su vida: pues el fin y el modelo deben proponerse y considerarse antes que cualquier otra cosa, ya que todo debe referirse a ellos. La fe es el fundamento de todos los actos de Religión que se hacen en los templos, y de todas las buenas obras con que se honra a Dios; y nada es tan propio para despertar nuestra Fe como la vista de Jesucristo, y de su sagrado Cuerpo.

***II***

Está allí como una persona infinitamente elevada por encima de nosotros, para recibir nuestras adoraciones y nuestros homenajes. Está allí como en un trono, y nosotros como a sus pies, y sobre la tierra, en una condición infinitamente rebajada por debajo de la suya. Quienes saben esto se sienten movidos a ejercer así su piedad hacia este Sacramento; y quienes no lo saben se sienten impulsados a instruirse, y a preguntar, como los israelitas cuando vieron caer el maná: *Quid est hoc?* ¿Qué es esto?, honrándolo en ese asombro como el verdadero maná, pero lleno de más maravillas, y sin comparación más inconcebible que el maná de la Ley. Es, pues, en este estado, el objeto de la adoración y de la admiración de los Cristianos; y se les muestra como un Sacramento igualmente adorable y admirable por encima de todos los demás.

***III***

Está representado como crucificado y colgado del madero, según la Escritura, y elevado entre el Cielo y la tierra, en aquella elevación de la Cruz de la que habla tan a menudo en el Evangelio, y que es significada por el Sacerdote cuando eleva la Hostia después de la consagración. Y parece que este misterio, y esta ceremonia tan importante de la Misa, se conserva y se hace perpetua en la de la suspensión, que nos hace ver sin cesar el Cuerpo de Jesucristo sacrificado e inmolado por nosotros, y nos enseña que, así como es el Cordero que ha sido ofrecido desde el principio del mundo, sigue siendo ofrecido a cada instante, y lo será hasta el fin de los siglos; y que es el sacrificio perpetuo de la Ley nueva del que habla la Escritura, y que los Herejes combaten hoy. Por eso esta ceremonia debe conservarse en este

tiempo con un cuidado muy particular, siendo en efecto una condena pública de la herejía, y una profesión solemne de la fe de la Iglesia Católica.

***IV***

Está representado no solo como crucificado, sino también como resucitado y glorioso: y esta ceremonia maravillosa nos señala tanto la elevación divina de su resurrección y de su gloria, como la elevación funesta de su cruz y de su muerte. Significa ambas cosas juntas, así como Jesucristo las significó ambas juntas cuando dijo en el Evangelio que debía ser elevado, y que después de ser elevado de la tierra atraería todo hacia sí: lo cual no se entiende solamente de su crucifixión, sino también de su Resurrección, ya que es por ella, y por la comunicación de su vida de gloria, que propiamente atrajo hacia sí a todo el mundo.

***V***

Esta suspensión es también un signo de su Ascensión, ya que nos lo hace ver, no como ya subido al Cielo, sino como subiendo, y elevado en medio del aire, de la misma manera en que apareció a los Apóstoles cuando, ante su vista, partió del monte de los Olivos para ir a su Padre. Pues no lo vieron entrar en el Cielo, sino que solo lo vieron elevarse por encima de la tierra. Y la suspensión de la Eucaristía nos lo pone continuamente ante los ojos en este estado, para imprimirnos siempre el mismo gozo que sintieron los Apóstoles cuando percibieron que la virtud de su gloria lo alejaba de la tierra y lo llevaba al Cielo; y para aumentarnos sin cesar la esperanza de seguirlo, mirando como ellos esta elevación en la Iglesia, que es el verdadero monte de los Olivos, en el cual solamente se encuentra y se siente correr en abundancia ese aceite del Espíritu Santo que nos hace ungidos de Dios, es decir, Cristianos, y otros tantos Cristos, como Jesucristo.

***VI***

Esto mismo nos señala también el misterio de Pentecostés, porque el Cuerpo de Jesucristo está representado allí de la misma manera en que el Espíritu Santo apareció sobre los Apóstoles. Pues las lenguas de fuego se mantuvieron suspendidas sobre sus cabezas, así como el Cuerpo de Jesucristo está suspendido sobre las nuestras. Lo cual nos enseña que es la humanidad gloriosa de Jesucristo la que envió al Espíritu Santo a los Apóstoles, así como fue ella quien se lo comunicó el día de la Resurrección con el soplo de su boca, según san Cirilo; y que es también por la Eucaristía por lo que recibimos la última plenitud del Espíritu Santo, y la perfección y la consumación de su gracia. De modo que la misión y el don del Espíritu Santo están representados aquí por el Cuerpo de Jesucristo, como por su principio, ya que Él es la verdadera paloma que nos trajo en su pico el ramo de olivo, que es el símbolo del Espíritu Santo. De donde viene que hubo antiguamente Iglesias, y particularmente en Francia, donde el Santísimo Sacramento que estaba suspendido sobre el Altar era representado bajo la forma de una paloma.

***VII***

Se ve también allí la figura de la segunda venida de Jesucristo, de la cual este Sacramento es la prenda que nos ha sido dejada hasta que Él mismo venga en persona, y nos devuelva su presencia visible y gloriosa. Pues se mantendrá en medio del aire, y reunirá a las águilas junto a sí, es decir, a los verdaderos fieles, que, alejándose de la tierra, llevan siempre sus espíritus al Cielo hacia Él, como hacia su único sol; así como se reúnen y se unen por la fe en ese mismo cuerpo que aparece sobre el Altar, entre el Cielo y la tierra, para consolar a los suyos y atraerlos hacia Él, desprendiéndolos poco a poco del mundo, hasta que los libere de él enteramente en el día de su gloria.

***VIII***

Está sujeto al báculo, que es la marca del poder pastoral, para mostrar que Jesucristo es siempre el verdadero Pastor de nuestras almas; y que no solo se entregó por nosotros en la tierra, sino que, estando en el Cielo, sigue dando su vida por sus ovejas, y las alimenta con su carne; lo cual es una especie de pasto que le es propio, no habiendo sino este divino Pastor que da su cuerpo a comer a sus ovejas. Pero, mientras que el báculo pastoral de los hombres solo sirve para conducir y para defender a las ovejas, y no para alimentarlas, Jesucristo conduce y defiende a las suyas alimentándolas con su Cuerpo, y las llena de tal fuerza y de tal luz que es solo por este alimento del todo celestial que descubren perfectamente los secretos y las voluntades de Dios, y vencen a todos sus enemigos visibles e invisibles, según dice san Cipriano: que quien no está armado con la Eucaristía no puede estar seguro en el combate. Y es también por esta razón que la Iglesia une sobre el Altar el Santísimo Sacramento con el báculo, para enseñarnos que la fuerza y la protección que Jesucristo nos da por el poder Pastoral está encerrada en la Eucaristía, y que es por ella por lo que nos fortalece y nos conduce durante todo el curso de esta vida.

***IX***

El báculo, el Santísimo Sacramento y el Altar están unidos entre sí, para hacernos ver que Jesucristo es a la vez el Sacrificador, el Sacrificio y el Altar, y que no necesita, en el ejercicio de su cargo, sino de sí mismo. El báculo significa al Sacrificador y al Sumo Sacerdote; el Santísimo Sacramento es la Hostia, y el Altar es la imagen de Jesucristo, como se ve en que nunca se pasa delante del Altar sin hincar la rodilla en tierra, y en que el Sacerdote lo adora siempre besándolo, y toma de él la bendición antes de darla al pueblo. Pues, puesto que Jesucristo es Él mismo el templo de Dios, como dice en el Evangelio, es preciso que sea también el Altar, ya que el Altar está en el templo, y es su parte principal. Y siendo el Altar lo que sostiene a la víctima que se sacrifica, Jesucristo no necesitaba un Altar distinto de su cuerpo para ofrecerse a su Padre, ya que su cuerpo se sostenía por su propia fuerza en medio de la misma muerte, en la cual permanecía siempre unido a la Divinidad, y se presentaba así a su Padre para expiar nuestros pecados. Pues la Cruz no era el Altar de este sacrificio admirable sino en figura, representando la firmeza y la inmovilidad del cuerpo de Jesucristo, que subsistía por sí mismo. Pero siempre se la considera en la Iglesia como unida a la verdad y a la carne del Hijo de Dios, y es en esta calidad como se la adora, y no en sí misma, así como

tampoco se adoran nuestros altares visibles, sino con esta clase de adoración relativa, y no absoluta.

***X***

Este báculo no señala solamente el bastón pastoral de Jesucristo, sino también su cetro real, como se ve en varios lugares de la Escritura; y así señala todo el poder de Jesucristo, tanto el de Pastor como el de Rey, y toda la plenitud de la virtud divina e infinita que recibió en su Resurrección; y este báculo, al presentar a la Iglesia el Santísimo Sacramento que está sujeto a él, muestra que es propiamente por la virtud perfecta y absoluta de la Resurrección que Jesucristo nos alimenta, y nos da este alimento como vivo con la vida de su gloria, para imprimirnos por él, al comunicárnoslo, la virtud y la semilla de la Resurrección en nuestros cuerpos y en nuestras almas: lo cual es un efecto muy particular de la Eucaristía, según la doctrina de la Iglesia.

***XI***

El báculo sale del Altar elevándose, para testimoniar que el poder y la resurrección de Jesucristo vienen de su muerte, representada por el Altar; pero luego se curva, y se vuelve hacia abajo, para señalar que Jesucristo no resucitó sino para nosotros, y para derramar sobre nosotros el fruto de sus trabajos y de su gloria, cuyo principal fruto es la Eucaristía, llena de su espíritu vivificante: pues, aunque la gloria divina realza la humanidad de Jesucristo, y la hace infinitamente perfecta, sin embargo, no habiéndose despojado de esa gloria sino por nosotros, no la recuperó en su Resurrección sino para nosotros; y sin nosotros la habría poseído siempre igualmente.

***XII***

La Iglesia declara también, con esta ceremonia, que el Cuerpo de Jesucristo no es un pan común y terrenal, sino un pan extraordinario, alejado de la tierra, del todo celestial y del todo divino. Que es la verdad y el cumplimiento del maná que caía del Cielo; que es el verdadero pan de los Ángeles, no porque esté amasado por sus manos como el maná, sino porque, estando formado por el mismo Dios y por el Espíritu Santo, alimenta a los Ángeles tanto como a los hombres, ya que, así como los hombres se alimentan de él bajo una forma baja y extraña, los Ángeles viven de él mismo, en su propia forma y en su propio estado, en el Cielo. De donde viene que a veces, en la punta del báculo, hay un Ángel que lo sostiene entre sus manos, como para alimentarse de él y para presentarlo a los hombres, mostrando la caridad que los buenos Ángeles tienen por nosotros, sin envidia y sin orgullo, ya que no solo no sienten celos de que hombres mortales y miserables coman el mismo alimento que ellos, sino que se lo desean y se lo ofrecen con sus propias manos, contribuyendo en todo lo que pueden para hacérselo gozar; y, en fin, es una señal evidente de que todas esas grandes verdades que San Juan nos revela en el capítulo 6 de su Evangelio, cuando habla de ese pan descendido del Cielo, incomparablemente más excelente que el maná —que no era sino su sombra—, pertenecen propiamente a la Eucaristía, contra la opinión de los Calvinistas.

### *XIII*

Estando suspendido sobre el Altar, y rodeado de aire por todas partes, nos muestra de qué manera es el pan vivo y el pan de vida: pues, según los Padres y las Escrituras, el aire es una de las grandes imágenes del Espíritu Santo, ya que Él mismo fue enviado como un viento impetuoso, el cual, según la más verdadera filosofía, no es otra cosa que aire agitado; y ya que en griego y en latín, así como en hebreo —es decir, en el lenguaje común de la Iglesia de Oriente y de Occidente, como en la lengua original de la Escritura—, el Espíritu Santo lleva el mismo nombre que el aire, al que griegos y latinos llaman Espíritu: de modo que el aire que rodea el Cuerpo de Jesucristo nos señala la abundancia del Espíritu Santo que lo llena, que lo colma por todas partes, y lo hace vivo con la vida divina y eterna; y que así este Cuerpo, en el Santísimo Sacramento, no es una masa carnal que no sirve para nada, sino un cuerpo muy útil y saludable, un cuerpo divino, un cuerpo espiritual, como dice la Escritura, y un cuerpo unido por todas partes con el espíritu que da la vida a los hombres.

### *XIV*

Está allí en calidad de mediador entre el Cielo y la tierra, para señalar que es Él quien los reconcilia y los reúne, abrazando a Dios y a los hombres por su Encarnación, y haciendo que se abracen y se unan en Él mismo. Se mantiene por esta razón elevado en medio de ellos, para pacificarlos siempre, y mantener la paz que ha establecido, llevando al Cielo la palabra y los votos de los hombres, y a los hombres la palabra y las bendiciones del Cielo, como su común embajador, y su intermediario divino, como el Ángel del gran consejo, que anuncia a los hombres los secretos de la misericordia y de los juicios de Dios, y a Dios los secretos de los corazones de los hombres, y los movimientos de su piedad, que por lo común les son desconocidos a ellos mismos.

### *XV*

Está allí en un estado maravilloso, en parte como resucitado, y en parte como no resucitado. Está allí como resucitado, porque está allí como separado de la tierra, que es el lugar de los cuerpos mortales y corruptibles, y como subsistiendo por sí mismo, y por la gloria divina que le ha sido dada. Está allí también como no enteramente resucitado todavía, porque no está allí como triunfante en el Cielo, sino como permaneciendo todavía cerca de la tierra, y participando en cierto modo de la condición rebajada de los cuerpos terrestres. Este es el verdadero estado en que permanecerá siempre hasta el día del Juicio: pues, aunque está perfecta y gloriosamente resucitado en la humanidad que tomó de la santa Virgen su madre, a la cual ha unido personalmente consigo mismo, y que, a consecuencia de esta unión, lo hace Cabeza de la Iglesia, sin embargo no lo está todavía en sus miembros, que forman con Él un mismo cuerpo y un mismo Cristo, según las Escrituras; pero los va formando y resucitando cada día por las influencias de su gracia y de su amor, y principalmente por este Sacramento, que les ha dejado para comunicarles poco a poco su inmortalidad, y para que, después de habérsela dado, desaparezca y se remonte con ellos al cielo en el día del juicio, hasta el cual

este Sacramento permanecerá siempre expuesto y rebajado en la tierra, para completar la obra de Dios, y la consumación de los Santos.

***XVI***

Nos da en este estado una excelente lección, y nos enseña cómo debemos ser en esta vida. Pues debemos estar elevados por encima de la tierra como Él; y si todavía no podemos entrar en el Cielo, debemos al menos mirarlo siempre, y permanecer en el deseo y en la espera de esa dicha. Debemos estar suspendidos entre el Paraíso y el mundo, sin apoyarnos en nada que esté sobre la tierra, permaneciendo así en un entero desprendimiento de todas las criaturas que están por debajo de Dios; alejados del Cielo por incapacidad, ya que el tiempo de ser recibidos en él aún no ha llegado; y alejados de la tierra por voluntad y por afecto, estando tan poco apegados a ella como si ya estuviéramos separados de ella según la carne, así como lo estamos por el espíritu que hemos recibido en nuestro segundo nacimiento.

***XVII***

Nos da una prenda visible de lo que nos ha prometido tantas veces, y nos hace ver con los ojos la gloria de la Resurrección que otorgará a nuestros cuerpos, comunicándoles la fuerza de elevarse y de sostenerse por su propia virtud en medio del aire, tal como está representado sobre el Altar: pues la Escritura dice que seremos semejantes a Él, y este Sacramento producirá en todos las mismas cualidades que tiene en sí, haciendo nuestros cuerpos sutiles, fuertes y espirituales como el suyo. Pero nos advierte también, al mismo tiempo, que para llegar a esa dicha es necesario que comencemos desde ahora a serle semejantes, y que, elevándonos por encima de todas las bajezas del mundo, no vivamos ni subsistamos ya sino por la virtud divina de su Vida y de su Resurrección, por la cual Él mismo se sostiene en este misterio; y que este es el verdadero camino para participar de los efectos de la Eucaristía, y para comulgar dignamente.

***XVIII***

Declara que jamás abandonará a la Iglesia, sino que le será siempre presente de una manera sublime y divina, como una cabeza que la conduce desde lo alto, que la protege, y que le inspira la vida del Cielo; como un corazón que reside en medio de ella, así como está suspendido en medio del Altar, que vela por ella, y que produce todos sus movimientos; como un ojo que nunca duerme, que mira y que rige todos sus pasos, que provee a todas sus necesidades, y que, como desde un lugar eminente, descubre desde lejos los esfuerzos y los designios de sus enemigos, cumpliendo perfectamente el oficio de quien vela de día y de noche sobre la muralla y sobre la torre de Israel, para hablar el lenguaje de la Escritura; y dando así a los Prelados, y a todos los Pastores de su Iglesia, un excelente ejemplo de presidir continuamente en medio de sus pueblos, y de velar sin cesar sobre su conducta.

***XIX***

Muestra también que está siempre en la Iglesia en calidad de doctor, predicando sin cesar, y anunciando la palabra de Dios, elevado por encima de todos los hombres, tanto los

particulares como los predicadores, teniendo, según san Agustín, su cátedra en el Cielo, donde está sentado a la diestra de su Padre, y desde donde derrama en nuestros corazones su palabra insensible y su gracia, cuando sus Ministros nos anuncian la palabra material y sensible: pues ellos no son nada sin Él; es Él solo quien hace germinar y crecer la semilla que ellos esparcen, enseñándonos el Evangelio que no son tanto ellos quienes hablan, cuanto Él quien habla por ellos. Por eso está representado predicando e instruyendo a la Iglesia entre el Cielo y la tierra, como lo hizo durante los cuarenta días que empleó en instruir a los Apóstoles, desde el día de Pascua hasta la Ascensión; siendo estos cuarenta días la figura de esta vida, que es un tiempo de rebajamiento, de mortificación y de penitencia, señalado en la Escritura y en la Iglesia por el número cuarenta, que por esta razón es el número de la Cuaresma. De modo que la posición del Santísimo Sacramento suspendido sobre el Altar es una conmemoración perpetua del estado en que estuvo el Hijo de Dios desde la Resurrección hasta la Ascensión, instruyendo, formando y perfeccionando a los Apóstoles en calidad de Predicador resucitado, lleno de una vida divina, separado del mundo, y no conversando en él, ni acercándose a él, ni rebajándose a él sino por una caridad y una condescendencia necesarias para comunicar su nueva vida a sus hijos y a sus discípulos, y alejarlos poco a poco de los sentimientos terrenales y carnales que siempre habían tenido hasta entonces; como el águila, según la Escritura, que, manteniéndose en el aire cerca de sus polluelos, extiende sus alas y baja su vuelo para enseñarles a volar.

***XX***

Está suspendido bajo un pequeño pabellón, como bajo una pequeña tienda que lo cubre casi por todas partes, para hacernos entender que no está aquí sino por un tiempo, como de paso y viajero, de la misma manera en que se presentó a los dos discípulos que iban a Emaús, para enseñarles que ya no era de este mundo, y que no permanecía en él sino por ellos, para hacerles partícipes de su dicha, y que debía poco a poco irse a reinar al Cielo. Está también como viajero y como de paso en la Eucaristía, que es ella misma llamada un paso, ya que es nuestra Pascua, y ese nombre significa paso en la Escritura; esto es lo que nos enseña el pequeño pabellón que lo rodea; y está allí también para hacernos, como a Él, pasajeros y viajeros en este mundo, y hacernos pasar con Él al otro, dándosenos para este efecto, no solo en calidad de guía, sino también en calidad de Viático, y de alimento de los viajeros, para que nos sintamos movidos a despreciar esta vida miserable, y a suspirar por la de su gloria, por la confianza que debemos tener en un Viático tan poderoso y tan admirable, que nos mira desde lo más alto de su Altar, y en cierto modo nos llama a cada momento. Pero se aloja en el aire bajo esta pequeña tienda, porque no quiere tener aquí una morada firme y fija, y desea que, a su ejemplo, tampoco nosotros la tengamos, sino que busquemos un país más feliz, sin fijar aquí nuestras esperanzas. Este pabellón lo cubre casi por todas partes, porque no lo vemos ni lo poseemos aquí sino por la fe, la cual nos da de él un conocimiento lleno de oscuridad, y un sabor mezclado de amargura y de penas, que nos impiden tanto discernirlo y percibirlo, que nos lo vela mucho más de lo que nos lo descubre, enseñándonos que ahora es tiempo de creer, y no de ver ni de comprender, y que no se puede llegar a la visión beatífica sino por la sumisión y la paciencia de la fe.

### *XXI*

Está en el lugar más alto del Altar, que corresponde a la piedra de mármol donde se celebra el Sacrificio de la Misa, y donde reposan la hostia y el cáliz; para mostrar que está allí como presidiendo toda la acción en calidad de Sacrificador principal, que nunca está separado de sus ministros, y que mira, conduce y realiza siempre con ellos la función divina del sacrificio que ellos ejercen en su nombre. Nos enseña también que quien está rebajado y tendido sobre el Altar está, al mismo tiempo, elevado en su gloria; que no es una víctima carnal y muerta de la ley antigua, sino una víctima viva y divina de la ley nueva, ya que Él está, por sí mismo y por su poder ordinario, en varios lugares a la vez: en lo alto y en lo bajo del Altar, en medio de la Iglesia triunfante, y en medio de la Iglesia militante y peregrina; lo cual no corresponde ni a los cuerpos ni a los espíritus, sino solo a Dios.

### *XXII*

La suspensión lo propone a los ojos de todo el mundo, no solo como Sacramento, sino también como Sacrificio. Pues es una señal evidente de su muerte, tanto porque representa la crucifixión y la suspensión de la Cruz, como porque nos muestra su Cuerpo sin acción y sin movimiento, y en un reposo que es la imagen del de la muerte; y también porque reposa directamente sobre la piedra del Altar donde se hace el sacrificio, como mirando siempre esa acción santa por la cual fue consagrado e inmolado a Dios: de modo que está allí en un estado continuo de crucifixión, de muerte y de inmolación, y en ese estado revela a los fieles, y los obliga a honrar, la oblación perpetua que hace y que hará eternamente a su Padre en el Cielo, de ese mismo cuerpo, no solo como resucitado y viviente, sino también como muerto y crucificado; pues conserva para este efecto las marcas de su Pasión en ese Cuerpo glorioso, y la Escritura dice que se ofrece sin cesar ante la vista de los Ángeles y de los Bienaventurados, como un cordero que se acaba de matar.

Así, entrando en la Iglesia, y viendo el Cuerpo de Jesucristo suspendido en medio del Altar, debemos adorarlo como la víctima de nuestra salvación, uniéndonos a su muerte para morir con Él, ya que Él continúa en cierto modo muriendo por nosotros, y ofreciéndose como muerto; y debemos unirnos a la oblación que hace continuamente en el Cielo a su Padre, de ese mismo Cuerpo crucificado y muerto para la gloria, ya que la suspensión nos lo señala y nos lo revela, y así es como un sacrificio perpetuo, y una Misa que dura siempre en la Iglesia.

La oblación y la muerte de Jesucristo no están así representadas cuando su cuerpo está encerrado en un sagrario, porque allí no se ve la forma de la crucifixión, y porque en el sagrario está más en calidad de alimento y Viático que de Sacrificio, mientras que en la suspensión está más en calidad de Sacrificio que de Viático, aunque esté allí de ambas maneras.

### *XXIII*

No hay nada que exprese mejor la naturaleza del Santísimo Sacramento que la suspensión, porque contiene un gran número de suspensiones admirables, y es un todo compuesto; pues

el estado de su naturaleza, sus operaciones y sus propiedades están allí suspendidas, y como interrumpidas, y también las de la gracia misma y de la gloria, ya que el Cuerpo de Jesucristo debería aparecer allí del todo glorioso, como lo es, si no retuviera los rayos y el esplendor de su gloria divina, mediante una especie de santa violencia, para acomodarse a nuestra flaqueza; y debería llenar de gracia y de santidad a todos los justos que lo reciben, y consumir de inmediato toda la paja y el rastrojo —es decir, según el lenguaje de la Escritura, todos los restos de su flaqueza natural—, y colmar de gloria y de caridad sus almas y sus cuerpos cuando se acercan a esta fuente de fuego divino, como la llaman los Padres, si Él mismo no detuviera y suspendiera su eficacia, según las leyes y las órdenes de su Padre, a quien siempre mira, así como en otro tiempo suspendió la actividad del fuego, impidiendo que quemara a los tres justos que estaban en medio de un horno.

Pero es particularmente notable que las especies sacramentales permanezcan suspendidas, y subsistan de manera extraordinaria, ya que no se apoyan en ningún sujeto; y que el Cuerpo de Jesucristo esté también suspendido bajo las especies, y como todo recogido en sí mismo, ya que no depende de ellas, como las sustancias dependen de los accidentes que las cubren, y no pueden naturalmente conservar su ser sin ellos; sino que las mira a su alrededor sin compromiso y sin apego, con una virtud y una fuerza del todo absoluta y del todo libre. Lo cual nos enseña a considerar de tal manera las cosas exteriores, ya sean bajas o elevadas, ya sean penosas o agradables, que nos rodean, y que ordinariamente ocultan a los demás y a nosotros mismos lo que verdaderamente somos delante de Dios, que no nos toquen, y que el fondo de nuestro corazón esté tan desprendido de ellas como lo está el cuerpo de Jesucristo de los accidentes y de las cualidades sensibles que lo velan.

### *XXIV*

Se han suspendido siempre, en los Templos, los dones que se ofrecían a Dios, y tenemos de ello varios ejemplos en la Escritura. Así la Iglesia suspende el Santísimo Sacramento, como el mayor don que puede presentarle, ya que no tiene nada más excelente que Jesucristo, en quien están encerrados todos sus bienes, como en su tesoro y en su fuente. Y porque ese mismo Jesucristo es también el mayor don que Dios puede hacer a la Iglesia, siendo igual a su amor infinito, y a sí mismo, y porque por esta razón ha querido que se juzgara, por este don, la grandeza de su amor por el mundo, según aquellas palabras del Evangelio: Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único; resulta que el Santísimo Sacramento está colocado en lo alto del Altar, entre el Cielo y la tierra, entre Dios y los hombres, de tal modo que igualmente se puede juzgar que es Dios quien lo envía a la Iglesia, como se puede juzgar que es la Iglesia quien lo eleva y lo presenta a Dios. Esto se estableció para significar que es el don común y mutuo que Dios hace a los hombres, y que los hombres hacen a Dios; que es el centro y el medio de su comunicación y de su trato; y que es, además, su don singular y único, fuera del cual no tienen nada verdadero y sólido que darse. Pues todo lo que Dios reparte a los hombres no es nada, y no les es ventajoso sino en apariencia, si no les da al mismo tiempo a Jesucristo, y el sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre; y todo lo que los hombres pudieran ofrecerle sin esto no le causa sino disgusto y aversión, como Él mismo dice en la Escritura, en la persona de

los judíos, que solían presentarle las cosas del mundo más agradables. Por eso la Iglesia nunca le pide nada, ni le agradece jamás ninguna gracia, sin ofrecerle el Cuerpo de su Hijo, como el don único con el cual atrae todos los demás, y con el cual los paga y los recompensa todos.

Esto es también lo que se nos declara en la Misa, cuando el Sacerdote, antes de tomar la Sangre de Jesucristo, pronuncia estas palabras: *¿Qué daré yo al Señor por todos los bienes que me ha dado? Tomaré el Cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor.*

Todas estas razones, y varias otras que pueden tomarse del fondo de la Religión y de sus principales Misterios, muestran con qué respeto hay que guardar las ordenanzas y las ceremonias que la Iglesia ha recibido de sus Padres; y que no se puede despreciar o destruir las que parecen ser de las menores, sin correr el riesgo de arruinar, al menos por ignorancia y por descuido, los monumentos públicos de las más altas verdades del Evangelio, y los trofeos de la fe, que todo el mundo ha dado a la Iglesia como las invenciones mismas de su espíritu, según el lenguaje de la Escritura.

# Actos de Adoración para la Mañana

### *Al despertar, estando aún en la cama*

Bendito sea el día del Nacimiento, de la Muerte y de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

### *Después de haberse puesto parte de su ropa, Adoración a la Santísima Trinidad*

Os doy gracias, Dios mío, por haberme guardado durante la noche, y os suplico que me conduzcáis a lo largo de este día.

Adoro, oh Dios mío, el decreto que hicisteis en la eternidad sobre el momento de mi vida y de mi muerte.

Os pido perdón por todos los pecados que he cometido desde que tengo uso de razón hasta el presente.

### *Adoración a Nuestro Señor Jesucristo*

Os adoro, mi Salvador Jesucristo, y a vuestra santa humanidad, en todos vuestros estados, misterios, pensamientos, palabras, acciones, movimientos, sufrimientos interiores y exteriores, y todos vuestros pasos. Os doy gracias por haberme guardado durante la noche, y os suplico que me conduzcáis a lo largo de este día.

### *Saludo a la Virgen y a San José*

Os venero, oh Santa Virgen, y a vos, San José; os doy gracias por haberme socorrido con vuestras oraciones durante la noche; os suplico que me ofrezcáis a mi Salvador, vuestro Hijo, y que queráis ser mi guarda a lo largo de este día.

### *Saludo a los Santos*

Os honro, oh San Miguel, y a vos, mi Ángel de la guarda, san Pedro, san Pablo, san N., Patrono de este lugar, y a vos, san N., mi Patrono. Os doy gracias por vuestra asistencia particular durante la noche, y os suplico que roguéis a Dios que quiera conducirme a lo largo de este día.

### *Peticiones para cada día*

Concededme la gracia, oh Dios mío, de ser del pequeño número de vuestros Elegidos.

Concededme la gracia de cooperar con vuestras santas gracias.

Concededme la gracia de vivir y morir en penitencia.

### *Adoración al Santísima Sacramento del Altar*

Os adoro, oh Salvador mío Jesucristo, resucitado y glorificado, Juez de vivos y de muertos.

Concededme la gracia de adoraros en espíritu y en verdad, en honor de las adoraciones eternas que rendís a vuestro Padre celestial en el Cielo, y en el Sacramento del Altar.

Alabado sea Dios.

Por la noche, estas adoraciones pueden hacerse igual que por la mañana, poniendo solamente el día en lugar de la noche, y la noche en lugar del día: así, «os doy gracias por haberme conducido a lo largo de este día; os suplico que me guardéis durante la noche». Y el resto, como está en las Adoraciones.

## Diez Reglas para Practicar Bien la Vida Religiosa

**1.** Haceos más familiar con Dios, vuestro superior, que con vuestras superioras, y no acudáis nunca a ellas sin haber acudido antes a Él, puesto que ellas no pueden conduciros hacia Él sino por la conducción que de Él mismo reciban.

**2.** Haced todas las acciones de la religión con espíritu de penitencia, como si un Sacerdote os hubiera impuesto por penitencia de vuestros pecados el haceros Religiosa, y cumplir vuestra Regla hasta el fin de vuestra vida de la manera más perfecta que os sea posible.

**3.** Puesto que habéis dejado un Esposo en la tierra para encontrar uno en el Cielo, haced todas vuestras acciones movida por el amor y la caridad hacia Jesucristo, vuestro Esposo; a imitación de una mujer honesta que, por el afecto que tiene a su marido, y por el deseo de ser amada por él, hace todo lo que puede para darle pruebas seguras de que es enteramente suya; o a imitación de un súbdito que hace todo por ser amado de su Rey, que evita todo lo que sabe que le desagrada, que busca todo lo que sabe que le es grato, y no tiene otro contento que el de agradar a su Príncipe.

**4.** No deseéis nada, no pidáis nada, sino tomad todo lo que os suceda —sea un cargo, sea otra cosa— como viniendo de Dios, y comportaos en esas funciones como si las hubierais deseado ardientemente, recordando que debéis, más que aquella mujer honesta, apreciar las ocasiones por las cuales podéis dar pruebas a vuestro Esposo de que sois enteramente suya.

**5.** En la obediencia en que a Dios le plazca poneros, practicad la pobreza de la manera más perfecta que os sea posible, no por sentimientos y afectos bajos e indignos de un alma cristiana y religiosa, sino para rendir a Jesucristo los efectos de la pobreza que le habéis prometido. Y si sucede que Dios os da algunos bienes a vuestro cargo, recordad administrarlos cuidadosamente, pues además de la cuenta muy exacta que un día os pedirá de ellos, debéis también sentiros movida por un gran deseo de imitar a Jesucristo, quien, después de haber repartido entre el pueblo que estaba con Él los cinco panes que había multiplicado, hizo que los Apóstoles recogieran el resto para darlo a los pobres.

**6.** Formad, ante todo, el firme propósito de destruir lo que hay de malo en vosotras mediante el ejercicio de las virtudes, pues en eso consiste la verdadera penitencia. Permaneced siempre en una igualdad y uniformidad de espíritu. Sed humilde, obediente, amiga del silencio, modesta, mortificada, diligente y cuidadosa; nada colérica, nada habladora, nada envidiosa, nada dada a quejaros. Tened un carácter dulce y afable, a imitación de nuestro Señor y de su Apóstol, que estaba triste con los tristes, alegre con los alegres, enfermo con los enfermos, sano con los sanos, débil con los débiles, fuerte con los fuertes. No tengáis inclinaciones ni aversiones; no os disculpéis nunca ni acuséis a nadie; soportad las imperfecciones de los demás, y alegraos de que no se soporten las vuestras.

**7.** Cuidad de no apegaros a nadie, sino sed enteramente de todos; porque, siendo la ventaja de la virginidad unirse enteramente a Dios separándose de las criaturas —mientras que el matrimonio divide a la persona al atarla a su marido—, quien se apega así a una criatura hace

una especie de matrimonio espiritual; de modo que, siendo virgen, deja en cierto sentido de serlo, según los Padres, pues introduce en la virginidad la división de espíritu que produce el matrimonio.

**8.** Procurad vivir como estando sola con Dios solo, a imitación de Jesucristo, quien, en medio de una gran multitud de personas, decía estar solo, y, estando entre los hombres, no consideraba tener otra compañía que la de su Padre.

**9.** Recordad, en todos vuestros ejercicios, ahuyentar la inquietud. Llevad siempre la paz dentro de vos misma, en honor de la paz que nuestro Señor dejó al mundo, y que hizo anunciar a la tierra por los Ángeles el día de su nacimiento.

**10.** El medio general para practicar estas reglas es orar a Dios sin cesar mediante un deseo del corazón, que es un efecto del amor. Antes de hablar a Dios en la oración, hay que pedirle la gracia de orarle, porque quien ora tiene esto en común con el mendigo: que pide el pan del alma, así como el otro pide el pan del cuerpo; pero se diferencia en esto: que los pobres tienen un lenguaje común y humano para hablar a los ricos, que son hombres como ellos; mientras que quien ora, no siendo sino una criatura, no podría por sí mismo hablar a Dios, que es de una naturaleza llena de majestad, e infinitamente elevada por encima de la suya. Por eso hay que permanecer de rodillas algún tiempo, esperando con humildad que Dios os mire; y esto por cinco razones:

1. Porque así mostraréis la soberana dependencia que tenéis de Dios incluso en el estado mismo de la gracia, siendo criatura suya, que nada puede sin Él, ni siquiera abrir los labios del alma.
2. Mostraréis así la diferencia que hay entre vos y la Iglesia, la cual, estando toda llena del Espíritu Santo, tan pronto como ha pedido en cuerpo, en las oraciones públicas, la gracia de orar, comienza enseguida a orar, confiando en la asistencia de Dios, después de tantas promesas que Él le ha hecho.
3. Reconoceréis en ello que sois pecadora, y que hay grandes obstáculos en vos misma que os hacen indigna de la gracia de hablar a Dios.
4. Reconoceréis también en ese estado que esta gracia es puramente gratuita y voluntaria por parte de Dios, quien puede negárnosla cuando le plazca, por justos que seamos, y que nos hace un favor muy grande, y siempre nuevo, cada vez que nos la concede.
5. Aunque no hiciereis otra cosa que permanecer ante Dios con reverencia, no por eso dejaríais de haber orado, como un mendigo que se contenta con presentarse ante un rico, mostrándole sus llagas, con un sentimiento interior de su miseria. Y esta es la manera de orar de que se sirve Jesucristo en el Cielo, mostrando a su Padre las llagas que su pasión imprimió en su naturaleza humana.

Pedid a Dios cada día que os conceda la gracia de cooperar con su gracia.

## Ejercicio Espiritual durante la Santa Misa

### *Excelencia de la oración que se hace en la santa Misa*

La Misa es la primera y la más eficaz de todas las oraciones, siendo llamada por esta razón por los Santos Padres la oración de la oblación, en la cual se halla la fuente y el instrumento principal de toda la gracia, y aquel que la obra como maestro, que la da como Señor, y que la recibe, la obra y se la da a sí mismo en todas las almas a quienes la da, y que la reciben, porque son enteramente suyas, y forman su verdadero Cuerpo, que es la Iglesia, y porque es en su santificación donde consiste el último cumplimiento de la suya.

Esto debe infundir temor a cuantos oyen la santa Misa, porque hay que aportar a ella una reverencia y una devoción mayores que las que ordinariamente se aportan. Pues de nada sirve decir que en la Misa se encierra el principio, el instrumento y el Mediador divino de todas las gracias, si no se añade al mismo tiempo que todas las oraciones, las aflicciones, las obras y los sufrimientos que proceden de la Gracia están contenidos en ella: siendo cierto que es Jesucristo y su Espíritu quien ora, quien ama, quien actúa, quien sufre en nosotros, incluso cuando nosotros le oramos, cuando le amamos, cuando le servimos, y cuando padecemos por Él.

Tampoco es suficiente para realzar la Misa, si no decimos que allí mismo se inmola por cada uno de nosotros, todas las veces que lo queremos; así como se inmoló una vez por todos nosotros, sin que nosotros lo quisiéramos, el día de la Pasión. Y esto es lo que hace tan eficaz la oración que ofrecemos a Dios en la Misa, y en la oblación de la Misa, en la cual somos cooperadores y coadjutores del Sacerdote, así como el Sacerdote lo es de Jesucristo; de modo que es casi imposible que, si estamos bien unidos de corazón con Jesucristo en esta acción, Él nos niegue lo que le pidamos, y por Él, a su Padre.

Una sola de estas oblaciones nos bastaría, ya que casi todas ellas no son sino una misma oblación, dentro del gran número que se hace cada día en la Iglesia, si acudiéramos preparados como es debido, para ser sacrificadores del Cuerpo glorioso de Jesucristo, no solo con el Sacerdote, sino con Jesucristo mismo, quien se une en esta acción con toda la Iglesia de tres maneras, que parecen increíbles a quienes tienen la fe pequeña y poco nutrida en la inteligencia de los Misterios de nuestra Religión. Pues Él se ofrece por toda la Iglesia, y ofrece a toda la Iglesia junto con Él. Se ofrece por toda la Iglesia y por sí mismo, en cuanto ella le pertenece, y en cuanto por sus acciones y sus sufrimientos completa lo que falta a los de Él, como dice el Apóstol; y toda la Iglesia lo ofrece y se ofrece junto con Él en todas las Misas.

### *Cuando el Sacerdote está al pie del Altar*

Hay que decir humildemente y desde el fondo del corazón: *Soy pecador, y estuve desterrado del Paraíso antes de mi nacimiento*. No hay medio más corto para obtener la gracia de Dios

que reconocer la propia indignidad ante la vista de Jesucristo. Luego hay que decir el Confiteor junto con el Sacerdote.

### *Cuando el Sacerdote vuelve a subir al Altar*

Os doy gracias por haber comenzado a reunir a la Iglesia inmediatamente después del pecado, y por haberme hecho entrar en ella como en el segundo Paraíso de la tierra.

### *El Sacerdote yendo al lado derecho del Altar*

En honor de la entrada de un Misterio tan grande, concededme la gracia de entrar en el gozo secreto de mi Señor, que el mundo no conoce.

### *El Sacerdote, ya vuelto al Altar, para decir el Kyrie eleison*

Tened misericordia de mí, Dios mío, y mirad la bajeza de vuestro siervo.

### *Si dice el Gloria in excelsis*

Dadme la paz que el mundo no puede dar, y la buena voluntad sin la cual no puedo entregarme a Vos.

### *Cuando el Sacerdote vuelve al lado derecho del Altar*

Admirad la gracia que Dios hizo a los judíos, los únicos a quienes los Profetas predicaron la salvación, y los únicos a quienes Jesucristo predicó el Evangelio; los primeros a quienes los Apóstoles predicaron la Resurrección, la cual el Sacerdote representa durante toda la Misa, sacrificando de pie.

### *Cuando se traslada el libro del lado derecho al lado izquierdo*

Transportadme, Señor, fuera de los lugares del mundo donde no se os sirve, a algún lugar santo donde pueda serviros en espíritu y en verdad; no sea que me alcance la desgracia de los judíos, y pierda las gracias que he recibido.

### *Cuando se dice el Evangelio*

Hacedme pronto a defender las más pequeñas palabras de vuestro santo Evangelio a costa de todos mis intereses, y aun al riesgo de mi propia vida. Pues Jesús primero actuó, y después habló.

### *Cuando el Sacerdote dice el Credo*

Creo, Salvador mío, que sois el Hijo del Padre Eterno, que redimisteis al mundo, que ambos producís al Espíritu Santo, y que los tres habitáis en la Iglesia, que es la Casa de la fe.

### *Cada vez que el Sacerdote se vuelve hacia el pueblo diciendo Dominus vobiscum*

Reverenciadlo como revestido de Jesucristo: pues todos sus ornamentos lo representan tal como estaba el día de su Pasión, que es el gran sacrificio cuya memoria renueva el de la Misa.

### *Cuando hace la primera oblación del pan*

Soy el trigo del Señor: que Él mismo me quiebre, para hacerme digno de ser su pan.

### *Cuando mezcla el agua con el vino en el Cáliz*

Mezclad todo lo que hay de flojo y de blando en mí con la fuerza de vuestra gracia, que es vuestro vino.

### *Cuando ofrece el Cáliz*

Os ofrezco, en el Cáliz de vuestra Pasión, el débil deseo que siento de padecer por amor a Vos.

### *Cuando el Sacerdote se lava las manos*

Recordad que esta acción ocupa el lugar del lavatorio de los pies de los Apóstoles, y que en la Escritura las manos son las buenas obras, y los pies son los afectos del corazón, de donde nacen las buenas obras. Hay que decir entonces: Borrad las más pequeñas manchas de mi corazón y de mis manos, para que sea del todo puro y limpio, exterior e interiormente, al ofrecerme a Vos.

### *Cuando besa el Altar, que representa a Jesucristo*

Que Él me bese con el beso santo de su boca, para hacerme puro.

### *Cuando el Sacerdote se vuelve hacia el pueblo para decir Orate fratres*

Hay que decir la oración *Suscipiat Dominus*, etc., y añadir: Dignaos, oh Salvador mío, unir la oblación de mi corazón a la de vuestro Cuerpo.

### *Cuando dice la Oración secreta*

Obrad en secreto, en lo profundo de mi alma, el efecto de los buenos pensamientos que os ha placido darme.

### *En el Prefacio*

Recogeos dentro de vos misma, y en la unión que en este momento se hace de toda la Iglesia, del Cielo y de la tierra, para obrar y ofrecer juntos este sacrificio terrible. Adorad a Jesucristo sentado a la diestra de su Padre, como el primer Sacerdote y sacrificador; y juzgaos, con un sentimiento interior, indigna de estar en compañía de los Ángeles y de los Bienaventurados, que están presentes con nosotros en cada Misa; avergonzaos de no ser lo que deberíais ser para asistir a ella dignamente junto a ellos.

### *Al comienzo del Canon*

Os adoro, Padre eterno, como el Príncipe y el fin de todas las cosas, y por quien solo deseo vivir y morir.

### *Cuando el Sacerdote dice Communicantes, etc.*

Entro en la Comunión de todos los Santos; los invoco a todos, con el pensamiento que Dios me da de sacrificarme a Él enteramente vivo; pues quisiera vivir muriendo, y morir viviendo, todo para Él.

***En el primer Memento***

Acordaos de mí, Salvador mío, ahora que estáis en vuestro Reino. Haced que vuestra gracia me haga entrar en él por la misma puerta estrecha por la que Vos entrasteis.

***Cuando el Sacerdote impone las manos sobre el Cáliz***

Venid, Espíritu Santo, y obrad en mí el efecto de una imposición tan santa.

***Cuando toma el pan para cambiarlo por las palabras divinas de Jesucristo***

Cambiad mi corazón como cambiáis este pan; cread en mí un corazón nuevo por este cuerpo nuevo.

***En la elevación del Cuerpo de Jesucristo***

Os adoro, elevado en la Cruz, en el Juicio general, y a la diestra del Padre eterno.

***Cuando toma el Cáliz para cambiar el vino en la Sangre de Jesucristo***

Cambiad mi débil espíritu en la fuerza de vuestro espíritu, ardiente y vigoroso como el vino.

***En la elevación de la Sangre de Jesucristo***

Os adoro, oh vino celestial, que hacéis florecer a las Vírgenes.

***El Sacerdote, habiendo puesto a Jesucristo sobre el Altar después de la consagración***

Santificadme, Dios mío, con vuestra presencia.

***En las bendiciones y señales de Cruz que el Sacerdote hace sobre el Cuerpo y sobre la Sangre***

Bendecidme, Señor, con frecuentes impresiones y operaciones de vuestra Cruz.

***En el segundo Memento***

Acordaos, Dios mío, de las almas que salieron de este mundo en vuestra gracia, y que sufren en el Purgatorio: terminad lo que falta por hacer en ellas, y unid a todos los vivos y a todos los muertos con vuestro Hijo, como a la Cabeza de su cuerpo, y al principio de su virtud y de su victoria.

***En las genuflexiones que el Sacerdote hace ante el Santísimo Sacramento***

Basta con que inclinéis y humilléis vuestro corazón, cerrando los ojos y no deseando nada, para que encontréis a Dios en el altar de vuestro corazón, si sois el Templo de Dios.

***En las palabras Nobis quoque peccatoribus***

Golpeaos el pecho diciendo las palabras del Publicano: Señor, sedme propicio a mí, que soy pecador.

***Cuando el Sacerdote alza un poco el Cáliz para mostrar el Cuerpo de Jesucristo***

Me basta con que pase por mí una vez, como un relámpago, para ser del todo suyo.

***En el Pater noster***

Padre mío, dadme el pan de cada día, que es vuestra gracia, y haré vuestra voluntad.

***Cuando divide la Hostia***

Quebrad mi corazón, y separadme de mí mismo, para unirme con Vos.

***Cuando el Sacerdote dice Agnus Dei***

Que estas palabras me hagan entrar en la casa del Cordero, que es la casa de la paz que el mundo no puede dar.

***Cuando dice las tres Oraciones que siguen al Agnus Dei***

Solo el Cordero, que murió al mundo por nosotros, puede hacernos morir al mundo por Él.

***Cuando toma la hostia para consumirla***

Hay que aniquilarse entonces de corazón, y decir estas palabras de David: Abrí mi boca, y atraje el espíritu, porque deseo obedeceros.

***Cuando bebe el Cáliz***

Embriagadme, Dios mío, con el vino nuevo, para que me olvide de mí mismo, y del mundo.

***Después de haber consumido las especies y el sacrificio***

Que yo muera, desde este mundo, en Vos, para no morir a mí mismo en el otro.

*O bien:*

Comenzad y terminad en mí el sacrificio de mi alma, como habéis comenzado y terminado en el Sacerdote el sacrificio de vuestro Cuerpo.

*O bien:*

Que pueda decir, después de haber recibido vuestro Cuerpo y vuestro Espíritu, estas palabras del Apóstol: ya no vivo yo, sino que es Jesucristo quien vive en mí.

***Cuando el Sacerdote va a tomar vino en el Cáliz***

Mi agua se ha vuelto vino en este admirable sacrificio, y mi vino no es nada si no se vuelve siempre nuevo.

*O bien:*

Si no soy enteramente renovado en Jesucristo por el vino nuevo de su sacrificio, estoy ante Dios sin sabor y sin fuerza, como el agua.

### *Cuando toma vino y agua para beber los últimos restos de la Sangre, como antes tomó los del Cuerpo*

La más pequeña migaja de vuestro pan, la más pequeña gota de vuestro vino, y el menor resto de vuestra miel me bastan, como a los Apóstoles en el banquete de vuestra Resurrección.

### *Cuando va al lado derecho del Altar*

Deseo ser vuestro a derecha y a izquierda, como dice san Pablo: es decir, en la prosperidad y en la adversidad, en la enfermedad y en la salud, en la vida y en la muerte.

### *Cuando dice las últimas Oraciones*

La carne no sirve de nada; es el espíritu el que da la vida. Soy dichoso si he recibido vuestro Espíritu santificador por medio de vuestra carne santa.

### *Cuando vuelve al medio del Altar para decir Ite Missa est, o Benedicamus*

Os doy gracias, Dios mío, por haberme hecho Cristiano y Católico; dadme de nuevo vuestra bendición, y haced que os sirva con fidelidad y perseverancia.

### *Cuando da la última bendición*

Recordad que la Misa es el último sacrificio que hace entrar a los Elegidos en el honor que tendrán en el último Juicio, y en la gloria del Cielo. Pedid a Jesucristo que os bendiga en su juicio para la eternidad.

### *Cuando el Sacerdote dice el Evangelio de San Juan*

Quien pierde su vida en este mundo por Jesucristo, la hallará en el otro, en el seno del Padre donde reposa el Hijo, y en el corazón del Padre y del Hijo, donde reposa el Espíritu Santo. Amén.

Se termina con la Santísima Trinidad, porque en la Misa se la adora mediante un gran número de ternarios que cada uno puede advertir en ella.

Después hay que dar gracias a Dios por habernos concedido la gracia de haber asistido a un sacrificio tan grande y tan adorable.

FIN